

Revista
Lotería

Nº 289

Abril, 1980

ENRIQUE ROSAS L.

Relaciones Hispano-Británicas en el primer quinquenio del siglo xx

1. Gibraltar, punto de conjunción de la política exterior de España y Gran Bretaña.

1.1. Dañáronse grandemente las relaciones entre España y la Gran Bretaña a raíz de la guerra hispano-americana. El día primero de mayo la escuadra del almirante Montojo sucumbió en la bahía de Manila y al tercer día siguiente Lord Salisbury pronunció su discurso en Londres, en la cena anual de la "Primrose League", en donde visualizó oscuros horizontes en el acontecer internacional debido a la rivalidad de las grande potencias, la cual se acentuaría más con el reparto de las posesiones coloniales de los "países moribundos". No mencionó por sus nombres cuáles estados estaban "in artículo mortis"; pero la prensa londinense se atrevió a señalar en esta categoría

a la China, Turquía, Marruecos, Persia, España, Portugal, el Estado libre del Congo y algunos países iberoamericanos. Planteóse allí la interrogante de cómo se repartirían las posesiones hispanas de Africa occidental, Canarias, Ceuta y Melilla. (1)

La reacción de Madrid sobrevino inmediatamente en todos los círculos ante el "insulto grosero". La explosión de ira e indignación alcanzaba los niveles oficiales más elevados ya que en el Ministerio de Asuntos Exteriores se atribuía al "Foreign Office" el haber hecho una promesa verbal al gobierno de Washington de impedir la mediación o intervención de los estados europeos en la guerra, e influir sobre los Estados Unidos para que exigiesen la cesión de

(1) *The Spectator*, Londres, mayo 7, 1898, p. 648

las islas Filipinas, cuando no habían pensado en ello (2).

Concluidas las acciones bélicas en Cuba, la atención de la comunidad internacional se centró en el conflicto de los boers en Sudáfrica. La prensa madrileña aprovechó la ocasión para volcar su animosidad criticando las supuestas fechorías y crueldades del ejército inglés, y regocijándose de cualquier revés de las tropas en el combate. En noviembre de 1899 el *Times* citaba a *La Epoca*, órgano del partido del gobierno, al decir que Gran Bretaña conquistaría el Transvaal y luego procedería a la anexión de Lorenzo Marques para entonces "compensar a Portugal con nuestro territorio." (3)

1.2. Con la atmósfera cargada de negros nubarrones por la opinión pública en punto a las guerras de Cuba y el Cabo, los dos gobiernos encontrarían en la situación de Gibraltar un problema más en común para acercarlos en la mesa de los pourparlers diplomáticos y en un nivel más elevado. La seguridad de Gibraltar se había convertido en una constante de la política exterior inglesa, especialmente a partir de los años postrimeros del siglo XIX, lo cual daba lugar a comentarios de los estadistas y la

Prensa tanto de la Gran Bretaña como de España. Como bien dijo Sir Charles Dilke, miembro del parlamento, los progresos de la artillería dejaban al Peñón a merced de un ataque desde tierra si España se uniese al adversario de Inglaterra. (4)

En España se adoptaban dos actitudes excluyentes de cara al problema: 1) una postura de rechazo a los deseos británicos de obtener un compromiso de no agresión de parte del gobierno de Madrid; 2) la de vincular la seguridad de Gibraltar a la defensa del litoral peninsular y particularmente de las posesiones insulares de España, en un acuerdo hispano-británico de mutua defensa. La primera postura procedía de algunos autores exaltados para los cuales la posesión británica del Peñón representaba una humillación insufrible. (5) Estos atribuían, además, a Inglaterra la derrota de España en Cuba y Manila.

La segunda postura se manifestaba de cuando en cuando en las iniciativas esporádicas de los estadistas españoles y en las opiniones sensatas y serenas de la prensa de Madrid, cuando se planteaba la problemática de las alianzas así como la de marcarle un rumbo definido a la política exterior.

(2) A.M.A.E. Despacho No. 14 del embajador de España, Wash., feb. 7, 1900, Sec. pol., correspondencia, Legajo 2506.

(3) *The Times*, noviembre 17, 1899, p. 13.

(4) Martínez Unciti, 1899, p. 101.

(5) Martínez Unciti, 1899; y Just. Lloret, J., 1906.

Los voceros de esta opinión interpretaron el "desastre" del noventa y ocho, no como resultado de la confabulación anglosajona, sino al aislamiento diplomático en que se encontraba el país, huérfano de un apoyo efectivo entre las potencias europeas.

Algunos años anteriores a 1898, los gobiernos de España y Gran Bretaña se comunicaron en punto a la posición de la artillería del ejército español cerca de Gibraltar. Y en el otoño de ese mismo año don S. Moret, en calidad de ministro de Estado del gabinete de Sagasta, sugirió la formulación de una alianza de defensa mutua entre ambos países. La cancillería británica recogió sus palabras en un proyecto de convenio y éste se sometió confidencialmente a la consideración de la reina Regente y al gobierno español por el embajador, Sir Henry Drummond Wolf, en octubre 30.

Dicho proyecto se concibió en los siguientes términos:

1) Las dos Potencias se conciertan para promover la paz en el Mediterráneo y se prometen no tomar ninguna acción agresiva la una contra la otra.

2) De desatarse una guerra, España no se unirá a los enemigos de Inglaterra, sino al contrario, auxiliará a ésta en la medida de sus posibilidades y sus recursos.

3) En cumplimiento del Tratado de Utrecht —la cesión de Gibraltar sin salvedades ni impedimentos de ninguna clase— España defenderá al Peñón de cualquier ataque terrestre y se comprometerá a no construir ninguna obra de fortificaciones o baterías, ni emplazar cañones a distancia de tiro de Gibraltar, es decir, a menos de siete millas.

4) Podría Inglaterra reclutar soldados españoles en períodos de guerra.

5) Si España se viese involucrada en una guerra, Inglaterra la asistirá impidiendo el desembarco de cualquiera fuerza hostil en la bahía de Algeciras o en la costa a distancia de tiro de Gibraltar, y asumiendo la defensa por España de las islas Baleares y las Canarias. (6)

Se trataba de una verdadera alianza militar en la cual España desempeñaba un papel visiblemente subordinado, puesto que sus tropas quedaban a disposición del ejército inglés. El gabinete de Madrid rechazó este proyecto aduciendo que le imponía obligaciones con las cuales no podría cumplir.

Ofreció, sin embargo, la siguiente alternativa, más modesta y menos comprometida en donde ambas naciones se daban seguridades mutuas contra el peligro de un ataque proveniente de una tercera Potencia:

(6) *British Documents. . . ., Informe anual sobre España de 1906, del "Foreign Office", VII: 1.*

1) España garantizaba que Gibraltar no sería atacado por fuerzas suyas, ni por las de una tercera Potencia en guerra con Inglaterra operando desde el territorio peninsular.

2) Inglaterra se comprometía a no conducir operaciones militares en el territorio español, continental o insular, en tiempos de guerra; y sólo a petición de España, sin ninguna excepción, asistiría a ésta con su escuadra naval para prevenir la violación del territorio español. (7)

Esta no tuvo acogida en el seno del gobierno inglés por considerarse inútil y posiblemente restrictiva de la libre acción británica en el caso de una guerra. Finalmente las negociaciones se abandonaron debido a los escrúpulos de Sagasta quien temía herir las susceptibilidades de Francia o provocar en ella una actitud hostil. (8) El incidente de Fachoda ardía en París durante aquellos meses.

Sin embargo, las conversaciones sobre el problema específico del emplazamiento de cañones españoles frente al Peñón continuaron durante varios meses, (9) y culminaron mediante un acuerdo secreto plasmado en un canje de notas amistosas entre los

dos gobiernos. En la nota inglesa, fechada marzo 17, 1899, y suscrita por Sir Henry Drummond Wolff, éste expresó las satisfacciones sentidas por el gobierno de su Majestad británica al comprobar las seguridades fraternales que se le brindaban, y añadía que por su parte el gobierno inglés deseaba asegurar al gobierno español que en ningún momento había previsto exigir mayores adquisiciones territoriales con motivo del problema planteado, y que estaba dispuesto, si la ocasión se le presentase, a prestar su concurso naval y militar para prevenir el desembarco de cualquiera fuerza hostil en la costa de la bahía de Algeciras o cualquier ataque por mar sobre dicho litoral. (10).

La política exterior de los gabinetes conservadores de Silvela, que se iniciaba entonces, y de Azcárraga, que le siguió, se aproximaba más a los gobiernos de Alemania y Francia, sin adoptar una dirección fija. Las negociaciones hispano-germanas iniciadas por Sagasta continuaron con Silvela dándole cima a la venta de las Carolinas, las Palaos y las Marianas en el mes de junio. Y durante los meses primaverales de ese año, 1899, se realizaron conversaciones entre los gobiernos

(7) *Ibidem*.

(8) *British Documents*. . . , Sir A. Nicolson a Lord Lansdowne, Madrid, octubre 25, 1905, VII: 3.

(9) A.M.A.E., Legajo 1582, T. cifrado, el Embajador de España al Mitro de Estado, Londres, diciembre 31, 1898.

(10) *British Documents*. . . , VII: 1.

de Francia y Alemania con vistas a integrar un frente con Rusia para contrarrestar la preponderancia naval de Gran Bretaña. El gobierno español participó en la promoción de esta estratagema política. (11)

1.3. En 1901, siendo Sagasta el presidente del Gobierno, se despertaron nuevas inquietudes en torno al tema de Gibraltar. Las declaraciones de Gibson Bowles levantaron una polvareda en Londres y en Madrid al exponer éste, en la Cámara de los Comunes, la necesidad de prepararse para defender al Peñón contra las posibilidades de una ofensiva hostil lanzada desde el territorio español. Bowles alegaba que las inversiones del gobierno inglés en obras portuarias y fortificaciones del litoral occidental de la bahía no procedían, porque los expertos militares opinaban que dichas obras quedaban indefensas a merced de la artillería enemiga que podría disparar sobre ellas libremente desde el territorio colindante. La única manera de protegerlas sería ocupando estas tierras, que estaban bajo la jurisdicción de España, con un ejército de treinta a cuarenta mil hombres. (12)

Cuatro días después, continuando el debate, el parlamentario James O'Kelly cometió la imprudencia imperdonable de pre-

guntar al ministro de Hacienda si su gobierno se disponía a abrir negociaciones con el gobierno español con vistas a obtener la cesión del litoral occidental de la bahía de Gibraltar, además de una sección del territorio adyacente que permitiese levantar fortificaciones seguras, y si se le había hecho alguna oferta al gobierno español para comprarle el territorio que le pertenecía en la bahía de Gibraltar. Ambas preguntas recibieron una respuesta negativa. El gobierno inglés no se proponía hacer ninguna oferta en ese sentido. (13) Por lo demás, la pregunta era inoportuna con visos de irresponsabilidad supina. Al airear el tema O'Kelly estaba atizando los ánimos de la opinión pública española contra su propio país.

El embajador de España en Londres se hizo presente ante el marqués de Lansdowne y recibió las satisfacciones del caso. El secretario de Estado le aseguró que Bowles expresaba su opinión personal, la cual era compartida por algunos otros ciudadanos quienes censuraban a su gobierno por estar invirtiendo grandes sumas de los fondos públicos en obras portuarias y otras estructuras que quedaban expuestas al fuego de la artillería moderna. El gobierno británico, decía, no ha pensado en ningún propósito siniestro

(11) Longer, William, 1951, pág. 600.

(12) **The Parliamentary Debates**, 4a. serie, junio 13, 1901, vol. XCV, pp. 308-310.

(13) *Ibíd.*, p. 554.

respecto al territorio de España. (14)

Ante el ariscado sentimiento nacional, el gobierno liberal de Sagasta mantuvo la serenidad. El general Weyler realizó una gira a Algeciras en noviembre, manifestando en público su disposición amistosa hacia Inglaterra. A su vez el comandante general de Gibraltar, Obregón, le expresó al vicecónsul británico en Algeciras su deseo personal de estrechar los lazos de amistad con su país. Además, era esa la consigna recibida de sus superiores. "Ningún español liberal podría olvidarse que fue en gran medida por el apoyo recibido de Gran Bretaña que pudo España resistirse a la monarquía absolutista y despótica que se le pretendía imponer," palabras del general. (15)

1.4 El duque de Almodóvar del Río lamentábase, en los primeros meses del siguiente año, de la manera denigrante como la prensa europea enfocaba los problemas externos e internos de España, y los disturbios ocurridos en Barcelona, destacando sus adversidades, sus males sociales y políticos. Una noticia del *Morning Post* le ofrecía la ocasión para llevar sus quejas a la legación británica, en donde manifestó también que a él se le reprochaba de ser anglófono; sin em-

bargo, consideraba injusto el epíteto. Más bien era un patriota español y estaba convencido de la importancia para su país de poder ganarse la buena voluntad de Inglaterra, habiendo expresado esto mismo a sus compatriotas. (16)

Mientras los españoles se quejaban de la prensa inglesa, los diplomáticos británicos no dejaban de cavilar acerca de la hostilidad de los diarios madrileños, mucho más violenta y directa hacia la Gran Bretaña.

La opinión pública, que se levantaba como un muro inexpugnable entre los dos países, anulaba cualquiera gestión diplomática con carácter permanente y de largo alcance. En Madrid prevalecía un sentimiento popular antagónico originado en la tétrica atmósfera del trauma del noventa y ocho, y que se alimentaba posteriormente con las noticias procedentes de Sudáfrica en punto a la guerra, al imperialismo británico y a los "inhumanos" campos de concentración donde el ejército inglés sometía a las familias de los boers. El embajador británico destacaba en su correspondencia cómo el *Correo*, siendo un órgano del gobierno de turno, comentaba jubilosamente las derrotas reales o imaginarias de las tropas inglesas. La *Correspon-*

(14) F.O. 185/926, D. No. 44, el marqués de Lansdowne a Durand, junio 19, 1901, 83.

(15) F.O. 185/927, Memorándum del Vice-cónsul, Algeciras, noviembre 21, 1901, F.O. 160.

(16) F.O. 185/946 De Durand a Lansdowne, Madrid, marzo 22, 1902, 48 F.O.

dencia Militar y El Imparcial mantenían a su vez una línea malévola e inamistosa. (17) Dos meses después, en mayo de 1902, el populacho de Madrid dio vivas hilarantes en la plaza de toros ante la presencia de dos o tres boers supuestamente prófugos de las armas inglesas. El matador les ofreció el toro solemnemente y cuando le daba la estocada de gracia se escucharon "mueras" a Inglaterra. (18) La prensa europea en general adversó y criticó al partido británico durante la guerra; pero la de España tenía una motivación patológica enraizada en la agresión del imperalismo anglosajón en Cavite y Santiago.

1.5. Finalizada la guerra de los boers en junio, la prensa de Madrid llegó a plantearse seriamente el problema de Gibraltar y el de las alianzas, con motivo de la construcción de nuevos barracones por los ingleses para aumentar la capacidad de la guarnición. El *Liberal* situó el asunto en una nota editorial en los siguientes términos, bajo el epígrafe de "O herrar o quitar el banco":

"Hase hablado en estos últimos tiempos con extraña insistencia de un propósito que se atribuye a los ingleses... que el gobierno de Gran Bretaña tiene puestos los ojos en el territorio

español que domina la plaza inglesa de Gibraltar. Con este motivo algunos periódicos excitaban a que se reforzase La Línea, Algeciras, San Roque... También se indica, de paso, que Inglaterra se opone a que el gobierno español adopte medida alguna de precaución en las inmediaciones de Gibraltar. Coinciden estos temores con alusiones menos claras a la conveniencia de hacer frente al peligro buscando alianzas y se nos insinúa que convendría inclinarnos a la alianza francorusa por afinidad de raza con Francia y a pretexto de que Rusia nos ofrece como garantía, la animosidad que siente por Inglaterra. Ya otra vez hemos indicado lo que nos parecía mejor. A saber, que se discutiese y arbitrarse entre las dos naciones interesadas un *modus vivendi*, con el cual cesase esta incertidumbre continua". (19)

El debate público se prolongó durante varios días del mes de julio principalmente entre dos diarios de tendencias opuestas, *El Liberal* y la *Correspondencia Militar*.

Este último presentó la siguiente disyuntiva: "O con Francia y frente a Inglaterra en cualquier conflicto de carácter internacional que pueda surgir, o con Inglaterra frente a Francia en la

(17) *Ibíd.*, 49 F.O.

(18) F.O. 185/946, No. 34, a Lansdowne, Madrid, marzo 5, 1902.

(19) *El Liberal*, julio 8, 1902, p. 1.

seguridad absoluta de que la aproximación de británicos y españoles alejaría todo peligro por lo que se refiere al campo de Gibraltar y podría artillarse sin protesta o dejarlo como está sin peligro". (20)

El **Liberal** era partidario de aplazar la cuestión relacionada con las alianzas aspirando no más, por lo pronto, a una modesta, amigable y decorosa solución entre vecinos; pero su colega veía más allá del Peñón señalando la oportunidad de abrir los cauces de una política mediterránea y de Marruecos a través de la problemática de Gibraltar. "Por la necesidad imprescindible de las circunstancias" decía, "no descartemos, como hace **El Liberal** la cuestión de Gibraltar de la del Mediterráneo y la de Marruecos precisamente, porque la primera pudiera conducirnos a un rompimiento peligroso, y por qué no lo hemos de decir lamentable para nosotros, mientras que la segunda y la tercera pudieran llevarnos a la alianza con Inglaterra, que es lo que más nos conviene, porque, como dice identificándose con la realidad el apreciable colega, 'por el lado del mar vendrán siempre los peligros a

que estamos expuestos en lo futuro...'" (21)

El redactor del diario castrense subrayaba con insistencia la necesidad urgente de resolver el problema de las alianzas. Planteó otra disyuntiva más recomendando acometer cuanto antes este asunto, "porque entendemos que de esta resolución depende el engrandecimiento de España o su desmembración". (22) El recuerdo de Santiago de Cuba y de Cavite se asomaba por los entre-sijos de aquellas líneas. Al día siguiente repitió: "Abandonemos nuestro aislamiento a nada conduce más que ser víctima propiciatoria de todos los pueblos fuertes, el despojo siempre propicio a la entrega". (23) En esos días adquirió estado público la renovación de la Triple Alianza, lo cual ponía en mayor evidencia el aislamiento diplomático de España, aun cuando ya señalaban los diarios el talón de Aquiles de la misma. Italia había insistido en borrar del texto la menor duda del carácter pacífico de la alianza; (24) y en las cancillerías de Londres y Roma se afirmaba que la inteligencia de sus países respecto del Mediterráneo quedaba a salvo de cualquier otro compromiso. (25) Ambos países pro-

(20) **La Correspondencia Militar**, julio 9, 1902, p. 1.

(21) *Ibídem.* julio 10, 1902, p. 1.

(22) *Ibídem.*

(23) *Ibídem.* julio 11,

(24) **La Epoca**, julio 16, 1902, p. 1

(25) Salvador Canals, "Movimiento de las potencias", "**Nuestro Tiempo** julio 28, 1902, II:9

cedieron además a estrechar sus lazos comerciales. (26)

Dos meses después, en septiembre, Salvador Canals escribía: "Para España la política exterior se ha reducido siempre a dos términos: Francia e Inglaterra. ...No somos ya rivales de ninguna de las dos. ...En cuanto a intereses, nuestro comercio con Francia disminuye, al paso que aumenta el que hacemos con Inglaterra. De 1890 a 1900, las importaciones de España en Francia han bajado de 425 millones a 217; las de España en Inglaterra han subido de 218 millones a 276. Nada debemos esperar ya de Francia: de Inglaterra y sus colonias podemos prometernos mucho. La Triple Alianza se ha renovado, pero no es más que una expresión diplomática. Inglaterra tiene una paz interior superior a la de sus rivales como también es superior su situación política, naval y económica sobre Francia y Rusia. Además la frontera de Portugal sería para España una frontera inglesa. En cuanto a las aspiraciones hispánicas en el norte de Africa, allí son más compatibles con las de Inglaterra que con las de Francia." Y agrega: "Mirando lejos, acaso esa alianza de España con Inglaterra fuese la base de otra más amplia de soberana grandeza

ideal, de una alianza con los Estados Unidos" (27)

En repetidas ocasiones espíritus serenos en España eleváronse por encima de las pasiones para sustentar con razones geopolíticas la conveniencia de un acuerdo anglo-español en el Mediterráneo. A principios del año 1901, Martín Hume señalaba esta misma vía diplomática, como lo hizo después Salvador Canals por su valor pragmático e histórico. Basó su tesis en los resultados de la invasión napoleónica; afirmó que la Reina Regente en la minoría de Isabel II había tomado el camino equivocado de mantener relaciones íntimas con Francia y ésta se fijó entonces en Argelia, como consecuencia del alejamiento de Inglaterra. Los ingleses abandonaron a su suerte a España en 1898 y los franceses aprovecharon dando nuevos pasos en su sigiloso avance en Marruecos. Más allá de la incongruencia de raza y de religión está el interés común de ambas naciones de proteger la integridad del Mediterráneo y conservar el "statu quo" en el norte de Africa, evitando el dominio de Francia sobre el litoral del Rif. (28)

En esta hora de reflexión acerca de los intereses de ambos paí-

(26) *La Epoca*, julio 16, 1902, p. 1

(27) Salvador Canals, "Propósitos de la política exterior", *Nuestro Tiempo*, septiembre, 1902, II:292-93.

(28) Martín Hume, "Las relaciones históricas entre Inglaterra y España", *Nuestro Tiempo*, Madrid, febrero 1901, I:161-67.

ses, el embajador de Gran Bretaña en París, Sir Francis Bertie, sugirió a Lord Lansdowne gestionar un arreglo global con España comprendiendo la seguridad de Gibraltar junto con la del litoral peninsular y las posesiones insulares de España. Si este "reprise" no llegó a nada concreto se debió, según el mismo embajador, a los frecuentes cambios en el gobierno español que obstaculizaban las negociaciones. (29)

Por otra parte, la prensa de Madrid no dejaba de expresar sus sospechas y temores respecto a las supuestas ambiciones de conquistas territoriales del gobierno inglés. A fines del año 1902, el embajador británico en Madrid se vio urgido a manifestarle al ministro de Estado que su gobierno "consideraba como conveniente a sus propios intereses que España retuviese las islas Canarias y sus otras posesiones insulares". Lejos de codiciar dichas posesiones o cualesquiera otras parecidas, su gobierno repudiaba la posibilidad de hacer adquisiciones territoriales en donde sus ingenieros militares quisieran dispensar millones de libras y en las cuales, de tener que defenderlas, se requeriría desta-

car permanentemente contingentes de tropas inglesas. (30)

De todas formas, en España no había una opinión formada sobre política exterior, tal como lo expresó Silvela en agosto de 1902. "Estamos en la víspera de elegir, . . . y bueno es pensar en lo que se elige y en lo que a cada uno obliga la elección que se haga." (31)

2. España en la "entente" franco-británica.

2.1. No estaba España precisamente en la "víspera" de elegir, sino de negociar un tratado con resultados frustrantes dubitativos. En ese mismo mes de agosto el gobierno de París (32) tomaba la iniciativa en busca de un acuerdo respecto a la cuestión marroquí. Ofreció a España una zona de influencia en el norte, a partir de la desembocadura del río Muluya corriendo por su cauce hasta desviarse al sur de Fez y de allí a la desembocadura del Sebú. En el litoral atlántico concedía otra zona desde el Cabo Bojador hasta incluir a Sus.

Tanto el gobierno de Sagasta como el de Silvela recibieron las proposiciones complacidos; pero no tomaron ninguna acción con-

(29) *British Documents*. . . , No. 7, F. Bertie a Sir E. Grey, París, diciembre 25, 1906, VII:6.

(30) F.O. 185/946, Durand al marqués de Lansdowne, No. 98, diciembre 18, 1902, 181 F.O.

(31) *La Época*, agosto 3, 1902, p. 1

(32) F.O. 185/974, de Lansdowne a Monson, agosto 5, 1903, 65 F.O.

cluyente. El duque de Almodóvar del Río le dio largas al asunto; y su sucesor, en la nueva situación conservadora, el ministro Abarzuza, puso como condición "sine que non" para firmar el tratado la comunicación del acuerdo a Gran Bretaña y su concurrencia. El gobierno francés se opuso. (33)

El gobierno de Madrid guardó el secreto de las negociaciones en París, sin comunicarle al de Londres; al mismo tiempo reiteraba al "Foreign Office" sus deseos de promover y estrechar los lazos de amistad entre ambos países. Cuando en septiembre primero *Le Figaro* publicó en París que el nuevo embajador en Madrid, Jules Cambon, tomaría la iniciativa para acordar una "entente" mediterránea definida entre Italia, España y Francia, de carácter defensiva y pacífica, (34) la prensa de Madrid comentó que de ser ciertos los rumores acerca de una alianza con Francia o con Francia y Rusia en una liga latina contra Gran Bretaña, ésta expondría al país a la invasión desde la frontera con Portugal o desde Gibraltar, así como a la ocupación de los ríos galle-

gos para convertirlos en enclaves carboneros para la escuadra británica. Sus supuestas aliados no podrían defender a España en estas circunstancias. (35) Ya las sospechas de la formación de una Liga latina en el Mediterráneo había llegado al parlamento británico dos meses antes, en julio y agosto 1902 (36); pero el Ministro de Estado declaró al corresponsal de *El Imparcial* en San Sebastián, de la manera más rotunda, que eran infundados los rumores de la alianza. No le concedía mayor trascendencia política a la visita del príncipe de Asturias a Francia, ni a la entrevista de la Reina Madre con Delcassé y Loubet. (37)

En el mes de octubre el embajador de España en Londres expresó a Lord Lansdowne que el mayor deseo de su gobierno era el de concertarse con la Gran Bretaña, dando a entender implícitamente que bien podrían descartar como falsos los rumores consabidos. (38)

El estado levantisco de las cabilas en Marruecos justificaba una actitud cautelosa y preocupante en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Las tribus desafia-

(33) *British Documents*. . . , Memorandum No. 293, Madrid, mayo 27, 1911; F.O. 185/975, de Lansdowne a Egerton, No. 52, abril 27, 1904, 92 F.O.

(34) F.O. 185/945, de Sanderson a Adam, septiembre 27, 1902, 116 F.O.

(35) F.O. 185/946, Despacho No. 69, San Sebastián, septiembre 12, 1902, 118 F.O.

(36) *The Parliamentary Debates*. H. of Commons, julio 21, y agosto 6, 1902, Vol. CXI: 773-74 y CXII: 813.

(37) F.O. 185/946, No. 69, San Sebastián, sept. 12, 1902, 118 F.O.

(38) F.O. 185/945, No. 74, de Lansdowne, Londres, oct. 8, 1902, 119 F.O.

ban la autoridad del sultán tanto en la costa como en el interior, rechazando sus innovaciones progresistas; después el pretendiente hizo estallar la rebelión logrando infligir una derrota aplastante a las tropas del gobierno en las proximidades de Fez, en el mes de diciembre. Anticipándose a lo que pudiera venir, el "Foreign Office" había hecho un estudio detallado del valor estratégico de los puertos y costas del litoral y se adelantó a considerar la repartición del país entre las potencias, en caso de que desapareciera la autoridad del sultán. (39) Después el Almirantazgo británico se puso en estado de alerta en Gibraltar, observando de cerca los acontecimientos. (40) Por otro lado, en el "Quai d'Orsay" Delcassé expresaba su profunda preocupación considerando la posibilidad de concertarse con las potencias mayormente interesadas en los asuntos marroquíes para tomar una acción conjunta. (41)

El gobierno español mantúvose en comunicación con el inglés acerca de los acontecimientos manifestándole sus temores y sus esperanzas de que se conservara el "statu quo" en aquel país. El

marqués de Lansdowne respondió al embajador, el duque de Mandas, que el único y muy firme propósito de Inglaterra era el mismo, el de conservar el "statu quo"; pero "si surgiese la cuestión marroquí creo que Inglaterra sería la primera en pensar que España tiene derecho a que... no se tratase sin que hiciera oír su voz" (42)

Durante los meses siguientes de noviembre y diciembre el duque de Almodóvar del Río observaba inquieto el desarrollo de las guerras civiles en el Rif, no fuera que propiciaran la intervención de las grandes potencias, en cuyo caso podría ser despojada España de lo que consideraba suyo por derecho propio. (43)

Cuando Francia e Inglaterra maniobraban en Marruecos para defender sus intereses estratégicos y comerciales, España reconocía la necesidad de proceder con prudencia. ¿Y qué decir de las ambiciones de Alemania expresada en su "Weltpolitik", la cual se hizo sentir en la conferencia de Algeciras en 1906? ¿Hasta dónde le beneficiaba al gobierno español el Tratado negociado en París o la supuesta alianza latina en el Mediterráneo? ¿Respetar-

(39) F.O. 185/945, Papers respecting affairs. . . (895), F.O., septiembre 1902.

(40) F.O. 185/945, Tánger, No. 53, al F.O., diciembre 27, 1902.

(41) F.O. 185/945, De París, despacho No. 80, diciembre 30, 1902.

(42) A.M.A.E., correspondencia al ministro de Estado, del Embajador, Legajo 1582, No. 84, sec. 5a. Londres, octubre 9, 1902; y F.O. 185/945, de Lansdowne, No. 74, octubre 8, 1902, 119 F.O.

(43) F.O. 185/946, No. 89, Madrid, noviembre 28, 1902, 160 F.O.; y despacho No. 97, Madrid, diciembre 21, 1902, 180 F.O.

rían Gran Bretaña o Alemania el tratado secreto franco-español? ¿Estaría Francia dispuesta a honrar y defender los intereses hispánicos? Los hechos demostraron en 1911 y 1912 que el gobierno de París regatearía al de Madrid una zona de influencia y un protectorado de dimensiones mucho más limitadas que las estipuladas en el fallido tratado de 1902. (44) Si Italia anhelaba cimentar aún más su inteligencia con Inglaterra considerándola más necesaria que la de cualquier arreglo con Francia, (45) el ministro de Estado Abarzuza consideraba que era una temeridad autografiar un tratado con Francia a espaldas de Gran Bretaña.

Por la forma como se perfilaban los acontecimientos en el teatro de las operaciones en Marruecos, no podría ser más acertada su actitud. Con razón declaró después A. Maura, en junio de 1904, que la negociación separada de 1902 ponía a España en uno de los más grandes peligros que había corrido. El fracaso de esta negociación le parecía una gracia de la divina providencia dispensada a su país. (46)

2.2 Al año siguiente los primates de la política en Madrid

continuaban divididos en sus simpatías hacia Gran Bretaña y Francia. A su vez, la prensa reflejaba esta situación al reclamar al Estado una orientación concreta en sus relaciones internacionales. Cuando en el mes de mayo el rey de Inglaterra viajó a Lisboa, Roma y París, después del periplo del presidente Loubet a Argelia, algunos diarios de Madrid se dolieron del aislamiento de su país. (47) Al mes siguiente afloraría nuevamente esta preocupación al dirigirse Alfonso XIII a Cartagena donde pasaría revista a la escuadra española y recibiría un saludo de los buques de guerra de Francia, Rusia, Inglaterra y Portugal. El diario *La Correspondencia de España* comentó bajo el epígrafe "Tristes, solos y abandonados": "Bueno será, ya que la montaña no viene hacia nosotros, ir en dirección de la montaña, y por conveniencia de España tanto en el orden mercantil cuanto en el de los intereses político-internacionales interesa salir de nuestro aislamiento y enmendar el abandono en que nos dejan, concertando con las potencias que intentan modificar el mapa del mundo, inteligencias capaces de devolvernos, aun a costa de sacrificios, el rango y la consideración a que tene-

(44) Este aspecto lo desarrolla el autor en su libro próximo a publicarse, acerca de las "Declaraciones de Cartagena".

(45) A.M.A.E., correspondencia del duque de Mandas, Sec. política, No. 106, Legajo 1582, Londres, noviembre 22, 1902.

(46) Silvela, F., 1923, III: 258

(47) *La Epoca*, junio 26, 1903.

mos derecho dentro de la política internacional europea.” (48)

El debate llega a las Cortes donde el presidente del Consejo de ministros, el señor Silvela, responde a Salmerón así: “Nosotros no tenemos ambiciones ni aspiraciones próximas ni remotas de intervenir en las grandes cuestiones europeas. Pero nosotros tenemos una cuestión de la que no podemos apartar la vista que es la cuestión de Africa, en la cual nos importa que no se resuelva nada sin nuestra intervención; y para preparar esa intervención, son indispensables fuerzas militares y navales. Nosotros debemos mantener la amistad y la alianza con todas las naciones del mundo. . . ¿pero quién puede desconocer que una unión íntima nos enlaza con nuestra vecina la República francesa y que la unión de nuestros intereses y la de nuestras aspiraciones para la conservación del ‘statu quo’ de Marruecos, todo el tiempo que se pueda materialmente sostener, nos lleva a mantener una amistad completa, una unión de intereses, una armonía de pensamientos con ese país que es nuestro hermano de raza, que está enlazado con nosotros por todo linaje de intereses y consecuencias?” (49)

Silvela pronunció su discurso de despedida de la política activa

y su gabinete llegó a su fin. Translucía su pensamiento graves señales de pesimismo de cara a los ingentes problemas internos y externos del Estado, lo que dio motivo a *El Imparcial* para tildarlo de “Après moi le deluge” (50); no obstante, después de la asunción a la presidencia del gobierno de don R. Villaverde, el 20 de julio, la imagen de España en Europa acusaría una mejoría notable augurándose un cambio favorable. A propósito, el duque de Mandas remitió desde la embajada en Londres recortes de la prensa de aquel país con comentarios muy favorables a la nueva tónica del gobierno de Madrid y su afán de sanear la economía peninsular. (51)

En el curso del segundo semestre del año la opinión pública en Madrid también registra una actitud positiva hacia Gran Bretaña. Al despedirse el embajador, Sir Mortimer Durand, de la legación británica en Madrid, en octubre de 1903, el *Times* de Londres observaba cómo había evolucionado el sentimiento del pueblo español desde una postura claramente antibritánica, hacia la opuesta. Para corroborar la información, el corresponsal afirmaba que muchos personajes influyentes abogaban en favor de una alianza con Inglaterra. Mencionó

(48) *La Correspondencia de España*, julio 13, 1903, p. 1.

(49) *Diario de las sesiones de las Cortes*, julio 17, 1903, IV:1188.

(50) *The Times*, 31 de octubre de 1903, p. 7

(51) A.M.A.E., Sec. Política, No. 102, Legajo 1582, Londres, 11 de noviembre de 1903.

al connotado literato Pérez Galdós quien inició una campaña en pro de una "entente" con Gran Bretaña, la cual se infiltraba en círculos militares y navales; y dijo haber contado más de una decena de artículos de **La Correspondencia Militar** con esta misma orientación. (52)

En ambos países los motivos de la discordia del pasado se disipaban y las incompatibilidades de sus distintas líneas diplomáticas desaparecían. Las pasiones del noventa y ocho se enfriaban con el análisis inteligente de las causas del "desastre" y sus consecuencias; la guerra del Transvaal había llegado a su fin; el tratado de Windsor, anglo-lusitano, de 1899, era un hecho consumado; el contencioso de Gibraltar y la incertidumbre en Madrid acerca de las maniobras británicas en Marruecos estaban en vías de una solución, auspiciada por Lansdowne y Delcassé, contando con la buena voluntad, la serenidad y el patriotismo de distinguidos estadistas peninsulares. Italia estaba unida a Gran Bretaña mediante un acuerdo mediterráneo; Francia firmó el tratado secreto franco-italiano en julio 19 de 1902; España capitalizaría su posición estratégica en los Estrechos para extender sus fronteras hasta el Atlas.

2.3. Tanto el "Foreign Office"

como el "Quai d'Orsay" previeron la necesidad de concertarse con España respecto a la cuestión de Marruecos y del Estrecho. Desde julio de 1903, el presidente Loubet hizo proposiciones concretas en Londres en punto a su primordial interés en Marruecos. Las negociaciones culminaron con el convenio franco-británico de abril de 1904, según el cual Inglaterra obtuvo libertad de acción en Egipto y se comprometía, a cambio, brindarle su apoyo diplomático a Francia en Marruecos. Después de esa fecha el gobierno de París negoció con el de Madrid la delimitación de la zona de influencia hispánica, llegándose a acordar un convenio franco-español en octubre del mismo año, como colorario del anterior. En 1906 estos tres países presentaron un frente mancomunado en la Conferencia de Algeciras, a la cual acudieron los representantes de las Potencias a discutir la crisis de Marruecos provocada por Alemania. El Kaiser puso a prueba la "entente" hispano-franco-británica sin poder socavar su solidez. La Conferencia delegó en Francia y España la responsabilidad de procurar la vigilancia policial y el orden en los puertos del Imperio jerifiano, amén de otras disposiciones económicas favorables a ambos países.

(52) **The Times**, 31 de octubre de 1903, p. 7.

BIBLIOGRAFIA

I. Fuentes manuscritas y documentales.

España. Archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Sección de Correspondencia de Embajadas y Legaciones, Gran Bretaña: Legajo 1582, 1898-1906.

Sección política, Gran Bretaña: Legajo 2505, 1897-1899; Legajo 2506, 1900; Legajo 2507, 1901-06.

Biblioteca y Archivos de las Cortes.

Diario de las sesiones de Cortes, Congreso de los Diputados: Tomo III, 1903; Tomo IV, 1903; Tomo V, 1905.

Londres. Public Record Office

From Foreign Office, Political: F.O. 185/926, 1901, 1-90 pol.; F.O. 185/927, 1901, 91-171 F.O.; F.O. 185/945, 1902, 91-165 F.O.; F.O. 185/946, 1902, 1-185 F.O.; F.O. 185/974, 1903-04, 1-80 F.O.; F.O. 185/975, 1904, 81-160 F.O.; F.O. 185/1038, 1905, 1-150 pol.

To Foreign Office. Algecira's Conference: F.O. 185/1025, enero 1906; F.O. 185/1026, febrero 1906; 49-132 F.O.; F.O. 185/1027, marzo 1906, 133-231 F.O.; F.O. 185/1028, abril 1906, 232-266 F.O.; F.O. 185/1029, enero a marzo 1906.

British Documents on the Origins of the War, 1898-1914, Londres, editado por G.P. Gooch H. Temperley, His Majesty's Stationery Office, 1932, Vols. VII y VIII.

British Museum Library

The Parliamentary Debates. House of Commons, Londres, Wyman & Sons Ltd., 1901 y 1902, Vols. XCV, CXI y CXII.

París.

Documents Diplomatiques Français (1871-1914), París, Imprimerie Nationales, 2a serie, 1906-1909, Vols. IX, X, XI.

España. Periódicos y revistas.

La Correspondencia de España, Madrid, Imprenta de la Correspondencia de España, 1902-1903. Publicación diaria.

La Correspondencia Militar, Madrid, Imprenta de la Correspondencia Militar, 1902, 1903. Publicación diaria.

La Epoca, Madrid, Imprenta de T. Fortanet, 1902, 1903. Publicación diaria.

El Imparcial, Madrid, Imprenta de El Imparcial, 1902, 1903. Publicación diaria.

El Liberal, Madrid, Imprenta y Est. de El Liberal, 1902. Pub. diaria.

Nuestro Tiempo, Madrid, Imprenta Romero, 1901, 1902. Revista mensual.

Londres

Evening Standard, Londres, W.G. Thame, 104, Sheelane, E.C., 1905. Publicación diaria.

Morning Post, Londres, 19, St. Bride St., E.C., 1905. Publicación diaria.

St. James' Gazette, Londres, Dorset St., Whitefriars, 1905. Publicación diaria.

The Times, Londres, G.E. Wright, Printing House Square, E.C. 1899, 1902, 1903. Publicación diaria.

Chambers's Journal, Londres, W. & R. Chambers Limited, 1903, Vol. 80. Revista semanal.

The London Quarterly Review, Londres, Charles H. Kelly, editado por Rev. William Watkinson, 1899, Vol. 91. Revista cuatrimestral.

The National Review, Londres, Edward Arnold, 37, Bedford St., Strand, W.C., 1897. Revista.

The Spectator, Londres, Love & Wyman Ltd., 1898. Revista semanal.

OBRAS CONSULTADAS

Africa a través del pensamiento español, Recopilado por Angel Flores Morales, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Ediciones ARES, 1949, 236 págs.

Becker y González, Jerónimo, **Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX**, Madrid, Editorial Voluntad, 3 Vols., 1926.

Becker y González, Jerónimo, **Tratados, Convenios y Acuerdos referentes a Marruecos y la Guinea española**, Coleccionados por encargo de la Liga Africanista Española, Madrid, Imprenta del Patronato de Huérfanos de Intendencia e Intervención militares, 1918, 333 págs.

Hume, Martín, "Las relaciones históricas entre Inglaterra y España", **Nuestro Tiempo**, Madrid, Imprenta Romero, febrero L() 1901, Vol. I: 161-167.

Jones, Edgar R., **Selected Speeches on British Foreign Policy, 1738-1914**, Londres, Oxford University Press, 1914, VIII-550 págs.

Just Lloret, Julio, **Inglaterra Arbitra de España!**, Valladolid, Imprenta de J.M. de C, Librerías de Fernando Fe, 1906, 200 págs.

Langer, William L., **The Diplomacy of Imperialism, 1890-1902**, N.Y., Alfred A. Knopf, 1951, XXIV + 798 + XXIV págs.

Lémonon, Ernest, **L'Europe et la Politique Britannique (1882-1908)**, París, Félix Alcan Editeur, 1910, VI-555 págs.

Marfil García, Mariano, **Relaciones entre España y la Gran Bretaña desde las Paces de Utrecht hasta nuestros días**, Madrid, Est. Tipográfico de los hijos de R. Alvarez, 1907, 253 págs.

Martínez Unciti, Ricardo, **Inglaterra Señora del Mundo! Notas de palpitante actualidad basadas en el estudio de la historia y del arte militar**, Madrid, Librería de Leopoldo Martínez, 1899, XVI-436 págs.

Maura Gámazo, Gabriel, **Historia crítica del reinado de don Alfonso XIII, durante su minoridad bajo la regencia de su madre doña María Cristina de Austria**, Barcelona, Edit. Montanes y Simon, 1925, 2 tomos.

Maura Gámazo, G., y Fernández Almagro, M., **Por qué cayó Alfonso XIII, Evolución y disolución de los partidos históricos durante su reinado**, Madrid, Ediciones Ambos Mundos, S.L., 1948, XV-545 págs.

Petrie, Sir Charles, **Alfonso XIII y su tiempo**, Barcelona, Dima Ediciones S.A., 1967, 262 págs.

Mousset, Alberto, **La política exterior de España, 1873-1918**, Madrid, Biblioteca Nueva, 1918, 292 págs.

Rhodes James, Robert, **The British Revolution, 1880-1939**, N. Y., Alfred A. Knopf, 1977, XVI-654 págs.

Romanones, Conde de, **Obras completas de mi vida**, Madrid, Plus-Ultra, 1950, 3 vols.

Silvela, Francisco, **Artículos, discursos, conferencias y cartas**, Madrid, Mateu, 1923, T. III, 464 págs.

ALBERTO MENDEZ PEREIRA

Ferdinand De Lesseps y los canales

“Es infinitamente mejor encarar grandes obras, ganar resonantes triunfos, aunque impliquen riesgo, que situarse entre los pobres de espíritu, quienes no disfrutan, ni sufren mucho porque viven dentro del nublado crepúsculo en el que no se conocen ni victorias ni derrotas”.

(Teodoro Roosevelt)

—“Fue el Conde Fernando de Lesseps, orgulloso constructor del Canal de Suez, el primero en atreverse al monumental esfuerzo de unir los dos grandes océanos”— (Del libro “El Canal de Panamá— 50 Aniversario 1914-1964)—

“Y yo sostengo que Panamá (el Canal) será más fácil de construir y más fácil de mantener que el de Suez”. (Ferdinand de Lesseps)

Entre las célebres figuras de la humanidad, registradas por la historia, cuenta, sin duda, FERDINAND DE LESSEPS. Su nombre ha sido traído y llevado por los grandes escenarios de la publicidad y la crítica, tanto en Francia, su patria, como en el ámbito internacional. Se le ha elogiado con pinceladas de oro, para lue-

go, al compás de las injusticias humanas y al ritmo de ciegas pasiones, ese mismo hombre de recia voluntad y singular energía física y moral; ese hombre genial en la concepción de atrevidas y arriesgadas empresas, quien indirectamente subrayó el prestigio de la técnica francesa, fue vilipendiado, acusado y hasta con-

denado por parte, incluso, del mismo pueblo que lo había exaltado y glorificado.

Me propongo recoger en esta reseña algunos datos biográficos y unos cuantos rasgos anecdóticos, tomados de fuentes históricas, que trataré de presentar en amplitud mayor, quizá, de la conocida generalmente. Ello es con el fin de destacar, dentro de la estrechez de estas líneas periódicas, aristas de la calidad del hombre que, con más de setenta años a cuestas, se enfrentó valientemente, resueltamente, a la gigantesca tarea de intentar, como lo hizo, la realización del "sueño de los siglos": el CANAL DE PANAMA.

Ferdinand de Lesseps nació el 19 de Noviembre de 1805, en Versalles, en una casa cercana a los jardines del Palacio, a la Fuente de Neptuno y no muy distante del Gran Canal de Versalles, por cuyas aguas surcaron, en tiempos de Luis XIV —el llamado Rey-Sol—, alegóricas y pintorescas góndolas. La impresión de ese cautivo canal versallesco, observado, sin duda, incontables veces por de Lesseps cuando niño, ¿no influiría, acaso, en el ánimo de quien iba a convertirse en constructor de canales?. F. de Lesseps falleció a la edad de ochentinueve (89) años, en La Chesnaye (centro de Francia), el siete de Diciembre de 1894. A igual edad —dicho sea de paso— murió el 24 de Noviembre de 1929, el "TIGRE" CLEMEN-

CEAU, ese celeberrimo francés, entre cuyos sustanciales atributos, sobresalieron la reciedumbre, agresividad e intrepidez de carácter.

Ferdinand de Lesseps, a juicio de sus biógrafos, era un "apasionado de la música, de los libros, de su trabajo y de la equitación. Lo fue igualmente de sus hijos (tuvo muchos), de su "pizpireta" primera esposa (Agata Delamalle) y de su "hermosa" segunda mujer (Luisa Helena Aurtard)."

Perteneció de Lesseps a una distinguida familia. Sus miembros "amaban el progreso y la acción"; eran amigos de las cosas difíciles y de marcada "atracción personal". Se agitaron en la vida diplomática. Un tío de Ferdinand ganó título de nobleza por servicios especiales a Francia. Su tío Martín, sirvió como Cónsul General ante el gobierno de Catalina de Rusia y su padre, Mateo de Lesseps, se distinguió como agente diplomático en la era napoleónica, cosa la cual le permitió trabar amistad con Taillerand. Entre otros cargos desempeñados por su padre cuenta el de Ministro en Madrid, en donde, su hijo Ferdinand, aprendió el español y se adentró en el conocimiento de España, país en que él mismo sería, como veremos más adelante, Ministro de Francia.

A la edad de diecinueve años, después de algunos estudios de derecho, fue nombrado con fun-

ciones consulares en la Legación Francesa en Lisboa, Portugal, a cuyo frente se hallaba su tío. Después sirvió Ferdinand en Túnez, con su padre, hasta el deceso de su progenitor en 1832. Residió más tarde siete años en Egipto, para pasar luego a Rotterdam (Holanda), a Barcelona y a Málaga, en España. En 1848 fue nombrado Ministro en Madrid. Su dominio de la lengua española, su don de gentes, su simpatía personal y su afición a los deportes (equitación principalmente) le facilitaron su labor diplomática.

Ferdinand de Lesseps fue un destacado empresario que gozó de la estimación y crédito de distinguidos hombres de finanzas; respetado por comerciantes, periodistas y —esto es muy significativo— por los “más hábiles ingenieros civiles de Francia”. Es muy significativo —digo— por el hecho de que Ferdinand de Lesseps no era ingeniero.

No anduvo de Lesseps abundante de riquezas. No era opulento, aunque sí vivió con “gran estilo”. Sus dos esposas (en sus dos matrimonios) tenían alguna fortuna y eso, quizá, contribuyó a su vida cómoda o “de estilo”.... “La reputada fortuna de F. de Lesseps fue una ficción” (McCullough). Harto sociable como era, le gustaba a de Lesseps tener invitados diariamente en su casa. No bajaron nunca de diez o quince personas para almorzar o cenar con él.

FERDINAND DE LESSEPS Y EL CANAL DE SUEZ

El interés de De Lesseps en la construcción de canales se puso de manifiesto desde 1830, con ocasión de la llegada a Egipto de un cuerpo de ingenieros civiles franceses, dirigidos por un tal Próspero Enfantin, con el fin de abrir un canal por Suez. Fracasaron en su intento esos ingenieros y más de la mitad del grupo de ellos murió por efectos del cólera.

Existía en Europa, en vista del fracaso de todos los intentos, gran escepticismo en relación con las posibilidades de la construcción del Canal de Suez. Hubo adversarios acérrimos de la idea, como Lord Palmerston, quien, en nombre del Gobierno Británico declaró, en Julio de 1857, a propósito de una empresa organizada para ir a Suez, lo siguiente: —“Creo yo que es una empresa, la cual desde el punto de vista comercial, puede juzgarse en la categoría de las numerosas trampas que, de tiempo en tiempo, son tendidas a la credulidad de los capitalistas papanatas”. Tres años después, en Agosto de 1860, el mismo Palmerston agregó: —“Esta Compañía, conforme a menudo he dicho, es una de las más remarcables empresas del engaño que han sido puestas en práctica en los tiempos modernos. Es un completo señuelo, de principio al fin”.

Un mentís a estos conceptos y un desvanecimiento de la “te-

nebrosa cortina" creada alrededor de todo proyecto encaminado a unir el Mar Mediterráneo con el Indico; una elocuente respuesta a los agoreros, de entonces y de todos los tiempos, empeñados en hacer fracasar todo intento de efectuar grandes obras —aquellas que sobrepasan los linderos comunes y tradicionales— fue la inauguración, el 17 de Noviembre de 1869, del Canal de Suez, construido exitosamente, después de tenaz lucha, bajo la perseverante y eficaz dirección de FERDINAND DE LESSEPS.

De Lesseps, con miras de llegar a la realización de aquella gran obra, se dedicó a leer todo lo relacionado con la idea de un canal en Egipto. Volvió a encontrar a Enfantin, a quien había conocido en Egipto y quien era el mismo del fracaso del primer intento en Suez. Le facilitó toda la documentación que guardaba de aquel proyecto y que de Lesseps aprovechó en sus estudios preparatorios relativos a la posibilidad de ese canal.

En 1853, habiendo quedado viudo de Lesseps, se refugió por un tiempo en La Chesnaye, dedicado al estudio a fondo de "su canal". De allí —dicho esto como en paréntesis— escribió a su hijo Carlos, de doce años y estudiante en París, con el fin de consolarlo por la reciente muerte de su madre, lo siguiente: "La vida demanda valentía, resignación y confianza en la Providencia".

Al enterarse Ferdinand de Lesseps de que el nuevo Virrey de

Egipto era su amigo Mohamed Said, partió, sin pérdida de tiempo, para aquel país. A la amistad entre estos dos personajes se debe el nombre de "Port Said". De Lesseps fue espléndidamente recibido por su amigo, el nuevo gobernante Egipcio, de quien, muy pronto, alcanzó su asentimiento y cooperación amplia en el proyecto canalero. El citado gobernante egipcio se limitó a formular unas cuantas preguntas a de Lesseps, para declarar, muy pronto, su total acuerdo. "El momento había llegado para consumar la unión del Este con el Oeste".

Ante la perspectiva que se le presentaba y en vista de la franca cooperación ofrecida por Mohamed Said, de Lesseps se puso en acción durante los quince años siguientes, durante los cuales se dedicó a promover interés hacia su proyecto ante monarcas europeos, banqueros y editores de periódicos. No tuvo reposo explicando sus planes a través de innumerables entrevistas y artículos periodísticos. Hallándose en Londres, izó una bandera francesa en una ventana del hotel en que se hospedaba, en el céntrico barrio de Picadilly. Se lanzó, luego, en gira por Inglaterra en la cual pronunció más de ochenta discursos en un mes. Cuando el rico Barón de Rothchild, criticando su método para allegar fondos, le dijo: "No tendrá Usted éxito", de Lesseps sólo replicó: "Veremos".

De Lesseps no era hombre que se arredraaba ante las dificultades. Su dinamismo, persistencia, energía, imaginación y habilidad para la propaganda, así como su capacidad de resistencia y disposición de ánimo ante las decepciones, lo llevaron a triunfar en sus propósitos en cuanto al Canal de Suez se refiere. Su carácter pertinaz, porfiado, caía bien dentro de lo que Julio Verne llamaba: "El genio de la voluntad". Gran parte del dinero para esa obra —cerca de la mitad— fue aportada por unos "veinticinco mil" franceses y el resto, por Mohamed Said, el de Egipto. El sucesor de éste, el Khedive Ismail, fue aún más colaborador, más generoso que Said, al grado de que llegó a poner en peligro de bancarrota al fisco egipcio.

En cuanto a su provecho personal, de Lesseps declaró: "Voy a emprender algo sin el propósito de ganancias ni utilidad personal. Esto es lo que me ha permitido mantener mi vista clara hasta ahora y mis pisadas alejadas de las rocas". De Lesseps proclamaba que sus afanes en consumir la obra de Suez eran exclusivamente por "el bien de la humanidad". El último año de los trabajos allí, declaró a su corresponsal de prensa lo siguiente: "Espero con paciencia, con esa paciencia que requiere —lo aseguro— una gran entereza de carácter".

Al cabo de un año de tales declaraciones, se abrió al mundo el Canal de Suez, el 17 de Noviem-

bre de 1869, ante la admiración y júbilo de varios miles de personas alineadas en sus orillas. La celebración de ese triunfo fue grandiosa. El Khadive Ismail no escatimó gastos en la ceremonia inaugural. Asistieron, en gran presentación, representantes oficiales de las naciones europeas. Hubo toda clase de festejos y derroche de todo tipo. He aquí, apenas, el siguiente dato: fueron llevados de Europa quinientos (500) cocineros y mil (1,000) camareros y así, por ese estilo, otras extravagancias, según las descripciones publicadas. Estuvieron presentes allí varios barcos franceses, cinco acorazados británicos, una balandra de guerra rusa y otras embarcaciones de distintas nacionalidades. Hubo, en total, una presencia de cincuenta naves.

Durante los meses siguientes, Ferdinand de Lesseps fue objeto de grandes distinciones por parte de los principales países europeos. En Francia se le recibió como héroe y fue condecorado con la Gran Cruz de la Legión de Honor. Se le ofreció sinnúmero de banquetes, recepciones y diferentes homenajes y su nombre cubría constantemente las páginas de periódicos y revistas europeos. La Reina Victoria de Gran Bretaña, a proposición del Primer Ministro Gladstone, le confirió la Gran Cruz de la Estrella de India. Conviene anotar que fue precisamente en Inglaterra, en tiempos de Palmerston, en donde, como antes señalamos, se hizo más

oposición a todo proyecto de construcción de un canal en Egipto. Entre otros honores discernidos al "Gran Francés" como lo llamara León Gambetta, el célebre repúblico y tribuno galo, no puedo dejar de mencionar que el 23 de Abril de 1885, fue recibido como miembro de la Academia Francesa, en sesión solemnísimas.

He aquí una interesante anécdota: Se cuenta que, un 14 de Julio en París, se dirigía Ferdinand de Lesseps a la Estación del ferrocarril a tomar el tren con destino al sitio de su residencia campestre cuando, al pasar por la Plaza de la República y ser reconocido, la multitud allí congregada rodeó el coche en que iba de Lesseps, dando vivas al "Gran Francés", al "Héroe". Luego, movidos los manifestantes de febril entusiasmo, desengancharon los caballo y empujaron ellos el carruaje hasta la estación.

Para terminar esta corta reseña relativa al período de la vida de Ferdinand de Lesseps, sin duda, el más interesante por sus luchas triunfales, engarzo aquí el siguiente dato curioso aportado por uno de sus biógrafos. Se refiere a que de Lesseps, pocos días después de la inauguración del Canal de Suez, contrajo segundas nupcias con Luisa Helena Autard, "hermosa joven francesa" (de la Isla Mauricio), de apenas veinte años y como consecuencia de "amor a primera vis-

ta". Lo curioso de esto radica, quizá, en que de Lesseps contaba entonces sesenticuatro (64) años y que los frutos de ese su segundo matrimonio significaron nada menos que doce hijos: seis varones y seis mujeres. Según alguno de sus comentaristas, ésa fue "una realización de Ferdinand de Lesseps más notable que el Canal de Suez". . . .

DE LESSEPS Y EL CANAL DE PANAMA (Algunos apuntes)

La "Comisión del Canal Interoceánico", formada por mandato del Congreso de Estados Unidos, declaró en 1876, al terminar sus estudios de factibilidad, que la conocida como "Ruta de Nicaragua" era la recomendable para la construcción de un canal que uniera el Atlántico con el Pacífico. Abundaba dicha Comisión en "razones" estimadas ventajosas (sic) sobre las cuales sustentaban su recomendación. Ese hecho produjo en Francia gran interés y excitación en determinados grupos. Por ello, sin duda, un mes después de la mencionada Comisión Norteamericana, fue fundada en el seno de la Sociedad Geográfica de París un comité para "estudiar la cuestión".

De esa Sociedad Geográfica surgió la convocatoria, en 1879, de un Congreso Internacional de Ingenieros que se reunió en París, en Mayo de ese año (1879). Ferdinand de Lesseps, circundado de fama por lo del Canal de

Suez, fue elegido Presidente de dicho Congreso. Luego, en virtud de sus personales características y de su prestigio como empresario, se convirtió en una especie de centro y motor de aquella trascendental reunión de hombres de ciencia.

El Congreso Internacional de 1879 tenía como fin estudiar, a fondo y en detalles, todo lo concerniente a un canal interoceánico. Asistieron a él ciento treinta y seis (136) delegados que representaban un total de veintidós países, entre otros: Francia, con la mayoría, Estados Unidos, con once, Holanda, Alemania, Noruega, Austria-Hungría, Suecia, España, México, Colombia, Nicaragua. Concurrió por Colombia el Ingeniero Panameño y “avezado explorador”, PEDRO J. SOSA. En su gran mayoría los delegados a ese histórico Congreso fueron ingenieros, pero también concurrieron expertos navales, economistas y exploradores. Todos ellos “estuvieron reunidos —ha dicho un historiador— bajo un mismo techo, en la serenidad imparcial de la ciencia”.

Al tomar asiento Ferdinand de Lesseps como Presidente en la sesión inaugural, fue delirantemente ovacionado. Seguidamente él, al observar que había en la sala gran número de mujeres, exclamó, en tono galante: “La presencia de señoras en una reunión de científicos es siempre un buen presagio”.

Todos los proyectos estudiados en ese Congreso fueron rechazados, con excepción de dos: el relativo a un canal de esclusas por Nicaragua y el concerniente a un canal a nivel por Panamá, los cuales debían ser, muy luego, detenidamente estudiados. En efecto, pesadas y discutidas, en todos sus aspectos, las circunstancias correspondientes a uno y otro proyecto, fue escogido, en medio de gran alborozo —las mujeres agitaban sus pañuelos— el referente al Canal de Panamá. Obtuvo setenticuatro (74) votos afirmativos (entre ellos el de Sosa) contra ocho (8), de algunas abstenciones y ausencias (McCullough). Sólo votaron los ingenieros.

Creo oportuno engarzar aquí que el Ingeniero José Nicolás Adolfo Godin de Lepinay, uno de los más ilustres delegados por Francia al varias veces mencionado Congreso, quien había tenido experiencia en tierras tropicales de América, en donde construyó ferrocarriles y quien condenaba el **clima malsano** de esta región, presentó un proyecto, que fue **negado**, para la construcción de un canal por Panamá según el sistema de **esclusas**. Abundó en lujo de explicaciones técnicas sobre su teoría contraria a la del canal a nivel, como lo quería de Lesseps. Lepinay, en su exposición de defensa de su proyecto que, como dije, fue **negado**, subrayó las ventajas que éste ofrecía en cuanto a tiempo y dinero y, al terminar, declaró: “Vues-

tra obra sería así enormemente aliviada”.

Inserto a continuación, por juzgarlo oportuno, traducido al español, el texto, leído por de Lesseps, de la Resolución del Congreso Internacional de Ingenieros de París de 1879, referente al escogimiento de la vía de Panamá para el Canal Interoceánico. Dice así: — “El Congreso cree que la excavación de un canal interoceánico, a nivel, tan deseable a los intereses del comercio y la navegación, es factible; y que, con el fin de aprovechar las indispensables facilidades de acceso y de operación que un estrecho de esta naturaleza debe ofrecer por encima de todo, este canal ha de extenderse del Golfo de Limón a la Bahía de Panamá”.

Al tocar el turno a Lepinay en la votación oral de la anterior Resolución —dimos ya las cifras del resultado— el citado ingeniero manifestó: — “Aunque incapaz para hacer triunfar mi plan, no lo abandonaré y para que no pesen sobre mi conciencia innecesarias muertes y gastos inútiles, yo digo: no”. Sus palabras —anota un comentarista— “fueron recibidas con rechiflas”. El proyecto del ingeniero Lepinay sobre el Canal de Panamá, fue 27 años después, adoptado por el Congreso de Estados Unidos para que el gobierno de ese país terminara la obra comenzada por los franceses.

Al aceptar de Lesseps encargarse de la dirección de la empre-

sa que debía iniciar la construcción del Canal de Panamá, aun contra el consejo de sus íntimos amigos, hizo la siguiente declaración: — “Hace dos semanas, no tenía idea de colocarme a la cabeza de una nueva empresa. Mis amigos más queridos han tratado de disuadirme diciéndome que, después de lo de Suez, yo debía descansar. ¡Bien! Habiendo un general ganado una primera victoria y queriendo ganar una segunda, ¿rechusaría intentarlo?”.

Pero era evidente el entusiasmo y la fe de Ferdinand de Lesseps en la nueva obra que iba a emprender, de tal suerte, que subestimó los peligros que suponía el enfrentamiento a una tierra bravía, rocosa, **asaz malsana** (una de las principales causas del fracaso de la Compañía) y de salvaje y espesa vegetación. Confía en su espíritu de emprendedor tenaz e indomable ante los obstáculos. Por eso, apoyado en sus fuerzas espirituales, no titubeó, optimista, en declarar: — “Sostengo que Panamá (el Canal) es más fácil de construir y más fácil de mantener que el Canal de Suez”.

DE LESSEPS VIAJA A PANAMA

Una vez constituida la Compañía Universal del Canal Interoceánico, y allegados los primeros recursos financieros, se dispuso Ferdinand de Lesseps a venir a Panamá, conforme él había anunciado. Partió de Saint Nazaire,

en el navío Lafayette, en los primeros días de Diciembre de 1879 acompañado de su señora y algunos de sus hijos. Como técnicos vinieron con él los ingenieros Bonaparte Wyse, Jacobo Dirks, Abel Couvreur, Gastón Blanchet, Henri Bionne y otros funcionarios.

De Lesseps y su comitiva llegaron a Colón (Bahía de Limón) el 30 del mismo mes y fueron recibidos con inusitadas muestras de entusiasmo, tanto por el mundo oficial como popular. Quedaron maravillados, durante el trayecto de Colón a Panamá, del paisaje que, desde el tren, se ofrecía a su vista por primera vez. De Lesseps exclamaba, a cada paso: "El Canal se hará".

El recibimiento en la ciudad de Panamá fue triunfal. El pueblo henchido de alegría, curiosidad y entusiasmo, se agolpó en las calles al paso del "Gran Francés". Se le ofreció, con gran pompa, un sinnúmero de agasajos: banquetes, recepciones y otros festejos. Hubo hasta corrida de toros, como expresión de regocijo popular. El acto **simbólico** que, **hace un siglo justo**, efectuarían De Lesseps y su comitiva, consistente en dar el primer golpe de pica en las orillas de la entrada del Río Grande (La Boca) que sería la entrada del Canal del lado pacífico, no resultó como se tenía planeado. La causa se debió a la baja marea que impidió a la lancha "Taboguilla", en que viajaba la comi-

tiva, acercarse al sitio elegido para esos fines. En vista de la circunstancia, De Lesseps, sin arredrarse ante tal contratiempo, en un chispazo de su imaginación, se apresuró a manifestar, en tono solemne, ante los allí presentes, que donde quiera que se diese ese **primer golpe de pica** ("Le premier coup de pioche") sería **solamente simbólico** y que, por lo tanto, no había razón ninguna —agregó— para que no se hiciera la ceremonia en donde se hallaban en ese momento: en la lancha. Seguidamente, su hija Fernanda agitó una "reluciente pica", traída especialmente de Francia, dentro de una caja llena de arena. Le siguieron en la "simbólica operación" todos los miembros de la Comisión de Técnicos que acompañaba a De Lesseps, como "señal de alianza de todos los pueblos que contribuyen a la unión de los dos océanos para bien de la humanidad". El Obispo José Telésforo Paúl bendijo la ceremonia. (McCullough). La ceremonia se efectuó en los albores de 1880.

Se justificaba —comento yo— el original gesto de Lesseps con el que hizo frente a aquella contrariedad, ya que los encargados de la "Taboguilla" no calcularon las horas de las mareas ese día y porque, como bien dijo De Lesseps, ese acto, **donde se hiciera**, sería **solamente simbólico**— ¿No son —pregunto yo— solamente simbólicas donde quiera que se hagan, todas las ceremonias de colocar la "primera piedra", dar

la “primera palada” y el “primer golpe de pica”?— ¿No son esos actos únicamente expresión, más o menos solemne, de un desco, de un propósito que, muchas veces, en muchas partes del mundo, no se realizan?— ¿No se han quedado, en efecto, muchas **primeras piedras**, muchas **primeras paladas** solamente en eso: en simples primeras piedras y primeras paladas?— Ahora bien, en cuanto al Canal de Panamá es sabido de todos que éste comenzó a ser construido en el sitio escogido: La Boca del Río Grande.

COMIENZO DE LOS TRABAJOS

En Enero de 1881, es decir, al año de la primera visita de Lesseps al Istmo, llegaron en el vapor Lafayette cuarenta ingenieros bajo la dirección de Gastón Blanchet y el Almirante Armand Reclús, nuevo gerente general de la compañía canalera. Su asistente, Luis Verbrugge, había estado ya en Bogotá con Bonaparte Wyse. Algunos de estos señores vinieron acompañados de sus esposas. En el mes de Febrero, después de haber principiado los trabajos, Reclús envió a de Lesseps este lacónico cablegrama: “Comenzaron los trabajos” (*Travail commencé*).

No ha sido mi intención, con esta reseña, escribir aquí, ni siquiera en apretado resumen, la historia del Canal de Panamá. Tampoco mencionar lo referente al llamado “Affaire Panama”.

Además, tal cosa no cabría en un artículo periodístico. Mi propósito sólo ha sido y es el de dejar trazados, apenas, algunos rasgos, —no sé si lo he logrado— de la personalidad de Ferdinand de Lesseps y de sus vinculaciones con el Canal de Suez y el de Panamá. Es ampliamente conocida, inclusive en detalles, veraces unos y justos, y muchos otros, imaginarios, enquistados en la serie de libros, revistas, folletos, periódicos y monografías que, en casi todas las lenguas de los países occidentales se han publicado, en el transcurso de cerca de ochenta años, sobre el Canal de Panamá y la actuación aquí de los franceses.

Se sabe que la Compañía Universal del Canal Interoceánico de Panamá fue reemplazada por la Nueva Compañía y que, ambas sufrieron todo tipo de contratiempos: mal clima, deficiente administración, despilfarro, dificultad para conseguir los necesarios obreros, pestes y muertes y que la última Compañía tuvo que abandonar la empresa, cuyos trabajos, después de efectuada la independencia de Panamá, fueron traspasados al Gobierno de Estados Unidos.

Es también sabido que, no obstante ese trascendental fracaso, los franceses, zapadores del Canal de Panamá, habían removido o excavado, al abandonar la obra, “setentinueve (79) millones” de yardas cúbicas de tierra que, claro está, fueron de utili-

dad, en gran parte, a los constructores Norteamericanos. "Los franceses gastaron —dice el libro publicado por las autoridades Norteamericanas de la Zona del Canal, en 1964— doscientos sesenta millones (\$260) de dólares e innumerables vidas antes de darse por vencidos. Pero el sacrificio hecho por de Lesseps y sus seguidores no fue en vano, ya que esos errores sirvieron de admonición para quienes acometerían la tarea después de ellos".

Adoptado el sistema de canal de esclusas, los Norteamericanos, es decir en este caso, el Gobierno de Estados Unidos, continuó los trabajos sobre "la línea del trazado, esculpida por el genio francés al precio inmensurable de sacrificios y amargas sin cuento".

Además de la apreciable porción de tierra excavada, los Norteamericanos recibieron de los Franceses del canal: mapas, planos, diseños, algunas maquinarias y herramientas. Igualmente recibieron, según ellos mismos lo han reconocido, una provechosa lección, derivada de dolorosa experiencia, durante muy duros años de incesante lucha contra obstáculos de toda índole, a los que tuvieron que enfrentarse los franceses en su intento de llevar a la realización, en beneficio de la humanidad, el "Sueño de los Siglos", como ha sido llamado por los historiadores.

OBSERVACIONES.— Para terminar este trabajo, agregaré algunas observaciones, las cuales, no

por ser obvias, dejan de implicar interés, a mi modo de ver. Son las siguientes:

1a. Las Compañías Francesas (la primera y la Nueva Compañía) que actuaron en la construcción del Canal de Panamá no lo hicieron oficialmente en nombre de Francia. A este respecto, David McCullough, en su famoso libro "The Path Between the Seas" (página 122), recoge la información de que el Ministro de Francia en Washington, en nota dirigida al Secretario de Estado Evarts, le hacía saber que el "Gobierno Francés no estaba, en ninguna forma, mezclado en la empresa de Lesseps en Panamá y que, de ningún modo, se proponía darle apoyo directo ni indirecto".

Parece lógico preguntar: ¿No habría sido otro, acaso, el resultado de esa magna obra si hubiese actuado el Gobierno Francés, en vez de una empresa?

2a. El Gobierno de Estados Unidos, país opulento y en vísperas entonces de ser la primera potencia mundial que es hoy, al recibir de los Franceses 79 millones de yardas cúbicas de tierra excavadas y ciertos efectos materiales conforme antes anoté, recibieron también sanas advertencias, indirectas pero muy provechosas, emanadas de las duras y tristes experiencias sufridas por tantos zapadores, de distintas na-

cionalidades, cuyas vidas fueron ofrendadas como inapreciable contribución al alto costo de la "Gran Zanja" de servicio mundial.

- 3a. No obstante el fracaso de las compañías francesas en el Canal de Panamá, no puede desestimarse el papel preponderante y decisivo de FER-

DINAND DE LESSEPS al acometer, con extraordinario empeño, a la edad de setenticinco (75) años la maravillosa hazaña de construir —fue el primero en intentarlo— este Canal con el que venía soñando el mundo civilizado desde la décima sexta centuria.

Panamá, Enero de 1980

REFERENCIAS:

David McCullough "The path between the Seas"

Eduardo Tavernier "Les Etats Unis a Panama"

Philippe Bunau-Varilla— PANAMA: La Creation, La Destruction, La Resurrection— Paris 1913.

Octavio Méndez Pereira— "Canal de Panamá" —En diez placas 50a. Aniversario. 1914-1964. . . . "El Canal de Panamá".

*Comentario sobre el ensayo
"Los Orígenes Del Panamericanismo"*

De unos años para acá, la vida intelectual de la República se ha enriquecido con una copiosa, interesante y fecunda labor de investigación histórica; se ha caracterizado por una búsqueda fértil e incesante en detalles y aspectos fundamentales del pasado social y político de Panamá, intentando en todos los casos precisar hechos y situaciones, momentos y realidades históricas incontrovertibles, que nos permiten el reencontro con nuestro nativo y original pasado, con lo más auténtico de nuestra dimensión nacional, enlazado todo este conjunto dentro del contexto de la vida histórica de Hispanoamérica.

En este orden de cosas, interesa precisar por lo pronto, la magnífica labor de lo que pudiéramos llamar "concientización

histórica" que iniciara en nuestro medio nacional el Dr. Carlos M. Castezoro y que han continuado posteriormente reconocidos y acreditados jóvenes panameños que han efectuado notables y valiosas contribuciones tanto en el campo de la investigación pura como en el ancho, profundo y dilatado universo de la hermenéutica. A mi juicio, la conciencia social y nacional del panameño se amplía y se eleva, así, a un nivel envidiable, muy positivo, muy alentador en donde no faltan las más prolijas y originales indagaciones, las más incitantes sugerencias e iniciativas, las más clarividentes formas de expresión del pretérito panameño en función de la existencia y del vivir de los pueblos que configuran el gigantesco y complejo mosaico latinoamericano.

Y si hay algo que de manera particular y muy propia, caracteriza a la generación joven e inquieta de nuestro momento nacional, algo que la tipifica ejemplarmente y como una constante en el devenir de la conciencia del país istmeño es, precisamente, la pasión por la verdad, digámoslo así, por la verdad histórica, ese empeño por mostrar y descubrir los perfiles y las aristas, los repliegues y las profundidades más íntimas que laten en las interioridades de este nuestro pretérito, eslabonado y engarzado con los contornos, con la trama y con el contenido de la vida histórica de Iberoamérica, sin regatear esfuerzos y sacrificios, sin detenerse ante el dogma de la rutina que ve en cada descubrimiento del pasado, en cada denuncia social o política, un principio de heterodoxia, una actitud inonoclasta que representa la antítesis del principio de la verdad eterna.

Sobre una base bien cimentada, sólida y maciza, ajena a toda doblez, a toda prebenda y complicidad, se agrega ahora a nuestro caudal historiográfico una tesis de graduación, sustentada en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Panamá, en junio de 1979, y cuyo autor es el joven licenciado, Rubén Darío Rodríguez Patiño. La mencionada tesis, **CONSIDERACIONES EN TORNO A LA DOCTRINA DE MONROE Y A LOS ORIGENES DEL PANAMERICANISMO**, tuvo como ju-

rados calificadores a los Doctores en Derecho, Simeón González, actuando como Director, César Quintero y Julio E. Berríos, obteniendo la máxima calificación. El autor ha querido publicar la segunda parte del ensayo, **LOS ORIGENES DEL PANAMERICANISMO**, estudio histórico, concebido dentro de un amplio concepto del Derecho Internacional o, si se quiere, del Derecho en general y que considero merece dedicarle algunas opiniones personales impregnadas de profundo respeto y admiración hacia el autor.

Paréceme, según ya lo he expresado en párrafos anteriores, que los jóvenes intelectuales panameños, dedicados a las altas faenas del pensamiento, no vacilan, sin embargo, en pasar de éste a la acción, por lo que dan todo lo suyo en aras de positivas y bien logradas realizaciones y que en su conjunto se intenta materializar así, ideales de solidaridad, simpatía hacia las verdades objetivas, probidad en los órdenes moral y académico. Esa vehemencia por la verdad se revela, salvo mejor opinión, en el ensayo que comento y en donde el joven Rubén Darío Rodríguez Patiño pone todo su celo y todo su entusiasmo por "escudriñar causas", señalando aspectos y facetas del Panamericanismo que emerge, dice, "como fruto natural del auge del capitalismo yanki".

La verdad en todas sus formas y manifestaciones, la verdad en-

tendida como lo que hace relación directa con el mundo real es, con todo y lo que se diga en contra, hija de su tiempo. Por tal razón sostengo que la verdad, en cualquiera de sus expresiones y matices es, en el fondo, histórica. Y no podría ser de otro modo. No obstante el criterio cerrado y obtuso de que la verdad transcurre al margen de la vida cotidiana, separada del contexto social en el cual se mueve y actualiza nuestra existencia, es lo cierto que el contenido de una determinada verdad histórica, por ejemplo, la penetración cultural norteamericana a partir del siglo pasado, en el mundo Hispanoamericano, no podemos explicarla sin tomar en cuenta algunos parámetros o puntos de referencia que están implicados en el mismo transcurrir de sucesos o acontecimientos individuales o sociales que se reflejan a su vez, a manera de relaciones más o menos constantes, en la existencia histórica de estos pueblos al sur del Río Grande.

Lo dicho anteriormente no agota, claro está el tema de la verdad histórica y que es preocupación latente en el ensayo que comentamos, **LOS ORIGENES DEL PANAMERICANISMO**. Importa en el presente caso destacar algunos aspectos relativos a la estructura de la presente obra y, de manera especial, a su contenido histórico. El autor mantiene a todo lo largo de su escrito una clara y patente secuencia lógica. Los enunciados y los principios que

les sirven de fundamento se enlazan de una manera admirable y en ningún momento encontramos nosotros falta de eslabonamiento, ausencia de conclusiones que no sean, otra cosa que la consecuencia lógica de hechos y situaciones previamente sentados como antecedentes. No hay aquí, por todo lo que he podido advertir, la menor posibilidad de un sofisma o de una consecuencia falsa. Hay tanta claridad y tanta precisión que el lector se siente atraído, cautivado, por así decirlo, en la lectura, la cual, en ningún momento conduce a la fatiga o al hastío; uno siente ese deleite intelectual que se experimenta cuando estamos ante una obra escrita con rigor, con reflexión y con un decidido espíritu lógico.

En cuanto a su contenido, se advierte en el autor un tono decidido y claramente admonitorio, una no oculta iconoclastia hacia las pretendidas verdades eternas y absolutas de la Escuela Histórica tradicionalista, una reconvencción hacia esas historias fosilizadas y escleróticas muy en boga dentro de ciertos medios conservadores hispanófilos y yanquifilos del mundo americano. Algunos tópicos los ataca o los analiza en forma de anatemas, lo que colinda con la esfera de la pasión, los sentimientos o la vida afectiva. Este hecho, sin embargo, no va en menoscabo de la meridiana objetividad que se trasluce en el desenvolvimiento del ensayo. En este sentido, me

parece oportuno decir y cuestionar algunos juicios un tanto despidados de quienes sostienen que la verdad, cuando se matiza de alguna forma de apasionamiento, ésta pierde su dignidad. Yo me pregunto: ¿Quién ha podido demostrar que hay antítesis entre la verdad histórica y la vehemencia por ésta?. ¿Cómo puede sustentarse seriamente que la objetividad en materia de historia o de cualquier otra ciencia riñe de manera necesaria con el entusiasmo que sentimos hacia ella?

¿De qué modo es posible demostrar que el uso de adjetivos, a manera de epítetos palmarios está en contradicción con la verdad histórica? Vemos en el presente ensayo, a título de ejemplo, el uso de expresiones tales como "adefesión panamericano", "localismos ponzoñosos latinoamericanos", "ropaje de independencia formal", "papel denigrante de las repúblicas iberoamericanas", "expansionismo rampante de la república nortea", "evangelio del expansionismo yanqui", etc. Siempre, desde que me asomé por primera vez a la historia científica que nos enseñaron Rafael E. Moscote y Carlos M. Gasteazoro, he creído que la verdad en asuntos de historia se dice de muchas maneras y en este caso parodiando a Aristóteles al referirse éste a la metafísica. Creo que la verdad se enaltece, se consolida, se hace más viva y más patente en la medida en que se la exprese con sincera y vehemente pasión. Y

este ensayo, si algo lo hace grande valorativamente, si algo lo encumbra y lo hace noble es, justamente, esa carga de emotividad que es propia de los hombres que han roto o están rompiendo la férrea coyunda de infecundas tradiciones y, sobre todo, de la mediocridad.

Un hecho ocurrido en el pretérito de cualquier país o nación, de cualquier Estado o comunidad, podríamos exponerlo como quien expone en una vitrina o un escaparate comercial una serie numerada de artículos de catálogo. Pero hete aquí que estas cosas, estos hechos, expresados o presentados en esa forma, tan fría y tan escueta, han perdido sus aspectos humanos y afectivos, se han disociado de toda expresión vital, de toda manifestación humana. Hay que considerar, creo yo, que una cosa es distorsionar los hechos históricos mediante una retórica alambicada y otra cosa es decirlos, comunicarlos con fervor y entusiasmo, muy propios de quienes se saben poseedores de informaciones exactas y de las cuales pueden establecer conclusiones igualmente exactas. Estas observaciones, y las que he hecho en el párrafo anterior, las hago ante la posible objeción de quienes pudieran creer que se trata de una exposición histórica mediaticada por la exaltación apasionada.

Habida cuenta de lo expresado arriba, pienso que este ensayo

del joven licenciado, Rubén Darío Rodríguez Patiño, LOS ORIGENES DEL PANAMERICANISMO, podemos considerarlo como una verdadera interpretación científica, no exenta de cierto aire romántico, de una doctrina, el Panamericanismo que ha servido de pretexto para justificar intervenciones armadas, justificación del llamado "Destino Manifiesto" de los Estados Unidos de Norteamérica o, bien, para exonerar de toda culpabilidad a los portavoces de las oligarquías latinoamericanas cuando éstas se han asociado y se han confabulado con el Imperio, siempre en procura de prebendas, canongías y privilegios económicos y sinecuras y que ha llevado a André Gunder Frank a llamar a estos grupos como "lumpenburguesías", las cuales, como se sabe, y para conseguir sus fines fundamentales, no se han detenido ante ningún tipo de obstáculo material ni mucho menos ante ninguna norma moral.

Importa precisar ahora algunos conceptos claves acerca de este estudio —que yo considero histórico-jurídico— en el cual se asocian y enlazan datos e indagaciones tomados de la realidad hispanoamericana en su relación directa o indirecta con la república imperial, esa especie de nueva Roma que en nuestros días considera como cosa suya, como dominio propio los recursos naturales de esta América Indígena y que ve en el Tercer Mundo,

también, un verdadero peligro a sus ambiciones imperialistas.

Me parece que el ensayo, si bien no está centrado en una consideración formalmente jurídica, sí podemos considerarlo como enfocado con un amplio criterio fundado en las doctrinas del Derecho e intenta, a su manera, una interpretación americanista del fenómeno del Panamericanismo. No se aparta del comentario juicioso de algunos grandes hombres de nuestro Continente que han sentado principios de Derecho Internacional como Roque Sáenz Peña, precisando también la profunda y estrecha afinidad existente entre el Panamericanismo y el Monroísmo y fundándose en la afirmación de Joseph Ribert de que "sin la doctrina Monroe el imperialismo no sería sino un vano espejismo", impugnando con fría y contundente lógica que el contenido conceptual de los términos "Panamericanismo" e "Interamericanismo" vienen a ser, en realidad de verdad, dos caras de la misma moneda, asociándose con el credo social y política de José Martí, fustigando el espíritu utilitarista de los Estados Unidos y, en fin, recalcando aquello de que el mentor espiritual del Panamericanismo no es Simón Bolívar.

El ensayo, pues, se mantiene dentro de la más rigurosa objetividad, toda vez que se remite a una documentación seria y muy veraz, en donde los hechos expuestos han sido confirmados

palmariaamente por la posteridad a través de una serie de acontecimientos, hechos y sucesos que se han dado en el presente, digamos por ejemplo, las declaraciones del Presidente James Buchanan del 7 de enero de 1857 en donde proclama la famosa doctrina del Destino Manifiesto y que se ajustan de manera concreta y pasmosa en las intervenciones norteamericanas en el área del Caribe y Centro América a fines del XIX y gran parte de la presente centuria. A este respecto, vale la pena observar que no obstante no ser el autor un historiador en el sentido estricto del término, su conocimiento sobre estos momentos de la historia americana —historia vinculada profundamente con el incremento y desarrollo espectacular del capitalismo internacional en nuestro medio—, es realmente digno de los mejores y más sinceros elogios. Rubén Darío Rodríguez Patiño ha sabido explicar, analizar y fundamentar con meridiana claridad y honestidad intelectual el modo como, en cierto sentido, el Panamericanismo —presuntuoso y engreído—, fosilizado cual milenaria momia, este Panamericanismo que ha pretendido reemplazar a la doctrina de Bolívar, esta decididamente vinculado con el desarrollo, hábil, envanecido y ufano, de la política expansionista de la plutocracia de los Estados Unidos, con su concepción imperial del Destino Manifiesto y de una manera general, con el desenvolvimiento y

avance del imperialismo estadounidense. Este mismo imperialismo que ha propiciado y alentado el subdesarrollo de Hispanoamérica, que ha desafiado fomentando bajo diversas formas una política propicia a la grandeza de esa nación en detrimento del progreso nacional de las repúblicas iberoamericanas. Fundamenta el autor su criterio de que el imperialismo de los norteamericanos, asociado históricamente con la doctrina de Monroe de 1823, pretende implantar la hegemonía política, económica y cultural de la plutocracia de los Estados Unidos, so pretexto de una supuesta “solidaridad” y unos imaginarios “ideales comunes” entre los intereses hegemónicos de esa nación con los intereses de ésta nuestra América morena.

Estas precisiones del licenciado Rubén Darío Rodríguez Patiño no son indicaciones o señalamientos a priori, hijos de la fantasía, expresiones líricas de un alma romántica o algo puramente quijotesco; son el fruto maduro de una investigación (“las causas y orígenes del Panamericanismo”), la génesis y las proyecciones de esta doctrina aparentemente americana, un sistema que ha querido, ha pretendido contrabandear ciertas ideas muy próximas a los intereses plutocráticos del Imperio, mediante atractivos afeites, dorándolos con calificativos sonoros que, a la larga y con el tiempo, han jugado el papel de cantos de sirena en medio de un mundo —el His-

panoamericano—, que desgraciadamente, seducido por el encanto que producen las cosas falsas y malsanas, ha caído en la trampa ideológica del fementido Panamericanismo. En este sentido el escrito del joven Rodríguez Patiño llama la atención sobre esta perfidia que se esconde en “declaraciones conjuntas”, muy de moda en nuestros días, en enunciados pomposos y sofisticados de muchas cancillerías que de manera casi mecánica hanse adiestrado en ceder a solicitudes de los tecnócratas, financistas y militares del Imperio.

Digamos que el presente ensayo, **LOS ORIGENES DEL PANAMERICANISMO**, del joven Rubén Darío Rodríguez Patiño, abunda en citas interesantes y acertadas; se atiene a una bibliografía ceñida al marco de su investigación pero que se abre consecuentemente hacia libros, escritos y documentos que la amplíen, lo que denota en el autor su afán por reafirmar determinados principios martianos —él mismo lo confiesa y lo declara taxativamente—, muy consonos con los intereses de la gigantesca figura de Bolívar. Advertimos, así, su marcado interés en replantear y repensar el pasado hispanoamericano en tanto éste se enlaza con los orígenes lejanos del capitalismo de los Estados Unidos. Y este intento, repito, de repensar la historia con un criterio renovador en donde alienta el impulso por mancomunar el Derecho con la justicia, implica la de-

cisión, la determinación por encontrar los orígenes de muchos de nuestros males sociales y morales, posiblemente o con toda seguridad en causas exógenas, por ejemplo, la presencia más o menos permanente y velada de normas de convivencia afines con el espíritu utilitario de los Estados Unidos y al cual se refirió en su tiempo José Enrique Rodó con criterio de reconvencción; un utilitarismo y un pragmatismo sin raíces morales, sin savia ni aliento filosófico y en todo caso nutrido por un espíritu de fariseo, de filisteísmo, por un escondido culto a las monstruosas divinidades fenicias que hicieron de Cartago una República de comerciantes, algo por cierto muy alejado del alma y del sentimiento de un Whitman o de un Emerson.

Late, así, en el fondo de estas precisiones de Rubén Darío Rodríguez Patiño un vigoroso sentido ético de las cosas y, en particular, de la Historia y del Derecho. Sentido y vocación histórica porque toma conciencia de que en el transcurrir de ésta se fundamenta la esencia, la estructura y el porvenir del hombre, tal como lo pensara y expusiera a su manera el filósofo alemán, Wilhelm Dilthey, a saber, de que sólo en su historicidad podrá el hombre encontrar los principios de su verdadera naturaleza, de que sólo en el acontecer histórico, temporal, vivencial es en donde realmente vive y

tiene su morada el hombre, individual y socialmente hablando. En definitiva, de que el hombre es, por su propia naturaleza un ente histórico. La historicidad del mundo hispanoamericano constituye, desde esta perspectiva, el trasfondo vivo y palpitante del hombre de la América Latina y que yo pienso que ha sido escamoteado por el llamado sistema Panamericano. Esta nuestra América Latina, es realmente un crisol de razas, tal como la definiera en sus mejores tiempos el gran maestro mexicano don José Vasconcelos.

Y como sentimiento y vocación ética en materia de Derecho, Rubén Darío Rodríguez Patiño, podríamos decir que se empeña —y así lo demuestra de una manera rotunda, en desarrollar el contenido del Panamericanismo conforme a los principios del Derecho Internacional Americano y que fueran ya enunciados, proclamados y defendidos por el ilustre Padre Francisco de Victoria, en sus célebres alegatos jurídicos contra la usurpación que pretendiera realizar contra el indígena americano aquel otro ya fenecido y aniquilado Imperio —el Hispánico—, y que como el de ahora que se enmarca dentro

de la Trilateral plutocrática, también se empeñaba en mostrarse reacio a reconocer su fatal y completo hundimiento. Esto nos hace recordar lo que el maestro mexicano, Antonio Caso decía a propósito de los idólatras dentro del Imperio de que “una cultura que se subordina al dinero y a la técnica es una cultura diabólica”. El autor que comentamos ha sabido ubicarse dentro de un contexto altamente moral y, en consecuencia, ha querido desentrañar, analizar y exponer una serie de conclusiones sobre el Panamericanismo, el cual se encuentra, hoy por hoy, en el polo opuesto de un Benito Juárez, un José Martí o un José Enrique Rodó. Creo que éste ha sido el camino que bien pudo haber inspirado al joven autor en la confección y realización de esta empresa intelectual de gran aliento y a mi parecer lo ha logrado muy dignamente como consecuencia de una voluntad tenaz, de un espíritu rebelde, digámoslo así, a la mediocridad y convencido, a mi juicio, de que la renovación del mundo y sus cosas se logra a través de una historia veraz, rica en sugerencias y vivientes incitaciones a ser cada día mejores.

FRANCISCO JOSE LINARES

*Narración sucinta de los sucesos
más importantes que ocurrieron
en los días 3 y 4 de noviembre
y que culminaron con la firma
del Acta de la Independencia
de Panamá*

En las primeras horas del histórico 3 de Noviembre de 1903, arribaron al puerto de Colón el crucero "Cartagena" y un transporte que trajo consigo al batallón colombiano "Tercero de Tiradores", al mando del General en Jefe de los Ejércitos de Colombia en Panamá, Generalísimo Juan B. Tovar, de quinientas plazas, el cual debía reemplazar al "Batallón Colombia", por haberse tenido sospecha de éste de que estaba unido a Panamá por lazos de afecto, ya que al Gobierno Central habían llegado rumores de la existencia de un movimiento separatista en el Istmo.

La llegada a Colón de las tropas colombianas precipitó los acontecimientos que culminaron con la firma de la Acta de Independencia del Istmo, en virtud de la cual se constituyó la República

de Panamá "con Gobierno independiente, democrático, representativo y responsable, que propendiese a la felicidad de los nativos y de los demás habitantes del territorio del Istmo."

En efecto, tan pronto como el doctor Manuel Amador Guerrero tuvo conocimiento del desembarque en Colón del "Batallón Tercero de Tiradores", se puso en contacto con los otros miembros de la Junta Separatista, y en varios de ellos cundió el desaliento, oponiéndose rotundamente a que se llevara a cabo la emancipación, por haber considerado que era forzoso desistir de la acción revolucionaria, ya que aún no se había tomado todas las providencias necesarias para asegurar el buen éxito de la independencia del Istmo, que se tuvo pensado proclamar el día 28 de aquel mes

de Noviembre. De regreso al hogar, acostado en una hamaca, el doctor Amador Guerrero que estaba descorazonado, refirió a su esposa, doña María Ossa de Amador, el estado de ánimo de decaimiento en que se encontraban algunos de la Junta Separatista, a lo cual doña María respondió con estas palabras valerosas: "Si te dejan solo, solo tienes que proceder; ya no es posible echarse atrás. Levántate a luchar."

El doctor Amador Guerrero solicitó a las autoridades del Ferrocarril de Panamá que impidieran el traslado a la Capital de las tropas colombianas recién desembarcadas en Colón, hasta tanto se afirmara el apoyo del General Esteban Huertas, que comandaba el "Batallón Colombia", y fueran tomadas las medidas que eran necesarias para resistir el choque armado que se consideraba casi inevitable. El Superintendente del Ferrocarril, Coronel J. R. Shaller, que estaba ligado a la familia Amador por vínculo de amistad y quien estaba enterado del movimiento separatista, permitió viajar al Generalísimo Tovar en compañía de su Estado Mayor en un vagón especial hacia la Capital, habiendo prometido los medios de transporte durante el curso del día a las tropas desembarcadas, que se dejaron en Colón bajo el mando del Coronel Eliseo Torres G.

El Generalísimo Tovar con su comitiva que estaba integrada por los Generales Ramón G. Amaya, Joaquín Caicedo Albán

y dos sobrinos del Generalísimo, también Generales, José N. y Angel M. Tovar, fueron recibidos en la Estación del Ferrocarril de Panamá, pasadas las diez de la mañana, por el General Esteban Huertas al frente del "Batallón Colombia" que les rindió los honores militares del caso, cumpliéndose así la orden de servicio que fue impartida por el Jefe de Estado Mayor, General Francisco de Paula Castro. Un carruaje que tiraban dos caballos transportó los nuevos jefes militares de la Estación del Ferrocarril a la Gobernación; y más tarde, después de haber visitado el Cuartel de Chiriquí, al pasar los generales colombianos por la Plaza de la Catedral, el General Amaya exclamó enfrente de un árbol frondoso: "Hermosa acacia para colgar de sus ramas a los traidores panameños."

A las cinco de la tarde de aquel día glorioso, una muchedumbre de personas que pertenecían tanto al Partido Conservador como al Partido Liberal se había congregado en la Plaza de Santa Ana, la cual fue el sitio de reunión del pueblo panameño que había sido citado de viva voz. Alrededor de aquella misma hora, el Generalísimo Tovar con su comitiva de generales llegaron al Cuartel de Chiriquí, por la tercera vez, y ya tenían conocimiento de que el pueblo estaba en movimiento en la Plaza de Santa Ana. Los generales se sentaron en las bancas de afuera del Cuartel, y minutos después, el Capitán

Marco A. Salazar, cuyo corazón estaba con los hijos del Istmo según sus propias palabras, obedeciendo órdenes del General Huertas, al frente de ocho soldados con las bayonetas caladas y secundado por el Sargento Manuel Samaniego, arrestó los generales y los llevó al Cuartel de la Policía, donde los entregó. En el trayecto, encontró a la muchedumbre de personas que guiadas por el General Domingo Díaz iban en manifestación desde la Plaza de Santa Ana al Cuartel de Chiriquí, para que el General Huertas les diera armas, como en efecto se las dio.

Eran cerca de las seis de la tarde, al pasar los manifestantes por la Plaza de la Catedral; y cuando al bajar la multitud por la Avenida A, el Jefe de Día, Capitán Aranza, trató de cerrarle el paso, cerca de las ruinas de Santo Domingo, varios manifestantes desarmaron al militar, entre los cuales estaba el jovencito Enrique de la Ossa que en todo momento estuvo al pie del General Domingo Díaz. Fue inmediatamente después de este incidente, que al comienzo de la Avenida se perfiló el Capitán Salazar a la cabeza de un piquete de soldados conduciendo los prisioneros colombianos. Al ver el gentío, el Capitán Salazar por prevención ordenó a la escolta preparar armas, lo cual causó que muchos de los manifestantes huyeran a los zaguanes y en aquellos momentos dejaran casi solo al patriota que acaudilló la manifestación. . . .

Cuando cayó la multitud en cuenta que los prisioneros conducidos por el referido Capitán eran los generales colombianos recién llegados al país, un montón de personas llenas de júbilo lo acompañaron, y tuvo que abrirse paso a viva fuerza para proseguir. Al llegar a la Calle Sexta, le salió al encuentro el General Luis Alberto Tovar que andaba con el Coronel Luis Carlos Morales, diciéndole: "con mi tío no; con mi tío no. . . ." En vista de tal actitud hostil, obligó a los dos a que marcharan en medio de los demás prisioneros.

Apenas ocurrió el encarcelamiento del Generalísimo Tovar y de los miembros de su Estado Mayor, el doctor Amador Guerrero llamó por teléfono a don Porfirio Meléndez que residía en la ciudad de Colón y le dijo la frase clave: "El sancocho está a punto de empezar." Esta famosa frase hizo más apremiante que los patriotas colonenses realizaran el difícil encargo de impedir que las tropas colombianas, desembarcadas en las primeras horas de aquel día, fueran trasladadas a Panamá, a fin de evitar el derramamiento de sangre y hacer más segura la consecución de la independencia del Istmo.

Mientras se entregaban armas al pueblo en el Cuartel de Chiriquí, el General Huertas notó la ausencia del General Francisco de Paula Castro y ordenó su búsqueda y detención, y fue encontrado por el joven Antonio Díaz

G. escondido en un retrete, en cucillas sobre el excusado. Luego que los voluntarios panameños se armaron, algunos de ellos procedieron a hacer detenciones de las personas que eran consideradas opuestas a la causa separatista, y así fue detenido por el joven Antonio Alberto Valdés, el Gobernador del Departamento, don José Domingo de Obaldía, cuando se dirigía al Cuartel de Chiriquí a demandar la libertad de los generales apresados, y a quien en el Senado colombiano se le habían hecho acusaciones de que era decidido partidario de la construcción de un canal en el Istmo y en consecuencia comprometía la integridad nacional. También fueron detenidos, el General Leonidas Pretelt, que era el Jefe de la Flotilla de Guerra del Pacífico, y otros individuos más.

Por motivo de las prisiones del Generalísimo Juan B. Tovar y de los Generales Luis Alberto Tovar y Leonidas Pretelt, el Comandante del crucero "Bogotá" que estaba fondeado en la Bahía de Panamá, envió un ultimátum al Jefe de la Policía, don Fernando Arango, con el que amenazó bombardear la ciudad si después de tres horas no estaban a bordo de la nave de guerra los generales ya mencionados. El bombardeo se efectuó a la hora señalada, de la manera que sigue: El vigía que el General Huertas tenía en servicio sobre las "Bóvedas" corrió a anunciarle que el crucero "Bogotá" comenzaba a moverse, y en seguida el ague-

rrido general solicitó unos voluntarios para que lo acompañaran hasta las mismas "Bóvedas". Al llegar allí, en vista de que el "Bogotá" intentaba aproximarse a la costa, instó entre los que estaban con él un artillero, y se ofreció para ello el joven Raúl Chevalier que hizo un disparo al "Bogotá", el cual continuó su marcha hacia la costa disparando tres cañonazos contra la población, matando una bala a un chino en la Bajada de Salsipuedes, e hiriendo mortalmente otra bala a un caballo de silla de mi padre, don Enrique Linares, en la Calle 12 Oeste.

Después que anocheció, la nueva enseña de la Patria se llevó envuelta al Hotel Central, donde estaban muchas personas. El joven Alejandro de la Guardia cogió la enseña, le colocó un palo por asta y la paseó por las calles de la ciudad seguido de mucha gente hasta llegar al Cuartel de Chiriquí, adonde fue con el objeto de pedir al General Huertas, figura central del movimiento revolucionario, que lo acompañara en el paseo; pero en aquel momento el doctor Amador Guerrero le envió razón de que trajera la bandera al Ayuntamiento, y cuando estaba en camino para cumplir el encargo sonaron los disparos del crucero "Bogotá".

Aquella misma noche se reunió en sesión extraordinaria y solemne el honorable Consejo Municipal de Panamá, y a la sesión concurrieron siete Concejales, habiendo atendido el lla-

mado de la Patria; fueron ellos: don Demetrio H. Brid, Presidente del Concejo, que convocó la reunión; el General Aizpuru; don Agustín Arias Feraud; don José María Chiari R.; don Manuel J. Cucalón P.; don Enrique Linares, y don Manuel María Méndez. En la histórica sesión preguntó el Presidente del Concejo a los demás Concejales presentes, si los actuales representantes del pueblo estaban dispuestos a adherirse y secundar la proclamación de la independencia del Istmo que había sido hecha con el beneplácito de la ciudadanía, "bajo juramento de sacrificar sus intereses y vidas, y hasta el porvenir de sus hijos si fuere necesario." Los Concejales, puestos de pies, hicieron el solemne juramento. Inmediatamente después, el Concejal Aizpuru presentó una moción, que fue aprobada por unanimidad de votos, por la cual se acordó que "en vista del movimiento espontáneo de los pueblos del Istmo, y particularmente de la ciudad de Panamá, declarando su independencia de la metrópoli colombiana y desearo establecerse en Gobierno propio, independiente y libre, la Municipalidad de Panamá acepta y sostiene dicho movimiento y en consecuencia, RESUELVE: Convocar a Cabildo Abierto al pueblo en general y a todas las Corporaciones públicas Civiles, Militares y Eclesiásticas para mañana a las tres de la tarde. . . ." Acto continuo, el Concejal Brid, que se había separado de la silla presidencial, suscribió otra propo-

sición que igualmente fue aprobada por unanimidad de votos y que decía así: "Envíese el siguiente telegrama a su Excelencia el Presidente de los Estados Unidos; Washington: La Municipalidad de Panamá celebra en este momento sesión solemne adhiriéndose movimiento separación Istmo de Panamá resto de Colombia, y espera reconocimiento de ese Gobierno para nuestra causa." Al haberse terminado el objeto de la convocatoria de la sesión y vuelto a ocupar el Concejal Brid el puesto de Presidente, "invocó el nombre de Dios y de la Patria como testigo de este acto solemne" en que participaron los siete Concejales que asistieron a aquella histórica sesión.

Para mayor ilustración, transcribo un fragmento de la rescña histórica hecha por el historiador nacional don Ernesto J. Castillero R. en conmemoración del fallecimiento de mi padre, don Enrique Linares, la cual se refiere a la histórica y solemne sesión que celebró el honorable Consejo Municipal de Panamá la noche misma del 3 de Noviembre de 1903.

"De los seis Concejales que con el Presidente de la Municipalidad, don Demetrio H. Brid, concurrieron la noche misma del 3 de Noviembre de 1903 al salón del Cabildo capitalino para confirmar oficialmente la proclamación de la independencia hecha por el pueblo esa tarde, fue don Enrique Linares uno de

ellos según consta en el Acta de la sesión celebrada a las 9 y 50 minutos de ese histórico y glorioso martes novembrino.

Cuatro horas antes, poco más o menos cuando aún el crepúsculo alumbraba la ciudad y los últimos rayos del sol ponían irradiaciones de luz en los nácares de las torres de la Catedral, un grito de "Viva la República de Panamá" se elevó desde las gargantas de los ciudadanos congregados en el Parque y repercutió por todo el Istmo.

Fue la expresión del pueblo panameño que proclamaba su libertad y pedía vivir desde ese momento en adelante, bajo un régimen republicano y democrático, constituyendo una nación libre y soberana.

Pero ese paso trascendental de la excitada ciudadanía de romper los vínculos políticos que durante 82 años unieron al Departamento de Panamá a Colombia, deponiendo a las autoridades y apresando a los jefes militares que representaban en el Istmo la subyugación del territorio a la nación colombiana, necesitaba la confirmación oficial de los representantes legítimos del pueblo: esta vez, el Consejo Municipal de los Distritos.

La Corporación distritorial, personificada en los siete caballeros concurrentes a la sesión de esa noche, cumplió el cometido histórico y confirmó la voluntad del pueblo de Panamá.

Fue su vocero, el Concejal General Rafael Aizpuru, quien propuso:

"La Municipalidad de Panamá, en vista del movimiento espontáneo de los pueblos del Istmo, y particularmente de la ciudad de Panamá, declarando su independencia de la metrópoli colombiana y deseando establecer un gobierno propio, independiente y libre, acepta y sostiene dicho movimiento", etc.

En el Cabildo Abierto que se celebraría el día 4, se ratificaría esta declaración.

Mientras el suceso que se acaba de relatar tenía lugar en el viejo e histórico edificio del Ayuntamiento, donde ochenta y dos años justos atrás (1821), otros eminentes panameños habían declarado la independencia del territorio del Gobierno español, las calles y plazas de la ciudad se mantenían animadas con el vaivén del pueblo que acudía: unos a los cuarteles para armarse; otros a las oficinas de la Junta Revolucionaria a recibir órdenes; éstos a hacer patrullas por los barrios apartados; aquéllos a mantener en alto el espíritu cívico con el paseo al són de marchas marciales, de la nueva enseña de la recién nacida Patria que diera al pueblo la bella esposa del jefe de los conspiradores, doña María Ossa de Amador.

En medio de la alegría general de los panameños, un inesperado y sorpresivo acontecimiento puso la nota trágica al venturoso

instante: el vapor colombiano "Bogotá", surto en la bahía, encendió sus baterías y disparó contra la indefensa ciudad sus cañones, al tiempo que iniciaba la fuga para no caer en manos de la revolución. Por suerte, esos disparos sólo fueron tres, uno de los cuales, dirigido al centro de la urbe, al estallar la granada mató en la Calle 12 Oeste un caballo de silla del señor Linares."

En la mañana del siguiente día, se izó la bandera panameña en lo alto del edificio del Ayuntamiento de la Capital, siendo saludada a tiros de revólver por el Alcalde del Distrito, don José Francisco de la Ossa, mientras el pueblo entusiasmado contemplaba el conmovedor espectáculo.

A las tres de la tarde del 4 de Noviembre, tal como había sido acordado en la histórica sesión que celebró el honorable Consejo Municipal de Panamá en la noche anterior, se reunió por derecho propio la Municipalidad con la asistencia de todos los Concejales, a saber: Aizpuru, Rafael; Arango, Ricardo M.; Arias F., Agustín; Arosemena, Pablo; Brid, Demetrio H.; Chiari R., José María; Cucalón P., Manuel J.; Domínguez, Alcides; Lewis, Samuel; Linares, Enrique; Mc Kay Oscar M.; Méndez, Manuel María, y Vallarino, Darío. También asistieron a la reunión el Alcalde del Distrito, don José Francisco de la Ossa, y el

Personero Municipal, don Leopoldo Guillén.

En esta sesión de enorme trascendencia nacional, teniendo el Concejo "el exclusivo propósito de deliberar respecto de la situación en que el país se encontraba y resolver sobre lo más conveniente a la tranquilidad, al desarrollo y al engrandecimiento de los pueblos que constituían la entidad etnográfica y política denominada Istmo de Panamá", los honorables Concejales Arias F., Arosemena, Chiari R., Brid, Cucalón P., Aizpuru, Lewis y Linares, "hicieron reflexiones tendientes a establecer que era el momento de desatar unos vínculos que retrasaban los pueblos del Departamento de Panamá en cuanto tendía a la civilización; que ponía obstáculos insuperables al progreso, y que, en suma, les producía infelicidad, contrariando y haciendo completamente nugatorios los fines de la sociedad política en que entraron movidos por la necesidad de satisfacer la obligación de prosperar en el seno del Derecho respetado y de la Libertad asegurada." "En virtud de las consideraciones expuestas, el Consejo Municipal del Distrito de Panamá, fiel intérprete de los sentimientos de sus representados, declaró, en forma solemne, que los pueblos en su jurisdicción se separaban de Colombia, para formar con las demás poblaciones del Departamento, el Estado de Panamá, a fin de constituir una República con Gobierno inde-

pendiente, democrático, representativo y responsable, que propendiese a la felicidad de los nativos y de los demás habitantes del territorio del Istmo.”

Habiendo asumido el poder supremo de la nación panameña, “el Consejo Municipal de Panamá, por sí y en nombre de los otros Consejos Municipales del Departamento, encomendó la administración, gestión y dirección de los negocios, transitoriamente y mientras se constituyera la nueva República, a una Junta de Gobierno compuesta por los señores José Agustín Arango, Federico Boyd y Tomás Arias, en quienes, sin reserva alguna, delegó los poderes, autorizaciones y facultades necesarias, amplias y bastantes, para el satisfactorio

cumplimiento del cometido que en nombre de la Patria se les encargó.”

Después de haber prestado el juramento legal los designados para constituir la Junta de Gobierno transitoria, habiendo firmado todos los Concejales y el Secretario del Ayuntamiento la Acta de esta sesión solemnísimas que independizó el Istmo de Panamá de Colombia, convocada que había sido la población de la Capital a Cabildo Abierto, se sometió a su sanción el acuerdo que entraña la expresada Acta, la cual mereció la aprobación general, e inmediatamente, los congregados lanzaron al unísono un grito de “Viva la República de Panamá”.

Verdades, mentiras e injusticias de la Guerra de Coto

Introducción

Bastante se ha escrito sobre el triste episodio que vivió nuestro país, en el año de 1921, cuando los intereses del IMPERIALISMO YANQUI, nos obligaron a enfrentarnos a nuestros hermanos TICOS, sin otra razón que nuestra ignorancia y también la del pueblo costarricense, sobre la verdadera historia de nuestros límites con un País hermano, con el cual nunca debimos pelearnos.

Pero en todo lo que se ha escrito, de buena o de mala fe, ha habido tergiversaciones y errores y, se cometieron injusticias que es necesario aclarar, hasta donde sea posible, por el bien de muchos de los protagonistas de aquel desdichado episodio y, porque la historia debe ser genuina, o no es historia.

Generalmente, lo que se escribe después de mucho tiempo de haber sucedido, ya sea por referencias o porque antes también escribieron sobre lo mismo o por haberlo tomado de segunda mano, no es del todo verídico. Poco crédito ha de dársele a esta clase de información si el informante no aclara sus aseveraciones diciendo cómo las ha obtenido.

Un cuento, un chisme o cualquier otro acontecimiento relatado por alguien y que se va transmitiendo de boca en boca, cuando va por la sexta persona ya no es el mismo. Se le ha agregado detalles o invenciones que no son ya originales.

Así la historia escrita meses, años, lustros y hasta milenios después de sucedidos los hechos, no pueden ser verídicos.

En el caso de la guerra de Coto, sus antecedentes y los detalles posteriores ha sido escrita de buena fe, pero adoleciendo de los defectos de toda historia.

Nos proponemos pues, señalar algunos errores que hemos notado en todo lo que hemos leído comparándolos con datos de primera mano, y con la autoridad de haber sido protagonista directo en lo que vamos a narrar y por datos suministrados por compañeros que tomaron parte en el conflicto y que aún están vivos para atestiguarlo.

PARTICIPACION DE CHIRIQUI

Como es obvio, la Provincia de Chiriquí en cuyo territorio se había escenificado la invasión, por las fuerzas costarricenses, fue la primera en enterarse y también la primera en organizar la defensa.

Eran como las 8 p.m. del día 21 de febrero cuando por las calles de David, resonaba el tambor que anunciaba que se leería un BANDO, para que la ciudadanía se enterara de algo importante.

Como entonces no se disponía de emisoras, ni de televisores como ahora, el único medio de dar noticias a la ciudadanía era publicando éstas por medio de reuniones o mítines en algún lugar público y, se convocaba a la gente tocando tambores y cornetas por todas las calles.

Estas reuniones sólo se hacían cuando la noticia o las órdenes

de las autoridades, eran muy importantes. Por eso la ciudad de David fue alarmada esa noche del 21 de febrero y mucha gente se apersonó al lugar.

El señor Gobernador de la Provincia don Nicolás Delgado J., y su secretario don Anel Adames nos comunicaron la noticia de que la Patria había sido invadida por los ticos y llamaban a todos los chiricanos a reunirse en el Cuartel de la Policía, para organizar todas las Compañías que se pudieran para marchar a Coto a defenderla.

Así fue cómo el día siguiente muy temprano gran cantidad de jóvenes impetuosos se acuartelaban y gritando vivas a la Patria se inscribían en las respectivas Compañías para marchar al frente.

Cuando llegamos al Cuartel ubicado en la plaza "Bolívar", ya estaba organizada la Compañía de los 60 policías que prestaban servicio en la Provincia, los cuales debían partir inmediatamente al mando del Capitán Juan B. Grimaldo y de los oficiales Solís, Benítez, Rosales, Cañizales, Aguilar y policías rastos que completaban las 60 unidades que en esa fecha actuaban en la Provincia.

El medio de transporte que usaron fue el tren que entonces sólo viajaba de David a Concepción y la ruta a seguir era de La Pita a Divalá y Progreso y de esta población caminar por las montañas hasta Coto.

Mientras tanto el tren después de dejarlos a ellos en la Pita, debía regresar a trasladar nuestra Compañía al mismo lugar para seguir la misma ruta. Esta Compañía se denominó la. "Compañía de Voluntarios de David" y la comandaba el Capitán Alfonso Vásquez, Viejo militar de la guerra de los mil días, el Teniente Francisco Gallegos, el Sargento Miguel Ramírez y los Sub-tenientes Ernesto Gutiérrez Gallegos, Dióscoro Brugiatti, Juan Elías Armuelles; la tropa la componíamos los siguientes soldados: Abel Candanedo M., José del Carmen Contreras, Octavio Perén Baruco, Juan de Dios Gómez, Nicolás Gómez, Simón Gómez, Cristino Almengor, José Gaitán, Rubén Batista, José Isidoro Mendoza, Victorio Morán, Antonio Valdiviezo, Luis Nieto, Rosa Castillo, Miguel Castillo, Nepomuceno Atencio, José Quintero, Manuel Araúz, Jorge Arturo Rodríguez, Victoriano Espinosa, Ursulo Samudio, Segundo Hernández, Ricaurte Ayala, Juan Jiménez Palma, Esteban Pérez Barba, Adriano Guerra, Benjamín Maradiaga, Esteban Atencio, Arturo Saval, Tatín Estribí, Ricardo Díaz Pino, Leonardo Navarro, Joaquín Pinzón, José del Carmen Beitia, Raimundo Silvera, Pedro Celestino Espinosa, Porfirio Díaz, José Dionisio Castillo, Clemente Saldaña N., el negro Soto, el Nicaragüense Coronado, el chombo de Panamá, Teodoro Montenegro, Ramón Cerezo, Juan B.

Montenegro, Humberto Bartolí, Felipe González, Abigail Miranda Guerra, Albinio Gómez y Antonio Ruiz.

Mientras nuestra Compañía avanzaba hacia Coto, en David, y toda la Provincia, se movilizaban los chiricanos, formando otras Compañías de Boquete y Dolega, la primera al mando de los Capitanes Eudoro Watson y Esteban Ruiz Ordoñez y la segunda al mando del Capitán Manuel del Rosario Miranda y José Natividad Miranda (Mito). Estas dos Compañías llegaron a Coto como dos días después de nosotros y fueron ubicadas a la orilla del río Coto, más abajo de la Boca del río Conte, donde nos encontrábamos nosotros.

Antes de llegar estas Compañías a Coto, ya se había organizado en La Concepción otra Compañía que se denominó "Los Trece Voluntarios de Bugaba" y que se incorporaron a la Policía Nacional en Coto, la cual había seguido ruta diferente, saliendo de Bugaba y pasando por Cañas Gordas. Esta Compañía la integraban el Coronel Gasea, Antonio Alvarado, Ricardo Franceschi, Antonio y Aurelio Serracín y otros soldados cuyos nombres no he podido obtener.

De la llegada de nuestra Compañía a Coto y antes de nuestro traslado a la desembocadura del río Conte con el río Coto, escribí un artículo en la Estrella de Panamá, que copio aquí inmedia-

tamente, porque es un detalle que es digno de tener en cuenta, porque de su lectura puede colegirse si lo que aquí digo es objetivo y veraz.

Dice así dicho artículo:

COTO

“Hay una hora entre la noche y el día, en la cual, no se puede decir que es de día, ni que es de noche. Decimos entre luz y luz. Pero más bien debiera decirse entre luz y sombra.

Era precisamente esta hora del día o de la noche del 26 de febrero de 1921, me encontraba en la confluencia del río Coto con el río Conte. Territorio que es hoy de la República de Costa Rica. Estaba sentado en el tronco de un tallo de plátano y cuando abrí los ojos, noté que el rifle que debía tener en mis manos había desaparecido. El Capitán Ramírez, JEFE DIA, había pasado haciendo su correría y me había encontrado dormido con el rifle entre las piernas y se lo había llevado. Parece que estaba escondido observándome y con paso lento se acercó a mí y me dijo: “Ha cometido una falta muy grave”. “Un centinela no debe dormirse”. “Pero teniendo en cuenta que tenemos como cuatro noches de no dormir le voy a perdonar esta falta”. Respiré hondo y cuadrándome le dije “Gracias Capitán”.

Era el Capitán Ramírez un viejo soldado de la guerra de los mil días, que se había quedado en Chiriquí, después de nuestra independencia. Era un buen viejo. Durante la travesía de Progreso a Coto, que habíamos hecho juntos nos habíamos dado la mano al cruzar pantanos y toda clase de precipicios. Por eso no me sancionó.

Nuestra compañía al mando del Coronel Alfonso Vásquez, otro colombiano radicado en David y soldado de la misma guerra, había sido ubicada en el lugar que arriba menciono, un día después de haber llegado a Coto. En el trayecto de Progreso a Coto, en media montaña habíamos encontrado al policía Jorge Jaramillo (q.e.p.d.), quien nos comunicó la orden del Capitán Grimaldo de que tratáramos de llegar lo antes posible, porque estaban esperando un contingente de costarricenses que vendrían a reforzar la guarnición tica que habían ellos ya capturado. Así que el Coronel Vásquez dio la orden de “Paso al Trote”. A las tres de la tarde llegamos jadeantes, pero ya la Estrella había llegado con sus 200 hombres y el panorama que contemplamos fue impresionante: 27 hombres muertos unos encima de otros, estaban con sus uniformes ensangrentados, pálidos y en posiciones supinas,

en la misma orilla del río. En unos ranchos que hacían de Cuarteles del Estado Mayor, como 100 hombres heridos y más de 50 que habían salido ilesos. Todos estaban custodiados por soldados panameños armados con los rifles MAUSSER, que habían sido copados, después de la refriega. Nuestra Compañía fue ubicada provisionalmente a orillas del río, poco más o menos a un kilómetro del Cuartel General en un lugar lleno de palmeras. Como estábamos muertos de hambre y cansancio ordenaron que hiciéramos fogones para preparar comida para todos. Era ya casi de noche, cuando nos pusimos en esta faena. Como a las nueve de la noche se oyó el ruido de otra lancha que subía río arriba. Inmediatamente dieron orden de apagar todos los fogones y cada uno agarró su rifle, permaneciendo agazapados. La orden era que al pasar la lancha frente a nosotros, hasta el pequeño puerto donde estaba la plana mayor, y cuando allá le dispararan, y regresara, nosotros le disparáramos también. Así fue y cuando llegó nuestro turno, el Teniente Gallegos nos dio orden de ¡FUEGO!

Todos empezamos a disparar a la lancha que venía río abajo sin dirección alguna, sin timón, porque los 4 hombres que la tripulaban estaban muertos. Echaron dos hom-

bres en un bote, para que la abordaran, amarrándola a un árbol de la orilla.

Ya esa tarde habíamos enterrado en una fosa común, a los 27 ticos muertos. Sólo a los Oficiales les hicieron la deferencia de enterrarlos aparte. Cada uno en una fosa.

Los que cavaron las fosas fueron los mismos ticos. Los que no estaban heridos. Qué dolor y qué tristeza había en sus rostros cuando eran obligados a hacer este trabajo. Con lágrimas en los ojos tapaban la cara de sus amigos y hermanos, aunque fuera con ramos de hojas. Se preguntaban, por qué habían sido enviados a la muerte. Y, esto que no sabían como no lo sabíamos los panameños que los habíamos matado, que todo eso era para defender los intereses de MAMITA YUNAI.

Nuestra Compañía era la primera de voluntarios que se había formado en David, y partió para Coto un día después que habían partido los sesenta policías al mando de los Capitanes Grimaldo, Solís, Armuelles, Benítez y otros. Sus componentes éramos jóvenes impetuosos, sin experiencia que no teníamos la menor idea de las causas de este conflicto. Sólo sabíamos que la Patria había sido atacada y que era nuestro deber defenderla.

La noche que arriba menciono no comimos nada. Ya eran tres días y tres noches de hambre y cansancio. Aun así nos hicieron trasladar al paraje que describo al principio, donde permanecemos por 20 días. Sólo comíamos plátanos y cocos. De tantos mosquitos que nos picaron, sufrimos después fuertes ataques de malaria. A los días, la noticia de que la guerra (si a esto se le pudiera llamar guerra) había terminado. Recibimos órdenes de trasladarnos en una de las lanchas que habíamos quitado a los ticos: "La Sultana" a un barco que se encontraba en la entrada de Golfo Dulce. Este barco se llamaba "EL CLAPET", era una embarcación de cargar ganado. En esta lancha metieron más de doscientos hombres y por el exceso de peso casi nos hundimos. Muchos chiricanos, se tiraron al agua, ganaron la orilla y regresaron por tierra a Progreso. Hay quienes menosprecian a los viejos "SOLDADOS DE COTO". Los que esto hacen no pueden entender que los que fuimos a Coto, estábamos dispuestos a ofrendar la vida por la Patria. No pueden entender que si no corrimos la suerte de los 27 ticos que allí murieron, fue por la simple casualidad de que nuestros policías se adelantaron y los apresaron por sorpresa. Pero bien pudo ocurrir lo contrario. Quizá si

así hubiese sucedido, estarían muy contentos, los que nada les importa con nuestros sufrimientos, ni con las enfermedades que tuvimos como secuela de esa jornada.

Sirva esta oportunidad para rendir un sentido homenaje a los compañeros que murieron esperando que los reconocieran como soldados de la Patria, a quienes se les negó un mendrugo por el egoísmo de los mandones de turno. También debo rendir homenaje a los hermanos ticos que perecieron en Coto defendiendo sin saberlo, los intereses de una Compañía extranjera."

David, septiembre de 1978".

EN BOQUETE

Como digo arriba mientras que nuestra COMPAÑIA avanzaba hacia Coto, toda la Provincia se movilizaba. Oigamos una versión sintetizada de lo que allí ocurrió relatado por ADRIAN LARA: "El 22 de febrero a las 12 m. fui informado de la INVASION. Me encontraba en Horqueta. Supe además que el Alcalde de Boquete, don Fidel Hernández, estaba reclutando voluntarios. Le dije a Tino Vejarano que regresaría con noticias y que me esperara en Los Ladrillos. Al pasar por los Naranjos, le dije a Luis Santamaría que les avisara a los vecinos. Llegué a Bajo Boquete dirigiendo-

me a la Alcaldía. Allí encontré a muchos ciudadanos reunidos con el Alcalde. Enre ellos vi a Paulino Ruiz, Aurelio Rovira, Domingo Candanedo, Enrique Vásquez, Aristides Boutet, Eudoro Watson, José Benjamín Pittí, Esteban Ruiz, José Miranda R., Felipe González, Román Samudio, José Castillo, Evaristo Castillo, Juan de Dios Pittí, Teodosio Ledesma, Elías Samudio, Nicolás Rosas, Alfredo Valenzuela, Nemesio Ledesma, Alfredo López, Isidro Rosas, Prudencio Mojica, Domingo y Ricardo Médica, Bartolo Gutiérrez, Francisco Quiroz, Fermín Roviera, Enrique Fuentes, Julio y Miguel Cianca, Rafael Rodríguez, Rogelio Ledesma, Aniceto Samudio, Reyes Estribí, Horacio Ríos, Manuel Rivera, Juan Ortiz, Virgilio Atencio, Enrique Arce, Luis Santamaría, Emiliano Serrano, Bernabé González, Cristino Suira, Teodoro Montenegro, Juan Bautista González (a) Paquito, Leandro, Francisco y Ambrosio Castillo, Faustino Vejarano, Catalino y Nicolás Yangüez.

Varios opinaban que el personal debía seleccionarse entre los que no tenían familia y así se hizo, pero don Aristides Boutet, que era padre de numerosa familia se negó a quedarse y se incorporó de todas maneras al grupo escogido. Eramos como 120 hombres, pero después de tanto tiempo no puedo recordar a muchos”.

EN DOLEGA

OIGAN LO QUE DICE UN TESTIGO QUE TOMÓ PARTE EN LOS HECHOS:

La ORGANIZACION de la 2a. Compañía de Voluntarios de Dolega fue dirigido por el Alcalde don José de la Natividad Miranda, quien puso al frente a Don Manuel del Rosario Miranda. Los hombres que formaban parte de esta Compañía, fueron los siguientes: Aníbal y Mel Antonio Miranda, Manuel Antonio García, Gabino Lara Aguilar, Octavio Ortega, Juancho Villarreal, Santiago Saldaña, Juan Manuel Rovira, Carlos Alvarado, Jesús María Gaitán, Adolfo González, Dolores González, Armando Lecure, Julián González, Luis, Alcides Villarreal, Abel González, Amado Palma, Gabriel González, Mariano Nájera, German Ortega, Oscar Ortega, Gerardo Riviera, Demetrio Cubilla, Alberto Rodríguez, Rafael Trejos, Nicolás Cabrera, José Manuel Guerra, Tomás Guerra, Enrique Lara, Vidal Rodríguez, Chago Gómez, Clemente Saldaña, Plinio Caballero, y muchos otros!

Con un especial propósito he hecho las listas de los hombres que formaron las Compañías de Boquete y Dolega y es el de demostrar que ninguno de estos hombres con raras excepciones, había sido inscrito en la Sociedad Soldados de Coto, formada en el año de 1960. Las listas de 408 que se inscribieron en

ese año y que formaban dicha Sociedad aparecen en la Revista Lotería No. 82 Págs. 103 a 118. Trabajo hecho por el Profesor Bonifacio Pereira.

Esto a pesar de que estas Compañías junto con la policía cuya actuación fue decisiva para el Triunfo, y la 1a. Compañía de Voluntarios de David y los 13 Voluntarios de Bugaba, fueron las únicas que pisaron SUELO DE COTO. Más adelante explicaremos por qué sucedió esto.

Otras Compañías se formaron en la Provincia como los "Voluntarios de Oriente", organizada y dirigida por los hermanos Nicolás y Federico Sagel, la de "Voluntarios de Alanje" comandada por el señor Alvaro Contreras, la que se llamó la Compañía de la Cruz Roja que encabezaba el Dr. Auerbach, pero ninguna de éstas tuvieron la oportunidad de IR A COTO. Unas llegaron hasta Progreso, otras a Rabo de Puerco, otras hasta la Pita y otras se quedaron en David. De la formación y actuación de estas compañías no podemos decir nada, pues nos encontrábamos en Coto cuando esto sucedía. Lo que aquí decimos lo supimos por referencias.

Esta fue a grandes rasgos la actuación de los chiricanos. Sin embargo cuando el Profesor Bonifacio Pereira escribió "Historia de la Controversia de límites entre Panamá y Costa Rica", pu-

blicado en la Revista Lotería No. 82 de septiembre de 1962, se limitó a elogiar la actuación de los capitalinos. Apenas hace una pequeña referencia de la forma en que fueron hechos prisioneros los ticos que se habían posesionado de la Corregiduría de Coto, no sin cometer algunas inexactitudes muy comprensibles desde el momento en que lo hacía por referencias. En este trabajo no se menciona un nombre, ni un hecho efectuado por los miembros de las Compañías de Dolega, Boquete y David que como digo arriba, fueron las UNICAS que PISARON EL SUELO DE COTO. ¡Ellas estaban compuestas por campesinos anónimos, no valía la pena mencionarlas!

TRAYECTORIA SEGUIDA POR LA COMPAÑIA DE VOLUNTARIOS DE DAVID

La 1a. Cía. de Voluntarios de David, al mando del Capitán Alfonso Vásquez y a la cual pertenecía el que esto escribe salió de David inmediatamente después de los miembros de la policía de David que salieron el día 22 en la mañana.

Abordamos el tren a las 4 de la tarde. Había gran cantidad de gente en la estación del ferrocarril, despidiéndonos. Además de los vagones de pasajeros iban los de carga llenos de caballos, monturas y otros aperos. Los caballos los habían reclutado de los campesinos que habían llega-

do ese día a vender sus productos al mercado. Las otras cosas habían sido suministradas por las casas comerciales de David. En la tardecita llegamos a la Pita punto intermedio entre David y Concepción. Todos nos bajamos del tren y los que pudimos agarramos caballos y los ensillamos, pero como no había para todos muchos casi la mitad de los 54 hombres, se fueron a pie. Por el camino, en los callejones había muchas yeguas; como éramos tantos las acorralábamos, las amarrábamos con bejucos y se montaban hasta cuatro en cada una. Parecíamos colegiales sueltos en el recreo. Algunas de las yeguas resultaban cerreras, corcobeaban y tumbaban a los jinetes. Todo aquello causaba risas y gritos de los demás. En mi caballo que tuve la suerte de coger en la Pita, iba Ernesto Gutiérrez al anca. A veces cambiábamos de posición. Esto era para descansar. Llegamos a Divalá como a las 10 de la noche, pernoctando allí. Los divalaeños nos prestaron toda clase de atenciones y al amanecer nos prepararon desayuno y poco después nos repartían platos y posillos de tagua, que debíamos colgar de nuestra cintura. Partimos en dirección a Progreso, donde llegamos como a medio día del 23. Allí quedaron nuestros caballos. Después de comer algún refrigerio en una fonda improvisada, se nos dio la orden de abordar un trencito de propiedad de la PA-

NAMA SUGAR COMPANY, que viajaba hasta Rabo de Puerco. Antes nos enteramos que la COMPANIA de POLICIAS ya se había internado en la montaña con rumbo a Coto.

En Rabo de Puerco estaba anclado el "Veraguas" barco en el cual había llegado hacía poco el General Quintero. Tuvimos la suerte de subir al barco, gracias a la influencia de don Manuel Ceferino Díaz Armuelles que se encontraba allí y como él era gran amigo de mi compañero inseparable don Ernesto Gutiérrez, nos hizo esa deferencia. Nos explicó que la intención era que nos fuéramos en el Barco. Para llegar a Coto entrando por Golfo Dulce; para esto nos pusieron a llenar sacos de arena, para blindar el barco. Cuando estábamos en esa tarea nos avisaron que el General Quintero había dispuesto que regresáramos a Progreso para que siguiéramos a Coto por la misma ruta que había tomado la Policía de David. Nos proveyeron de sendos revólveres, tanto a Ernesto Gutiérrez como a mí. Eran unos revólveres marca Colt, con la cacha de madera. Por cierto, eran muy pesados para llevarlos al cinto, pero por lo menos ya teníamos un arma. Abordamos el trencito que nos había traído y regresamos a Progreso. Había allí gran movimiento. No sé por qué vía, habían llegado allí algunos de David, recuerdo a Aurelio Arias, Manuel de Jesús Jaén. A continuación

los preparativos para salir por la montaña, se necesitaban linternas (entonces no había focos de mano) y sobre todo un guía. Encontrado el guía y las linternas, cada uno agarró su mochila. En las mochilas no iban muchas cosas: una manta vieja, el posillo, el plato y poco más. No llevábamos ropa de repuesto. Sólo la que llevábamos puesta. Algunos llevaban armas: carabinas, escopetas, revólveres. Amanecimos en la montaña. Era el día 24. Caminamos sin cesar. Los ríos los pasamos con el agua hasta la cintura. Nos dábamos la mano unos a otros. El viejo Capitán Vásquez era valiente. Nos animaba. Como a mediodía encontramos al policía Jorge Jaramillo. Cuando nos vio gritó: "¡VIVA PANAMA"! !! Todos respondimos "¡VIVAAAAAA! ! ! ! ! !". Nos comunicó: "Llevo mensajes para el General Quintero. Dice el Capitán Grimaldo que traten de llegar lo antes posible, pues tenemos noticias de que va a llegar una lancha con un gran contingente. Ya los ticos que estaban allí, los apresamos". Lo abrazamos y lo vimos desaparecer en la jungla. El Capitán Vásquez dijo: "Muchachos, ¡Paso al trote! ! ! ! !".

Ibamos cansados, pero corríamos, volábamos por esos precipicios; suerte que éramos jóvenes y aguantábamos.

A las tres de la tarde divisamos los ranchos donde estaba el

Cuartel General. Los compañeros que allí estaban, nos saludaron efusivamente. Estaban curando los heridos. Unos tenían heridas leves, pero estos estaban en malas condiciones, había uno que tenía una herida como de dos cuartas sobre uno de los lomos. La bala lo agarró de refilón. Sangraba profusamente. Teníamos sed. Consiguieron una lata y me mandaron con un tico de los prisioneros a buscar una lata de agua. Por el camino me contaba cómo había sido la refriega. Habló el tico:

"Nosotros veníamos muy contentos. Creímos que nuestros compatriotas nos estaban esperando. De repente cuando nos acercábamos al muelle, nos recibió una lluvia de balas. Era un verdadero aguacero. Se produjo una gran confusión. Casi todos veníamos armados pero no sabíamos de dónde procedía el ataque, no veíamos a nadie. Disparábamos para la orilla, a la loca. No había quien dirigiera nada. Un amigo mío, que estaba a mi lado, se acostó en el piso de la lancha. Una bala le atravesó el cráneo y me pegó en la punta del dedo grande del pie, aquí, ésta herida. Muchos se tiraban de la lancha al agua. Los muertos estaban desangrándose, nadie los atendía. Nadie sabía qué se debía hacer, ni cómo ampararse. Había gritos y maldiciones. Por fin a alguien se le ocurrió quitarse la cami-

sa y enarboló una bandera blanca en la proa de la lancha. Apenas realizó ese acto de heroísmo, cayó fulminado con un balazo en el pecho. Doy gracias a Dios que he salido vivo de este trance”.

Después que tomamos agua, el Capitán Vásquez recibía instrucciones del Capitán Grimaldo. Formamos y nos dirigimos río abajo a un lugar lleno de palmeras. Lo que allí presenciamos está descrito ya en artículo que publiqué en la Estrella de Panamá y que está incluido en este trabajo. Pero debo agregar lo siguiente: Las lanchas que estaban allí acoderadas al muelle, eran “La Sultana y La ESTRELLA”. La primera era la que había traído a la guarnición que se tomó la Corregiduría de Coto el día 21 de febrero y que enarboló la bandera tica y que estaba comandada por el Coronel Zúñiga Mora y el Mayor González. Estos Oficiales fueron los que mandaron una misiva al Gobernador de Chiriquí, con el policía Vicente Cozarelli. Este llegó a Progreso y comunicó a las autoridades lo que ocurría. Como allí había teléfono, se comunicaron en seguida con el Gobernador, Nicolás Delgado. Por esto la noticia se pudo saber en David el mismo día 21 por la noche.

La otra lancha era “La Estrella”, que fue la que trajo 200 hombres bien armados, con rifles MAUSER. Esta es la verdad y

no lo que dice el Profesor Pereira, Pág. 45 de la Revista La Lotería No. 82. Así los panameños que no teníamos armas, ya quedamos con rifles buenos; tanto los que traían los tripulantes de “La Estrella”, como los que le habían quitado a la guarnición del Coronel Zúñiga Mora. De estas armas nos proveyeron a nosotros, haciéndose la distribución allí mismo a nuestra llegada. Me tocó un rifle reformado de los viejos que teníamos nosotros, porque al armar a otros con los rifles ticos que no eran suficientes para nuestra Compañía, los pocos que llevaban los reformados, nos proveyeron a los que no teníamos más que revólveres. De este rifle conservo todavía la BALLONETA.

Esas armas viejas y las que obtuvieron de los ticos ya presos fue las que usaron los miembros de la policía y los trece Voluntarios de Bugaba, que atrincherados en la orilla del río, disparaban todos a un solo punto: la lancha “La ESTRELLA”. Con razón el soldado tico me contó que era UN AGUACERO DE BALAS y con razón también ningún soldado panameño salió herido. El Sr. Aurelio Serracín que formaba parte de los 13 Voluntarios, fue herido en un accidente según la versión de muchos. Este fué el único herido en la tal GUERRA DE COTO.

El día 25 amanecimos en el Palmar donde nos habían ubica-

do el día anterior. Ese día mandaron los presos para Progreso en la lancha "La Sultana". Muchos se ocupaban de la comida. Estábamos muertos de hambre. Trajeron carne de reses que mataban en los potreros cercanos. La carne la cocinaban en latas de 5 galones. Era una mala comida, pero con hambre no hay pan malo. Al día siguiente estábamos listos para trasladarnos a la boca del río Conte como dos kilómetros más abajo, como en efecto lo hicimos.

En la desembocadura del río Conte al río Coto permanecemos como 18 días. La descripción de esta permanencia la hago en mi trabajo publicado en la "Estrella de Panamá" y que ya he insertado aquí.

Sólo me queda completar la narración del viaje del motovejero "EL CLAPET" que nos trajo del Golfo Dulce, o sea desde la desembocadura del río Coto en Golfo Dulce, hasta el Puerto de Pedregal. Fue una noche entera de navegación, llegando a las diez del día a Pedregal, donde abordamos el tren que nos condujo a la estación del ferrocarril de Chiriquí, al mismo punto precisamente de donde habíamos partido el 22 de febrero, precisamente 20 días después de nuestra partida.

Nuestra llegada fue motivo para escenas de júbilo entre nuestros familiares.

Desfilamos por las calles de David, dando vivas a la Patria,

con nuestras caras llenas de barba y nuestra andrajosa indumentaria, que era la misma con que habíamos partido. Nos acuartelaron en un edificio viejo y ruinoso al final de la Calle "B" Norte, donde ahora se encuentra una escuela de las religiosas Hermanas de la Caridad. Recuerdo la ansiedad de los míos por cerciorarse si había regresado, y la alegría cuando me vieron, pues como me dijeron después les habían contado que en Coto me habían hallado muerto dentro de un lodazal.

Al día siguiente, hubo una concentración de todas las fuerzas en la Plaza de Sucre. Allí estaban no sólo las que habían llegado de la frontera, de Rabo de Puerco, de Progreso y de la Pita, sino las que se encontraban en David acantonadas. El desfile lo dirigió el Coronel Justiniano Mejía.

A TODOS LOS SOLDADOS RASOS NOS REPARTIERON UN PANTALON Y UNA CAMISA DE COTIN Y NOS MANDARON PARA NUESTRA CASA.

ACTUACION DE LAS DEMAS PROVINCIAS

Con respecto a la actuación de las demás Provincias de la República debemos expresar que no deseo emitir opinión, tengo que atenerme a las informaciones de segunda mano. A lo que se ha escrito por referencias, porque ninguno de los que

han escrito sobre este asunto estuvo en Coto. Como dije antes, el Profesor Bonifacio Pereira se limitó a elogiar a los Capitalinos que se enrolaron en las diferentes Compañías. No se preocupó por escoger datos de los interiores. Nos ignoró por completo. Esto es así porque todo lo que él escribió fue por referencias y como dije al principio, lo que se escribe por referencias nunca puede ser verídico. Tanto en los escritos del profesor Pereira, como en un trabajo intitulado "45 Años Después" de don Teodosio Rodríguez, publicado en la Revista Lotería No. 269 de Julio de 1978, he descubierto errores en cuanto a las fechas, en cuanto a la actuación de muchos personajes.

El trabajo del señor Rodríguez carece de objetividad, es pródigo en elogios, ubica sus personajes en lugares en que jamás estuvieron, los reúne a su gusto donde su imaginación se le antoja.

Ejemplo: Dice Rodríguez, en la página 44 de la Revista Lotería No. 269 de julio de 1978:

"Poco después, en la tarde de ese mismo día, partió con igual destino, el batallón de 50 policías que vino en el vapor Chiriquí y había desembarcado unas horas antes en Rabo de Puerco. A esa fuerza se le unió una Compañía de Voluntarios chiricanos que había logrado reunir algunas armas. El grupo de chiricanos,

estaba dirigido por el Capitán Alfonso Vásquez, el Capitán Esteban Ruiz Ordoñez y el Teniente Francisco Gallegos. El segundo contingente estaba bajo el mando del Capitán Justiniano Mejía".

Nada más falso. Nunca la 1a. Cía. de Voluntarios de David, se unió con ese batallón de policías, ni Esteban Ruiz Ordoñez, ni Justiniano Mejía hicieron contacto en ninguna parte con nosotros.

Por el estilo son todas las aseveraciones que en su trabajo hace el señor Rodríguez.

El Profesor Bonifacio Pereira, hace una relación de la recuperación de Coto por las fuerzas panameñas, en las páginas 40, 41, 42 y 43 de la Revista Lotería No. 82 de septiembre de 1962, la cual según asegura fue sacada de los archivos de Domingo H. Turner, quien la obtuvo del Mayor Ricardo Franceschi, la cual está llena de inexactitudes como ésta: (Pág. 42) "Gasca ordenó a Franceschi, hacer avanzar a los voluntarios de Dolega".

¡Por favor! ! ! ! Cuando la Compañía de la República Nacional apresó a los ticos, los dolegueros no habían salido de Dolega, siquiera.

¿Cómo puede creerse en todas las demás informaciones que hace el Profesor Pereira en ese trabajo?

Se nota a simple vista que el objeto de ese trabajo fue el de hacer resaltar, el HEROISMO, la VALENTIA y todos los méritos de los CAPITALINOS que habían LUCHADO en Coto, y que nunca pisaron esa tierra.

Para que se vea lo falsa que es la Historia, copio lo siguiente, del Libro "PANAMA Y LOS ESTADOS UNIDOS" escrito por el Dr. Ernesto Castillero Pimentel, Pág. 143:

"En la mañana del 27 de febrero, o sea una semana después de la ocupación de Coto, por el Ejército de Costa Rica, se presentó ante la población mencionada una fuerza de cien panameños a caballo, quienes trabaron combate con los invasores, lucha durante la cual hubo dos muertos y nueve heridos entre los soldados de Costa Rica y dos heridos entre los panameños. La guarnición costarricense en Coto cayó prisionera, debiéndose agregar a estos, 35 prisioneros más, tomados en la lancha gasolinera que como se descubrió, estaba armada con ametralladoras".

La verdad de este episodio, lo relato en mi trabajo publicado en la "Estrella de Panamá" el jueves 17 de enero de 1980. Inserto en este trabajo expongo lo que vieron mis ojos, no lo que me contaron. No hubo un solo caballo y mucho menos cien hombres a caballo, ni ametralladoras.

SOCIEDAD CIVICA "SOLDADOS DE COTO"

En 1960 se funda en Panamá (Capital de la República) la Sociedad denominada "SOCIEDAD CIVICA SOLDADOS DE COTO". Esta fue formada por un grupo pequeño, al cual se fueron agregando otras unidades hasta completar 408, lista que está publicada en la Revista Lotería No. 82 de Septiembre de 1962, trabajo del Profesor Bonifacio Pereira, citado varias veces arriba. En esta lista sólo figuran 11 unidades que fueron a Coto cuyos nombres son los siguientes: Aristides Aguilar, Juan E. Caicedo, José M. Rosales, Isaías Cañizales, Manuel Aguilar. Estos cinco pertenecieron al grupo de la Policía Nacional que hacían servicio en el cuartel de David en el momento de la Invasión.

Esteban Ruiz Ordoñez, de la Compañía de Voluntarios de Boquete; Humberto Bartolí, Ramón Cerezo, Juan B. Montenegro, Dióscoro Brugiatti y Teodoro Montenegro, pertenecientes a la Primera Compañía de Voluntarios de David, comandada por el Capitán Alfonso Vásquez.

Ninguno de los 387 restantes tuvo la oportunidad de llegar hasta Coto.

No tenemos idea de los requisitos que exigían los directivos de dicha sociedad para ingresar a ella, lo que sí sabemos es que una vez constituida con sus 408 miembros le cerraron la

puerta a todo aquel que quisiera pertenecer a la Sociedad.

Consiguieron que el Órgano Ejecutivo expidiera el Decreto No. 160 de 1962, poniendo condiciones. Condiciones que ellos no habían llenado. El aspirante debía presentar certificado de su Superior Jerárquico o la prueba supletoria que consistía en 4 declaraciones de compañeros que anduviesen en la misma compañía y bajo las órdenes del mismo Jefe.

En una palabra, como ellos fueron los que fundaron la Sociedad, no deseaban que ingresaran más socios, porque mientras más numerosa fuera la sociedad menos probabilidades había de conseguir sus aspiraciones, que era la de que los pensionaran.

En efecto: consiguieron que mediante la Ley 68 de febrero de 1963 se les otorgara una pensión de B/30.00 para cada uno de los 400 miembros. Esta suma según dicha Ley la aportaría la Lotería Nacional. Es decir que no habría presupuesto para más nadie. Los requisitos exigidos por el Decreto 160 y la falta de presupuesto, fue el obstáculo para que durante 5 años no pudieran entrar más miembros a la sociedad.

Posteriormente y después del golpe de Estado de 1968, las gestiones de la Sociedad se encaminaron a conseguir un aumento de la pensión. Esto motivó la carta del General Torrijos que a continuación copiamos:

LA PATRIA SE DEFIENDE GRATIS

Panamá, 15 de Julio de 1970

Señores

Valentín Cabeza,

José L. Aguilar T.

Víctor M. Ramírez Reyes

Manuel Zaballos y otros

Presente

Estimados señores:

La Ley que los amparaba a ustedes, surgió en una época del país en que habían muchas disposiciones demagógicas. No obstante, eso es un compromiso adquirido y este Gobierno está respetando todas esas obligaciones de los gobiernos pasados.

No es un bonito ejemplo para las generaciones futuras el gratificar a quienes en un momento dado tuvieron el privilegio histórico de empuñar el fusil y defender la integridad de la Patria.

Considero que B/30.00 no le solucionan ningún problema económico a nadie, pero esa cantidad es todo lo que autoriza la mencionada Ley para entregarles. Procuren ustedes hacer un uso más correcto de esta disposición legal, no permitiendo que vayan aumentando año tras año el número de beneficiados, en lugar de ir disminuyendo. En esta forma podrían repartirse lo que hay, entre menos personas, lo que aumentaría el beneficio que reciben.

A continuación, el fundamento legal en que se ampara la pensión de que ustedes gozan:

“La ley 68 del 6 de febrero de 1963 otorga una pensión por igual a todos los participantes en la gesta de 1921 (Coto y Bocas del Toro), debidamente inscritos en la sociedad, por la suma de B/30.00 mensuales cada uno.

Actualmente figuran en la planilla, trescientas catorce unidades, lo cual causa un egreso al Estado de B/111,840 al año.

La citada Ley indica que la Lotería Nacional de Beneficencia aportará la suma de B/144,000.00 al año, para cubrir con esta obligación”.

Para terminar, me permito informarles que se encuentran pendientes de aprobación por parte del Organó Ejecutivo, treintinueve (39) solicitudes de reconocimiento de Soldados de Coto.

Atentamente,

General de Brigada OMAR TORRIJOS H.
Comandante Jefe de la Guardia Nacional.

A pesar de esta carta y a pesar de las disposiciones del Decreto No. 60 de 1962, en Septiembre de 1969, fueron reconocidos los que se denominaban SOLDADOS DE TABOGA, los cuales alegaban que eran héroes de Coto, porque habían cuidado a los prisioneros en dicha isla, probablemente para que no se fueran nadando de Taboga a Golfo Dulce.

Esto motivó una protesta de uno de los soldados YA INSCRITOS, don Ricardo A. Pardo, pu-

blicada en la Estrella de Panamá el día 18 de Septiembre de 1969. Decía don Ricardo que el reconocimiento de esos compatriotas de Taboga, sin exigirle los requisitos del Decreto 160, no era legal.

Sin embargo, el compañero Pardo en ese mismo escrito, reconoce que los chiricanos teníamos el mismo derecho a que se nos reconociera.

Los chiricanos formamos un Capítulo de la Sociedad Cívica

“Soldados de Coto”, a la cual se afiliaron como 400 miembros, pero ese Capítulo no fue nunca reconocido por la sociedad de Panamá. Nos organizamos para reclamar nuestros derechos, pero nos estrellamos con la oposición que nos hacían los mismos compañeros de la Capital.

Nosotros no hubiéramos reclamado ningún reconocimiento ni pensión porque estábamos de acuerdo con lo que expresó el General Torrijos en la carta inserta en este trabajo:

“No es un bonito ejemplo para las generaciones futuras el gratificar a quienes en un momento dado, tuvieron el privilegio histórico de empuñar el fusil y defender la integridad de la Patria”.

Pero reclamamos porque creíamos una injusticia, que siendo los UNICOS VOLUNTARIOS que fuimos a Coto, se nos ignorara.

Después de más de 14 años de HUMILLACIONES, de LLORIQUEOS, de GENUFLEXIONES y teniendo en cuenta el precedente de los de Taboga y más aún para quitarse de encima el problema, el General Torrijos ordenó que se reconocieran 75 de los 300 pedigüenos de Chiriquí. Este fue el motivo para que muchos de los VERDADEROS soldados de Coto, se quedaran sin reconocer y que posteriormente hayan seguido reclamando. Por eso el General To-

rrijos, decía en su carta a los Directivos de la Sociedad:

“Procuren ustedes hacer un uso más correcto de esta disposición legal, no permitiendo que vayan aumentando año tras año, los beneficios, en lugar de ir disminuyendo”.

Se decía que los soldados de Coto eran como las moscas: que se moría una y venían 100 al velorio.

Precisamente porque conocía la hermenéutica que se había seguido en ese asunto, fue que el señor Marcos Robles, tanto como Ministro en el Gobierno de don Nino Chiari como después como Presidente de la República, se negó a reconocer más soldados de Coto y mucho menos a aumentarle la pensión a los RECONOCIDOS.

La verdad es que ese asunto de reconocerles pensiones a los soldados de Coto, fue manejado muy mal, más bien con un criterio personalista y haciendo uso de las influencias más que de la justicia.

Todas las disposiciones oficiales que se dictaron han sido INCONSTITUCIONALES.

La Ley 29 de 1962, por la cual se reconocía el derecho a hospitalización y pago de funerales, el Decreto 160 que obligaba a presentar pruebas que no se le había exigido a los MIEMBROS YA INSCRITOS, la Ley 68 de 1963, y hasta la última

Ley No. 8 de 9 de Mayo de 1979 son inconstitucionales, porque LIMITAN los beneficios que conceden a un grupo de PRIVILEGIADOS: a los "QUE ESTUVIESEN INSCRITOS EN LA SOCIEDAD CIVICA SOLDADOS DE COTO". La Constitución vigente Art. 19 dice que en este País no habrá fueros ni privilegios para nadie. Un soldado de Coto, viejo y enfermo, que viviera por las montañas de Chiriquí, sin medios de transporte, sin dinero para pagar declaraciones, papel sellado y abogado, no podía ser reconocido, por más derecho que tuviera. Un hombre de nombre ESTEBAN PEREZ BARBA, que andaba en la misma Compañía que el que esto escribe, a quien recuerdo muy bien porque lo mandábamos en un bote por el río Coto a buscar cocos y plátanos con riesgo de ahogarse, o que lo mordiera una víbora, que reside actualmente en La Celmira, jurisdicción de Bugaba, que está en la indigencia, enfermo y sin familia que lo ayude, le ha sido negado el reconocimiento. El pobre hombre cuando se le pregunta cuál fué su actuación en la guerra de Coto, responde con voz temblorosa y con una mirada lejana: "Yo, era de la marina de guerra".

¿Será justo acaso que hayan reconocido a hombres ricos, pudientes de la Capital y se le haya negado ese mendrugo a este pobre viejito? Y él es sólo una muestra... Hay muchos así.

Debo aclarar que para nosotros sólo son soldados de Coto, los que estuvieron en Coto, los que si no mataron a nadie, ni hicieron actos de heroísmo, porque la oportunidad no se presentó, por lo menos fueron a pasar trabajos, a coger enfermedades, a sufrir.

Si vamos a considerar que todo el que hizo algún movimiento, que se inscribió, que se enlistó, que hizo unos ejercicios, etc. entonces todos los hombres que el 21 de febrero de 1921, tenían más de 18 años, serían soldados de Coto, con todos los derechos, porque todos los panameños estábamos dispuestos a defender la Patria.

Las leyes que se expidieron, debieron comenzar por decir dónde estaba la línea divisoria de los que eran y los que no eran soldados de Coto. Así se hubieran evitado todas las confusiones que ha habido.

*

En Coto, no hubo batallas, ni actos de heroísmo, ni muertos, ni heridos por parte de los panameños. Si hay alguna gloria ella corresponde a los 60 policías que prestaban sus servicios en la Provincia de Chiriquí y a los 13 voluntarios de Bugaba, que fueron los que apresaron por sorpresa a la guarnición tica, comandada por el Coronel Zúñiga Mora. Esa acción dio lugar a que los 200 soldados ticos que venían a reforzar a esta guarnición en la

lancha "La Estrella" no pudieran desembarcar, fuera desarmada también y le diera una gran ventaja a los panameños. Si no hubiera sido así, muchos panameños hubieran muerto. A esos hombres habría que hacerles un monumento, como también a Tomás Armuelles, Benjamín Zu-

rita, Arcadio Porto y Francisco Durán, que perdieron la vida en un accidente, y que motivó el discurso sentido y patriótico del Lic. Manuel Roy, que aparece publicado en la Revista Lotería No. 82 de Septiembre de 1972, págs. 79 y 80.

HARMODIO ARIAS MADRID

Al examinar el conjunto de la historia republicana, es preciso hacer un alto en la década del 1930-1939, en donde se suscitan cambios trascendentes en nuestra vida política, literaria y económica: Es en este período histórico en donde se destaca individualmente el Dr. Harmodio Arias.

Fue un ser extraño. Introverso. De difícil acceso y quien a lo largo de su vida, despertó en todo instante resentimientos, pero en igual forma admiración superlativa.

El mismo fue un ser repleto de pasiones... aunque poco expresivo. Podemos mencionar como una cualidad específica la relación permanente que mantuvo con su madre. Invariablemente cada fin de semana, mientras aquélla vivió, Harmodio se trasla-

daba de la ciudad capital al pueblecito de Penonomé para pasar el fin de semana con su madre.

Ese hábito lo mantuvo el Dr. Harmodio Arias aun en los días en que las graves responsabilidades del mando presidencial le reclamaban sucesivas reuniones de carácter político.

Los padres de Harmodio nacieron en las áreas campesinas de Coclé, en donde se dedicaron al comercio al por menor y a la ganadería. El alcanzó una educación universitaria por encima del medio aldeano, gracias a una beca que obtuvo en un concurso público.

Harmodio obtuvo el título de Doctor en Derecho y en Ciencias Políticas en la Universidad de Cambridge (Inglaterra) en el año de 1912. En el largo trayec-

to de su vida Harmodio tuvo el afán de elevarse a la cúspide en la política, en la vida social y en la cultura.

La vida toda de ese hombre, fue una carrera de promociones constantes sin temor a los obstáculos, en donde nada apareció por azar. Si tuvo reveses en la vida y fue herido, sorteó las horas difíciles al punto de que las circunstancias del desfavor, jamás trascendieron alrededor de los suyos.

Escuché de un colaborador del Dr. Harmodio Arias una sentencia, que al parecer repetía una y otra vez:

*"Cuando sea herido o burlado,
lo que no pueda ser vengado,
Que sea bien disimulado. . . ."*

Cada paso de su duro bregar, fue el resultado de un trabajo incesante, de la planificación esmerada y la consecuencia de una disciplinada organización de los recursos disponibles.

Harmodio Arias dedicaba pocas horas al reposo, y tal vez las únicas de que disponía era cuando se trasladaba a Santa Mónica para trabajar en su finca.

En diferentes momentos de su vida dio pruebas de ser un hombre de mucho valor, pero cauteloso y prudente. En momentos de dificultades que parecían insalvables siempre advertía citando a William Shakespeare:

"La más difícil parte del valor es la discreción"

Mas cuando las circunstancias así lo exigieron, jamás fue un hombre vacilante. Era un hombre de determinaciones calculadas cuyos gestos enérgicos solo respondían a un objetivo de corto plazo, pasada la crisis era siempre un hombre sereno y reposado.

Acusado de ser un hombre de una memoria fría y de pocos afectos, tuvo gestos de nobleza en su vida que lo revelan como un ser humano de profunda sensibilidad. Podemos referirnos por ejemplo a sus relaciones personales con su hermano menor, Arnulfo Arias, con quien tuvo frecuentes diferencias, pero de quien se constituyó invariablemente en defensor en los días en los que la adversidad parecía golpear más duramente al conductor panameñista.

Esta actitud de Harmodio Arias coincidió en varias ocasiones cuando él y Arnulfo se encontraban distanciados por razones personales o políticas.

Harmodio Arias fue un hombre que mantenía permanente contacto con los miembros de su familia, nos referimos a sus hermanas y a sus hijos. Se extremaba con ellos en gestos de afecto y atenciones que revelaban en todo momento que para él la vida familiar formaba parte de lo más importante de sus quehaceres.

Para muchos, sobre todo para los que le combatieron, Harmodio Arias fue un árbitro de las

grandes decisiones políticas en Panamá desde el inicio de la década del 1930-1939 cuando Acción Comunal tomó el poder y él adquirió intereses en el periódico El Panamá América. Su influencia fue creciendo hasta llegar a su deceso, en el inicio de la década del 1960.

Se identificó a Harmodio como un hombre capaz de hacer variar en el instante menos previsto, las grandes decisiones políticas del país; de las multitudes enardecidas; de los grandes conductores de masas y aun de los grupos políticos en pugna.

Se dice que Harmodio Arias era capaz de penetrar en todas las esferas, a través de su incalculable influencia política.

Temido de quienes detentaban el poder formal, hizo de su prensa un arma irrefutable sin rendir pleitesías. Parco en el adjetivo de su prosa, salvo en circunstancias muy contadas, era capaz de prodigar elogios.

Constantemente se le señaló como un hombre capaz de vulnerar al adversario, sin tocarle una pestaña — tras la utilización de la fuerza de los grupos de presión, por intrascendentes que pareciesen. Harmodio no desaprovechaba una oportunidad.

Mistagogo de las ambiciones humanas, se le acusaba de conocer la intimidad de los grandes políticos, a quienes a su debido tiempo, conocía cómo utilizar o ablandar, a fin de que respondiesen a sus objetivos de corto plazo.

Por largos años, a través de informales entrevistas, he venido acumulando la opinión de personas de todas las jerarquías que tuvieron la oportunidad de su trato cercano, y repetidas veces hemos escuchado siempre las mismas opiniones sobre Harmodio Arias.

En la acumulación de mis impresiones, he escuchado a periodistas, estudiantes, intelectuales, investigadores de la historia, vaqueros, familiares, profesores universitarios, abogados, secretarías, simples mensajeros, empleados de la imprenta de muy escasa cultura, y una multitud de políticos.

Le encantaba escuchar, estar informado de todas las cosas de su alrededor, pero casi nunca emitía una opinión. Cada respuesta de Harmodio Arias, o cada palabra vertida sobre la prensa, era una ecuación matemática, que respondía a una necesidad de orden práctico.

Para algunos, Harmodio Arias fue el hombre que respaldó con gran esfuerzo a la organización estudiantil en sus primeras jornadas, a fin de combatir a Ricardo Adolfo de la Guardia; en igual manera se le señala como el codeador del Frente Patriótico de la Juventud.

En las administraciones presidenciales sucesivas, estimuló una serie de nuevos valores, a los que llegó a convertir en figuras determinantes de la vida política,

algunos de los cuales llegaron a sobresalir en los estrados del órgano legislativo, en los despachos del gabinete presidencial, y alguno de ellos fue un aspirante a la Presidencia de la República.

Harmodio Arias no tuvo jamás un Partido Político, pero diversos partidos seguían indirectamente sus consignas en el momento propicio.

Mariscal de Campo, jamás aparecía en las grandes contiendas, aunque fuese el estratega de cada uno de los movimientos en pugna. El sabía cómo alinear los combatientes, mientras se limitaba a esperar, sentado en su escritorio, como quien observa un juego de pelota. . . .

Una legión de periodistas se movían a su alrededor, y llegó un instante en la vida nacional, en la que Harmodio Arias dominó la opinión pública, al punto de que con ironía, amigos y adversarios bautizaron a su empresa periodística, con el sugestivo nombre del Imperio de la Calle H. . .

Harmodio Arias tuvo enemigos irreconciliables, y he escuchado a muchas personas la expresión de que era víctima de rencores pequeños.

Los que trabajaban a su alrededor, sobre todo los periodistas, se sabían al pie de la letra su opinión sobre los personajes de nuestra fauna, y para cada uno de ellos tenía un adjetivo cruel, una gota de aceite hirviendo.

Había gente condenada al ostracismo en la prensa de Harmodio Arias. Los de la lista negra, y esos jamás se les mencionaba en sus periódicos, como en una terapia de silencio.

Una vez escuché a Don Enrique A. Jiménez una expresión sobre el Dr. Harmodio Arias, que decía más o menos:

"Yo nunca he conocido la distancia con el adversario político, aun en los momentos más difíciles, yo he procurado no interrumpir el diálogo, aun con aquellos que me combatían irreflexivamente: Harmodio Arias ha sido para mí un enigma y una figura de excepción en ese sentido."

De lo que escribió Harmodio Arias conocemos **El Canal de Panamá**, traducida por el Dr. Diógenes Arosemena G., porque el propio autor no se preocupó de su traducción.

Yo he leído la obra con una lupa, con extremado cuidado y esmero, con el ánimo de descubrir ahí la personalidad de un hombre, y aun cuando las traducciones son tarea difícil, he encontrado ahí un ser de ideas profundas, que no han perdido vigencia.

El Canal de Panamá es un trabajo de gran actualidad, en el cual Harmodio Arias Madrid analiza nuestra historia del siglo XIX, frente a la importancia de la ruta interoceánica, señalando la presencia de los Estados Unidos en su ambición expansionista

para dominar los océanos a través del dominio geográfico y político del Istmo Centro Americano. El **Canal de Panamá**, que es la tesis de doctorado de Harmodio Arias es un estudio jurídico-histórico en el que se plantea la necesidad de salvaguardar la neutralidad de la vía intermarina de instalaciones militares.

Aparte de este volumen y de los trabajos periodísticos que recoge la prensa sobre los problemas del Canal, hemos leído alguna vez **El Patriotismo en relación a la enseñanza**, un ensayo que recoge el **Parnaso Panameño** editado en 1926, y en el cual Harmodio Arias señala que el único medio de fortalecer la nacionalidad es la enseñanza y las expresiones de la cultura propia.

Escribió Harmodio Arias por largos años en el diario **El Panamá América** una columna maestra de la concisión, titulada **El Pulso de Panamá**, la cual a manera de editorial comentaba los más importantes sucesos nacionales o internacionales, siempre en muy breves frases.

Más allá de sus actividades periodísticas y de sus gestiones como abogado, como socio de la firma **ARIAS & FABREGA**, y que indudablemente ocuparon las horas más productivas del intelectual, debemos indicar que Harmodio Arias dedicó no pocas energías a la ganadería y a la agricultura. Y existe en esa actividad mercantil una significativa

parte de su personalidad no descubierta.

Ocasionalmente he conversado con algunos de los empleados de la finca de **Santa Mónica**, y en igual forma, de manera casual, he escuchado una que otra anécdota de visitantes a su casa de campo en dicha hacienda.

Ahí se me ha descrito a un hombre rústico, sin hábitos sacerdotales, cosa muy diferente a la imagen proyectada para este ciudadano prominente, educado en Inglaterra, de quien se decía que en todo momento se comportaba como un "gentleman" que había adquirido los hábitos y la personalidad de los ingleses.

Puntual, metódico, ordenado, solemne, reposado, introvertido, cortés. . .

Allá en "Santa Mónica" Harmodio Arias se confundía con los campesinos, durmiendo algunas veces la siesta debajo de los árboles, trabajando como un vaquero, bañándose debajo del aguacero, como hacen los chicos; que le encantaba comer informalmente con los mozos en un taburete, "arrecostado" a la puerta de la cocina.

Bebedor impenitente de café, bebía sorbos constantes en una vasija gigante, y se acercaba a tomar el agua de la quebrada, tal y como hacen los agricultores en la sierra.

Amigo de servir, muchas veces se hacía dueño del fogón, y al tener comensales en la mesa, su

primera preocupación era la de servirles él mismo.

Cada fin de semana estaba Harmodio Arias en Santa Mónica para levantarse antes de salir el sol y para compartir con los trabajadores sus cuentos, sus observaciones del tiempo, y para ver con sus propios ojos, como un simple compañero de faenas, los problemas de la tierra.

Pero al juzgar al hombre público, más que sus costumbres de carácter doméstico, nos impresionan su pensamiento, y sobre él, habremos de decir que jamás escribió una línea en contra de los intereses nacionales.

Cuando éstos estuvieron en juego frente a presiones internacionales, Harmodio Arias fue siempre su primer defensor.

El fue un nacionalista auténtico y lo demostró en la prensa, pero también en la Jefatura del Estado. Sus intervenciones en la cámara de diputados en los difíciles días del debate del Convenio Kellog-Alfaro, no pueden ser más elocuentes.

Recién llegado a la patria, luego de culminar sus estudios universitarios de Derecho, ocupó de manera transitoria (1912) la Subsecretaría de Relaciones Exteriores, cargo que abandonó para asociarse a Julio J. Fábrega, reputado entonces como una de las figuras más brillantes del foro nacional, y con el cual hizo una carrera de prestigio.

Tal grado de identificación hubo entre ambos, que para muchos el afecto que los unía, fue objeto de celos familiares.

Al conversar con gente de su trato íntimo, escuché que la influencia de Don Julio se hizo sentir de tal manera, que llegó al extremo en que se advertía que solo éste tenía la capacidad del voto sobre una decisión gubernamental en el período en el que Harmodio Arias ejerció el mando presidencial.

Pero esta influencia se prolongó a lo largo de su vida, en tal forma que muchos insinuaban que en todo momento Julio J. Fábrega más que consejero era el poder detrás del trono.

Con Julio J. Fábrega formó parte Harmodio Arias de la Primera Comisión Coodificadora (1914); posteriormente se destacó el Dr. Arias en otros cargos no menos importantes, Representante de Panamá ante la Corte de La Haya y Embajador Extraordinario de Panamá ante la República Argentina (1921).

En el año de 1924, Harmodio Arias fue elegido como Diputado a la Asamblea Nacional (1924-1928) y aquel jurista reposado y sereno, cuidadoso en sus opiniones se vio envuelto en una fuerte polémica periodística con el Presidente de la República, quien en esos días terminaba su mandato.

Harmodio Arias hizo un recuento de las realizaciones políticas de Belisario Porras, para

acusarlo con vehemencia enardecida por sus fraudulentas mañas electorales, y por su implacable persecución del adversario.

Las palabras del Diputado Arias revelaban a un hombre cargado emocionalmente a los extremos, como si en su subconciente reprimido, hubiese estado guardando argumentos hasta llegado el instante propicio.

Belisario Porras respondió sorprendido ante la violencia de Harmodio Arias, quien como cuenta final acusó a Porras de despilfarrador de los fondos públicos por la construcción del Hospital Santo Tomás, al que calificó como monumento a su megalomanía insatisfecha.

Un año antes, un grupo de jóvenes había formado la asociación cívica denominada **Acción Comunal**, que desde sus inicios consideró al Dr. Harmodio Arias su más importante consejero.

Harmodio, que no aparecía en sus nóminas, estaba enterado hasta el detalle de todas sus agitaciones, por ello cuando el Golpe Revolucionario del 2 de Enero de 1931, se pensó de inmediato que él debería ser la persona capaz de asumir la Jefatura de un Estado, inspirado en nuevos ideales de reconstrucción moral.

En 1931 su triunfo electoral como Presidente de la República fue una resonante confirmación de que ese hombre, representaba los sueños de una juventud dispuesta a erradicar los vi-

cios administrativos del pretérito.

Ya en el año de 1926, Harmodio Arias, como vocero de **Acción Comunal**, y desde la Cámara de Diputados, se convirtió en el adalid de la nacionalidad, para rechazar las imposiciones del ejecutivo para hacer ratificar por parte del Órgano Legislativo el Convenio Kellogg-Alfaro.

En cuanto a la gestión presidencial de Harmodio Arias, tenemos que admitir que su obra está llena de huellas imborrables, y que pese a sus adversarios ahí está el Tratado Arias-Roosevelt, que con todas sus imperfecciones, constituyó el primer paso en las reformas del Tratado Hay-Bunau Varilla, que tantas humillaciones nos costó en las primeras décadas de la república.

No se puede desconocer que este nuevo tratado fue la respuesta de la actitud receptiva de Franklin Delano Roosevelt, porque al realizar su balance, también debemos admitir que con todas sus ventajas, nos impuso sin embargo la lamentable exigencia de que Panamá debía conceder bases militares a los Estados Unidos, para la defensa del Canal Interoceánico.

Mucho se ha criticado al Dr. Harmodio Arias por la forma implacable como persiguió a los opositores a su régimen, irrespetando todas las normas de la ley para imponer su voluntad, pero sobre todo en los instantes en que se llevó a cabo el torneo

electoral que finalmente impuso como su sucesor al Dr. Juan Demóstenes Arosemena.

Harmodio Arias utilizó sin titubeos todas las armas en sus manos para aniquilar a sus críticos, y en cuanto al sufragio que le tocó presidir, nada hay que agregar distinto a lo mucho que se ha hablado sobre el tema. En el período pre-electoral prolongó hasta la burla las precandidaturas a fin de confundir la opinión pública y algunos opinan que en el fondo lo que quería Harmodio Arias era encontrar la fórmula de su reelección.

A su retorno a la vida común de los ciudadanos, jamás se mantuvo en quietud Harmodio Arias, y desde entonces hasta su deceso, se le acusó permanentemente de ser el autor de una sucesiva cantidad de frustrados golpes de estado, y de muchos otros actos de carácter levantisco.

Pero muchos Harmodio Arias jamás perdió el contacto con los

más importantes dirigentes del Movimiento Estudiantil, a los que ofrecía sin reparos las columnas de sus periódicos, pero a los que a su vez utilizaba indirectamente para sus objetivos a largo plazo.

Pero más allá del detalle anecdótico y de la mucha fantasía que se ha tejido alrededor de este personaje sobresaliente, es injusto empequeñecer a un hombre, sin paralelo entre los de su generación, cuya obra como estadista en circunstancias de increíble adversidad, le señalaron como a uno de los verdaderos forjadores de la patria.

Creo que fue un hombre superior cuyos vicios fueron superados por sus muchas virtudes. Pero además de ello, más allá de todas sus consideraciones personales, debemos tener presente en todo momento que él fue un formador de opinión pública, cuya palabra estuvo siempre al servicio de los más elevados intereses de la nación panameña.

ROSARIO OLLER DE SARASQUETA

El Dr. José D. Moscote

Nunca pensé que tuviera la oportunidad de ordenar mis ideas sobre tan sin igual personaje. Cada vez que imaginaba, que meditaba sobre lo notable de su personalidad, aún lo sentía más lejos de mi alcance, y ello me impedía poder escribir sobre alguna de sus facetas y características de hombre extraordinario. Sin embargo, a pesar de que lo encuentro tan distante de mí misma, desde su grandeza intelectual, me decido a apuntar estos recuerdos vividos al calor del claustro y de un Despacho del primer Decanato General de la naciente universidad panameña. Lo único que me posibilita para reseñar algunos rasgos de su humanista y difícil personalidad es el poder evidenciar en esta hora de los cien años de su existen-

cia, algunas peculiaridades de su vida de profesor, de jefe y de confidente ante sus rebeldías manifiestas por las incontrastables situaciones que se daban política, social y educacionalmente en el ambiente universitario panameño.

Si calificara al Dr. Moscote por sus otros alumnos de mi época diré que éstos lo consideraron extraño, silencioso, inescrutable, impenetrable. Sin embargo, nada más lejos de ello. Fui su secretaria por 3 años y ello me dio oportunidad para conocerlo en todas sus aristas personalísimas, polifacéticas; pero siempre humanas, justas y hasta con un sentido del humor, que dentro de su normal seriedad, parecía que se desprendía de su verdadera naturaleza.

Un hombre callado y hasta yo diría que a veces triste, taciturno como el Dr. Moscote, siempre habría de inspirar respeto, el que todos los que fuimos sus alumnos le tuvimos; el respeto llegaba a lo distanciante para los extraños. Para mí que fui su alumna y persona más allegada a él dentro de la Universidad, su personalidad humana, delicada y respetuosa de la integridad de los que trataba, rayaba en lo extremadamente inconcebible, y por ello puedo revelar que no hubo distancia, ni separación alguna entre su ego selecto y la figura sencilla de su secretaria, que estos recuerdos escribe.

Rememoro un día que tuve que pedirle permiso porque tenía que hacer algunas diligencias urgentes, me dijo: "Jamás me pida permiso; dígame simplemente voy a salir. ¿Quién soy yo para darle permiso?" Esa respetuosa delicadeza, dirigida a una subordinada como yo lo era, me conmovió y elevó en mí su singular y excepcional calidad humana.

Como su secretaria y alumna, cualquier solicitud de parte de grupos estudiantiles era definitivamente transmitida a través de la que escribe. Su distanciamiento y meditabunda individualidad que soñaba y dilucidaba en silencio por los pasillos universitarios y en la estrecha área de su pequeño despacho que yo humildemente compartía con él era la expresión de su grandeza compleja como profesor de alto ran-

go. En cuanto a mí era como imaginarse a una joven recién salida de la edad florida en comunidad con su joven abuelo disfrutando de un trabajo común universitario, de administración, y académico.

Cualquier estudiante no osaba presentar su queja frente a la majestuosa personalidad del gran dirigente. Sin embargo, la menos llamada a hacerlo, sí tenía el valor de plantearle errores o resquebrajamientos de la disciplina universitaria de parte de otros profesores.

Sobre esta particularidad de su persona, que para el grupo estudiantil representaba el Decano General, rígido, severo, nunca olvidaré la situación humorística que se me presentó cuando un día el Dr. Moscote me encontró en su Despacho conversando con el Dr. Miguel Lubán, profesor belga de Derecho Civil contratado hacía poco por la Universidad, y ambos reíamos de lo que hablábamos, pues me preguntaba cómo podía yo trabajar con un hombre tan taciturno, tan impenetrable como el Dr. Moscote; y yo le confesaba que el Dr. Moscote era el hombre más jovial y con más sentido del humor que conocía, lo que no me podía creer. Cuando el Dr. Lubán vio llegar al Dr. Moscote, dio las buenas tardes y se marchó. Este me dijo: ¿Cómo puede Usted ser amiga y conversar y reír con un hombre tan extraño? Mi carcajada lo dejó perplejo. Pero le conté

lo que conversaba con el Dr. Lubán y me comentó: "A la verdad, Señorita Oller, que no parecemos lo que somos". A lo que yo asentí. El Dr. Lubán, podía encontrarse en el Atlas, en el Balboa, en el Rancho, cada Sábado en la noche, sentado a una mesa, solitariamente leyendo un libro; es posible definir al Dr. Lubán como el típico hombre aislado del ambiente, del individuo taciturno, solitario, particularmente independiente del medio que lo rodeaba.

Entre sus costumbres diarias, el Dr. Moscote, tenía la de caviar en voz alta; cualquier problema universitario, político, o social era objeto de sus disquisiciones, meditaciones, para lo cual se extasiaba caminando por el pasillo central del edificio del Instituto Nacional donde funcionaba la Secretaría de la Universidad y al frente, su Despacho. Eran largas las caminatas. Cuando se cansaba paraba en las ventanas finales de cada extremo del pasillo. Luego, entraba en su Despacho, y continuaba su caminar pausado. De pronto se paraba delante de mi escritorio e iniciaba un verdadero discurso, digno de una grabadora que no tuve a mano jamás, por no existir tales artefactos indispensables a esos momentos estelares de su personalidad. Y para terminar me indagaba. "¿No es cierto Señorita Oller?" Y yo muchísimas veces le contesté: "Suscribo, Dr. Moscote; es justamente lo que debe ser". Fue entonces cuando

mis iniciales rebeldías de mi niñez y adolescencia tuvieron el estímulo formidable y determinante de mi inconformidad ante las injusticias, por las situaciones anómalas, sinrazones y de poca amplitud en la comprensión que encontré en mi juventud y hasta en el presente.

Y esos estímulos también lo tuvieron otros personajes importantes en el devenir de lo social: El Dr. Humberto Ricord tuvo ante el Dr. Moscote y en mi presencia, el primer encuentro, el inicial debate entre dos personalidades luchadoras que discutieron a fondo una situación de rebeldía del joven Ricord. Cuando el diálogo candente pero respetuoso terminó, y salió el joven Ricord del despacho, el Dr. Moscote me comentó: "Qué muchachito más valiente y decidido, ¿no? ¿Lo vió cómo me contestaba?" Nos sonreímos con idénticas coincidencias y comprendimos el valor de las insatisfacciones juveniles de quien había logrado poner en entredicho mediante un "volante", la conducta del Rector del Instituto Nacional, imprimiéndolo en el equipo de la Universidad. Después de esa contrincante entrevista hubo entre el Dr. Moscote y el Dr. Ricord un punto de clara e inteligente relación que se mantuvo hasta el momento de la muerte de aquél.

Situándome en el año de 1941, recuerdo perfectamente que dentro de un lapso de pocos

días antes de ser aprobada una nueva Constitución Nacional, un personaje político del gobierno que conducía al país en ese entonces, le había enviado al Dr. Moscote una copia de ese proyecto.

Después de dedicarle horas a su lectura irrumpió en voz alta en mi presencia, señalando que una Constitución no era asunto de mandar a corregir; que un documento de esa índole debía obedecer a un concepto político definido del Estado; que debía guardar una dispuesta armonía en todo su contenido, de tal modo que incluir normas sin que respondieran a factores filosóficos o doctrinales, no era aconsejable, pero que no podía él hacer objeciones de fondo por no ser su autor; únicamente le restaba realizar correcciones de sintaxis, y así lo hizo.

En el Doctor Moscote, estos rasgos de su original personalidad definitivamente notables y muy especiales, me hacen señalar su mentalidad como de un individualismo de humanista, pero siempre dentro de ese concepto del valor personal que no debe ser vejado, a pesar de que sus ideas sobre lo socio-evolutivo de las necesidades materiales del ser humano se dirigían a estar superadas a lo social, a lo colectivo, a lo de beneficio comunitario.

Nunca he de olvidar el placer que me causaba su discurso exquisito, espontáneo, fino, superior, al presentar en la cátedra de

Ciencias Políticas o de Derecho Constitucional, una institución; pues al emplear un sustantivo, su expresión oral se distinguía por acompañarlo con un sinnúmero de calificativos, toda una cadena interminable de adjetivos selectos, sinónimos precisos, que era la envidia de quien lo supo apreciar muy de veras, con tal admiración de mi parte que rayaba en el encantamiento de su reposado pero expresivo decir.

Un día de tantos le tuve que guardar en la gaveta central de su escritorio, un documento, cumpliendo sus instrucciones. Cuando lo abrí me tropecé a la vista, con varios retratos en poses distintas de una simpática dama. Advierto que yo no conocía a Doña Ana Brid, su esposa. Y en cuanto tuve la oportunidad le pregunté quién era esa joven señora de rasgos tan delicados y hermosos, la del retrato que tenía en la gaveta. El me contestó: ¿No la conoce? Simpática, verdad? Y yo le insistía, ¿pero quién es? Y él con esa sonrisa de picardía y con la agudeza que en ocasiones hacía gala, me respondió: Fíjese, esa es la mamá de Graciela, Rafael, Bertina, Alicia y Ana Luisa. Y como yo a éstos sí los conocía, pues quedamos ambos hechos unas pascuas por la ocurrencia de su contestación.

Además de sus salidas de fina agudeza, rememoro su rostro, a veces impenetrable, sus ojos de mirada triste, pero que se iluminaban de tal modo cuando reía,

por su dulzura. En esos momentos su personalidad tenía las características de un ser de alta calidad humana, de sensible textura, que no se manifestaba tan a menudo. Este rasgo lo hacía atractivo e irradiaba la simpatía que sentía con quien conversaba.

Ojalá hubiera tenido la oportunidad y tiempo de dedicarle a éste mi personaje inolvidable, el estudio pormenorizado de todo lo que se refiere a su pensamiento y talento jurídico y de educador prominente. Pero mis impetuosas necesidades de trabajo abogadil me impiden realizar el examen científico de su obra jurídica, que pueda merecerle, de quien incursiona en sus profundas tesis; pero me prometo, si ello la providencia me lo permite, hacerlo en cuanto tenga el tiempo recurrente para ello.

Pero antes de cerrar estas anotaciones sobre evocaciones de épocas vividas con un jefe y amigo, quien como el Dr. Moscote, fue para mí un profesor singularísimo, porque su cátedra se extendió al diario devenir del trabajo conjunto que existe entre una secretaria y un personaje eminente dentro del concierto nacional, debo manifestar aquí y por siempre que cada vez que oigo o leo sobre la casa de Méndez Pereira, percibo o imagino que una vez que hube conocido a ambos en la época de las primicias universitarias, yo prefería que por múltiples, verdaderas y valideras cau-

sas, razones, pruebas, motivos, verdades, integridad, humildemente sugeriría que a la Universidad se le denominara la Casa del Doctor Moscote. Este vivió el proceso de inicio y desarrollo de la Universidad en forma singular y constante. Jamás se rindió ante los obstáculos que se le presentaron, y fue su columna única por muchos años.

Pero no me consolaré jamás de haberle negado el derecho a que yo atendiera a su llamado, unos días antes de su muerte. Por las múltiples labores del Departamento de Trabajo, desde donde se manejaban las relaciones de trabajo del país, a mi cargo en esa época, y por la atención de mi hogar con cinco hijos pequeños, me fue imposible concurrir a su última llamada que como parte de mi gran deuda hacia él debí atender. Sus postreras instrucciones me fueron negadas por el destino; y mi pesar aún me recarga la responsabilidad de lo injusto de esa circunstancia; porque el magnífico y notable hombre público se fue sin poder despedirlo.

Sean estas sencillas notas un homenaje más que justificado de parte de quien tuvo la alta honra y dignidad de haber tenido dentro del devenir de su existencia, un providencial momento, por el inmerecido pero de incalculable valor moral, de haber podido disfrutar de una de las más notables mentalidades del país en la época en que nos formábamos para las

futuras faenas cívicas y sociales, retazos que no tienen otro mérito que el de haberlo dedicado al más loable de los hombres que

hicieron posible la Universidad de Panamá.

Panamá, Abril 4 de 1979.

LAURENCIO CONTE JAEN

Las Doradas Espigas

Invitado por unos amigos de mis padres he pasado varios días en un lejano campo enclavado en un valle.

Y, eran diez las viviendas, alejadas un poco entre sí.

Nidos escondidos entre el ramaje de los árboles frutales y cocoteros.

Y, era maravilloso ver la salida del sol en la cresta de la montaña.

Y, verlo sacudir su blonda cabellera para galvanizar de oro la tierra y, en movimiento los caminos.

Entonces, Céfiro saturaba de aroma la aldea. Danzaban las mariposas batiendo sus alas como abanicos triunfantes.

Las libélulas, en cada flor, dejaban el mensaje de los dioses.

Los ruiseñores, en los aleros, dejaban oír sus cantares al Creador.

Dulces mañanitas, de un pretérito que se aleja para no volver . . .

Poco despues desfilaban las chicas a la fuente equilibrando sobre la cabeza el frágil cántaro de barro.

Los hombres, se encaminan a la sementera, con el hacha reluciente y el afilado machete.

El señor de la casa donde hospedo se presenta con la espumosa leche aún tibia.

Es el momento de asolear el arroz; un chico vigila para que no se acerquen los animales.

Hay una larga pausa en el poblado, que se prolonga hasta la tarde cuando regresan los vecinos con los frutos de la tierra.

En los hogares se pila el arroz; las gallinas cerca del pilón espera el grano que salta.

En una piedra cóncava se muele el maíz ya cocido para la masa de la tortilla del próximo desayuno.

Y, ahora sí, que el sol se oculta y, ya están reunidos todos para la cena.

Humean los platos de arroz y frijoles a la pálida lumbre del fogón.

Terminada toda faena, las chicas núbiles se reúnen y se acomodan sobre las raíces salientes de un árbol de corotú.

Posiblemente la conversación versa sobre el mismo tema: la mariposa azul.

En la casa donde me detengo hay una donairosa chica como de 14 primaveras. Pienso que regresará a la escuela. Pienso por este motivo cuál es la causa para verla en la tarde.

Determino seguirla y, estoy pronto en la siguiente mañana para seguir sus pasos.

A veces la pierdo de vista porque la verada serpentea. Sus huellas me sirven de brújula.

De trecho en trecho se detiene para coger una flor que ensarta entre el cabello con coquetería.

Han pasado unos veinte minutos y, ya está abriendo una puerta rústica de un huerto.

Entra cantando y, pronto se pierde entre doradas espigas.

Luego entro yo y me detengo junto a un ceibo.

Las horas pasan lentamente y esto me abruma el pensamiento.

Me impaciento y quiero ir a su encuentro. La prudencia me detiene.

Pero llegan los celos. ¿La retiene algún galán?.

Los pájaros arroceros cortan mis pasos, porque han levantado el vuelo. Ella se acerca.

Regreso a mi escondite y, pronto aparece sonriente con un hermoso manojo de doradas espigas.

Cierra la puerta y, se detiene para contemplar el rosal.

Levanta el pecho y oigo que dice: HASTA LA AURORA, AMOR DE MIS AMORES . . .

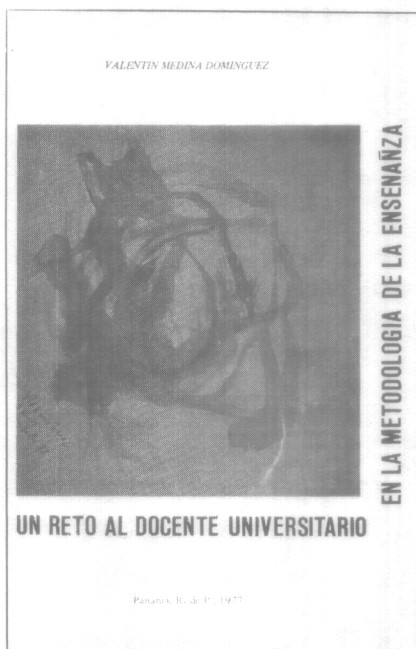
Ceres está orgullosa con su pupila y, yo detengo mis pasos por mi malévola curiosidad.

La veo alejarse arrastrando mis congojas.

La brisa juega con sus cabellos; los pétalos de las flores ya marchitas le alfombran el camino.

Va de prisa; es ya tarde.

Notas Bibliográficas



**MEDINA DOMINGUEZ, Valen-
tín: UN RETO AL DO-
CENTE UNIVERSITA-
RIO EN LA METODO-
LOGIA DE LA ENSE-
ÑANZA. Panamá R. de
P. 1977.**

El presente libro recoge el pensamiento y algunos planteamientos de muchos autores dentro de sus respectivas líneas de la temática educativa.

La idea de la presente obra fue nutrida por la experiencia vivida por el autor en los cursillos de actualización didáctica compartida con profesionales de la Facultad de Medicina de la Universidad de Panamá, que sin ser

pedagogos ejercen la docencia con un profundo respeto de la enseñanza y un claro sentido del deber como docentes.

Esta obra más que una respuesta al deseo de superación del docente es un reto abierto, extenso y profundo, a cada universitario a una educación permanentemente en el desarrollo de sus facultades intelectuales y capacidades humanas.

El libro consta de diez capítulos y un anexo que recoge el pensamiento de ex-rectores acerca de la misión de la Universidad. Cada capítulo contiene al final dos aspectos que nos parecen interesantes para fomentar el diálogo y el trabajo en grupo: algunos temas para dialogar y la bibliografía ora individualmente ora en equipo. La comunicación de las ideas, opiniones, reflexiones, problemas e inquietudes es tan necesaria en todo esfuerzo por mejorarse didácticamente como lo es el pan para la vida. He aquí otro esfuerzo del autor por que el presente trabajo sea en verdad útil desde el punto de vista didáctico. La educación es el único camino que lleva al hombre a su propia liberación.

Recogemos en este bosquejo bibliográfico algunos pensamientos que por su trascendencia logran distinguirse del conjunto de la obra.

En el capítulo intitulado Misión de la Universidad en nuestro tiempo encontramos opiniones interesantes como la del filósofo alemán Karl Jaspers que sostiene que todas las universidades son la realización colectiva de la determinación básica del hombre por aprender.

La Universidad opina el autor, ha de evitar en todo lugar y particularmente en su seno la domesticación del hombre ya sea por prescripción o dando recetas o pretexto de que está enseñando los valores que conforman el hombre en la búsqueda de su ser y del saber. Ella estimulará la mente creadora, la iniciativa y la acción enseñará a pensar y obrar por sí mismo y, sobretodo, a unirse por la acción común y el bienestar común.

Jeptha B. Duncan, ex Rector de nuestra Universidad, ha expresado que la tarea de una Universidad consiste no en enseñar a los estudiantes lo que deben pensar, sino en enseñarlos a pensar.

Es interesante destacar la opinión del autor cuando dice que el maestro investigador es el catedrático ideal. Educación e investigación son las fuentes que desarrollan la energía de la Universidad.

La libertad de aprender y de enseñar debe ser la tarea fundamental de todo sistema educativo. Corresponde al hombre que ejerce la docencia la búsqueda constante de su propio realizarse

por la autosuperación en el contacto permanente con el cuerpo docente. Hay que considerar al estudiante como sujeto del proceso de enseñanza y no como objeto es la condición que plantea la metodología al profesor que imparte docencia.

Uno de los conceptos más interesantes a nuestro juicio es el que se relaciona con el factor económico, sostiene que el salario es bajo en relación con su preparación académica y sus exigencias profesionales y más aún cuando la docencia es la fuente de trabajo único que sostiene la familia. Esta condición afecta negativamente en la enseñanza de calidad por razones de todo, pero no puede considerarse como obstáculo irrompible para superar el ejercicio de la profesión y procurar desarrollar una didáctica cualitativa.

Es de suma importancia para todos aquellos que de una manera u otra estamos involucrados en el proceso de enseñar y también para aquellos que dedicarán su vida a estos menesteres las actitudes que debe observar el docente según el autor: Conocerse a sí mismo es fundamental para poder servir a los demás. En su sentido estricto educar es sacar y nosotros hasta ahora hemos realizado el acto de educar como meter, que es todo lo opuesto, todo lo contrario de lo que debiéramos hacer siempre. El respeto a los demás lleva implícito el respeto a sí mismo. Ningún

docente universitario honrado puede aceptar que ha llegado a la meta final en la adquisición de conocimientos y por tanto no necesita tener acceso al estímulo y a las ideas nuevas. El docente ha de vivir en la autodidaxia si de verdad quiere aprender a aprender.

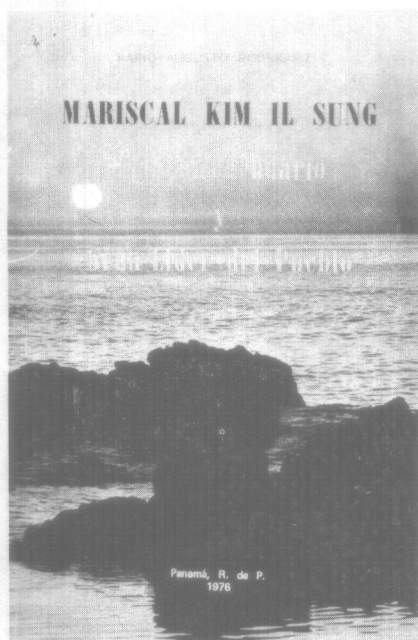
En cuanto a la comprensión del estudiante sostiene que el mismo es un ser de carne, hueso, sangre y espíritu y que entre maestro y alumno no tiene por qué existir jerarquía que aisle la función de ambos. El estudiante busca oportunidades para desarrollarse.

En relación con la enseñanza y la comunicación sostiene que el maestro que improvise su clase seguro del dominio de la materia exponiendo un discurso o monologando de asuntos divergentes o diversos para llenar el tiempo de dicha clase, se detecta a sí mismo como un antipedagogo en razón de que no desarrolla un arte ni domina una ciencia, carece de técnicas de enseñanzas que conduzcan a la participación consciente y creciente de los estudiantes, es decir no usa porque desconoce la metodología que es la base fundamental de la ciencia pedagógica.

Por todos estos planteamientos la obra nos parece imprescindible para todos los que nos dedicamos a la tarea de enseñar ya que presenta diálogos y cuestionarios, esquemas de los métodos y técnicas de la enseñanza, cua-

dros comparativos de los conceptos tradicionales y de las nuevas técnicas de aprendizaje. Debe ser analizada detalladamente en los cursos de metodología de nuestra Universidad y debe ser una obra de consulta permanente para todos los docentes. Realmente creemos que la contribución que el profesor Medina hace al proceso de enseñanza es una de las más valiosas que hemos anotado hasta ahora.

Rosa De Luca



RODRIGUEZ V., Mario Augusto:
MARISCAL KIM IL SUNG. Héroe Legendario y Gran Líder del Pueblo. (Anécdotas, leyendas, emocio-

nes y saciones recogidas del sentimiento popular). Panamá, R. de P.

El conocido profesor y periodista, **Mario Augusto Rodríguez V.**, describe un conjunto de experiencias vividas durante el tiempo que permaneció al lado del pueblo de Corea. Redactadas en forma clara y sencilla, pero que señalan el profundo sentido de observación de quien las expone, este libro es un inteligente mensaje a los demás pueblos del orbe. Mensaje que explica, como lo denuncia el propio **MARIO** en la introducción de su obra, por qué "tanto en las grandes ciudades como en las más apartadas aldeas campesinas, el **Mariscal Kim Il Sung** es siempre el hombre atento y cariñoso, cordial y afable, al que se acercan los viejos y los niños, los jóvenes y los hombres y mujeres de todas las condiciones, con la confiada afabilidad con que los hijos acuden al seno del padre carnal".

He aquí una breve información del libro de **Mario Augusto Rodríguez V.:**

Voz sólida y segura de orador convincente, pero sin resonancias bulliciosas, la palabra del **Mariscal Kim Il Sung** tiene la virtud de penetrar profundamente en el espíritu de quienes lo escuchan. En la conversación es ágil y chispeante, riquísimo de imágenes impresionantes que cautivan la atención de los interlocutores. En la tribuna, su verbo tiene proyecciones convincentes que

hacen aún más orientadoras la lógica precisa de sus argumentaciones y la fulgurante claridad de la idea que, aunque se refieran a los conceptos más complejos y abstractos, son expuestas siempre de manera sencilla y clara que los hace comprensibles hasta para quienes carecen de los más elementales recursos de la educación o la cultura.

Mankiogde es el nombre de un lugar sagrado para el pueblo coreano. Allí nació, el 15 de abril de 1912, el camarada **Kim Il Sung**.

Mankiongde es lugar de peregrinación para todo el pueblo coreano. Allí se respira, por ello, un aire de espíritu patriótico y de fe en el presente y en el porvenir de la gran nación socialista que es la República Popular Democrática de Corea.

Así, el camarada **Kim Il Sung** es el grande y respetado líder, pero también un verdadero padre carnal, en el que se mezclan las virtudes del trabajo con la más elevada nobleza espiritual. La firme lealtad con que siguen las orientaciones del mandatario no es el simple cumplimiento de órdenes, sino la auténtica expresión de una devoción fervorosa, que engrandece al dirigente, pero que al mismo tiempo lo vincula entrañablemente a los sentimientos de la comunidad.

Siempre interesado en proteger y en ayudar al pueblo, el Líder daba la impresión de que adivinaba los problemas y las necesi-

dades de las gentes y de que poseía dotes milagrosas para presentarles ayuda y buscarles solución. Por eso, la gente decía que:

Nuestro respetado general penetra en los sentimientos del pueblo y descubre sus preocupaciones para buscarles solución. . Parece que cada uno de nosotros está viviendo en su corazón. . .

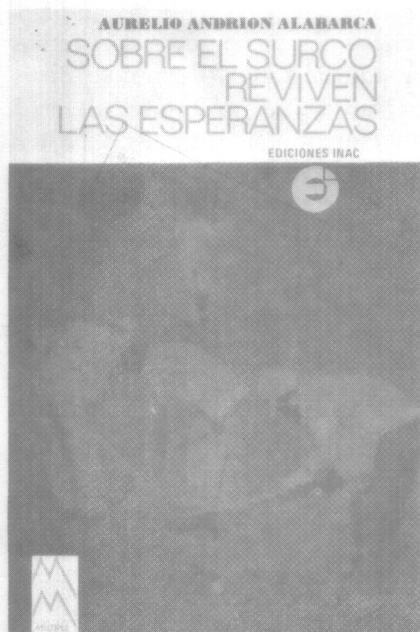
Para el pueblo coreano, la época de las guerrillas es fuente inagotable de heroicas enseñanzas. Los veteranos combatientes que, bajo el liderazgo del comandante Kim Il Sung, pasaron largos años metidos en las montañas y en las selvas mientras preparaban asaltos y emboscadas que iban minando poco a poco el poderío del militarismo colonialista que sojuzgaba a su Patria, no solamente crecieron y se desarrollaron con una firme conciencia de amor a su nación y sentido de responsabilidad para con el pueblo, sino que también aprendieron directamente del camarada Kim Il Sung los principios y las normas que luego habrían de servir como cimiento para la estructuración y reconstrucción de la Patria.

Fueron, por lo tanto, los mismos japoneses, veteranos de la guerra colonialista por ellos librada en Corea, los que se encargaron de exaltar algunos de los rasgos realmente geniales que como militar demostró el Mariscal Kim Il Sung.

Como si el pueblo coreano estuviera dispuesto a recuperar

los treinta años de inactividad educativa a que estuvieron condenados durante la dominación japonesa, ahora acuden afanosamente a los centros educativos no solamente los niños, adolescentes y jóvenes, sino también los hombres y mujeres de edad madura. No es infrecuente encontrar en los institutos nocturnos a numerosos ancianos que reciben clases de sus propios hijos y que avanzan firmemente para terminar por lo menos la educación secundaria.

O.L.F.



ANDRION ALABARCA, Aurelio: **SOBRE EL SURCO REVIVEN LAS ESPERANZAS.** Ediciones Instituto Nacional de Cultura. Co-

Libro este escrito con una sorprendente calidad literaria que envuelve al lector en la profunda convicción de sumarse a la verdad sencilla del coclesano **Aurelio Andrión Alabarca** y sus compañeros de surco. El autor deposita aquí su testimonio de treinta y cinco años de militancia, de organización y movilización por las reivindicaciones campesinas en Panamá. Hombre de innegables condiciones de cuadro, que conoció el exilio y la prisión, nieto de Felipe Andrión, un capitán del ejército de **Victoriano Lorenzo**, conoce desde sus entrañas la cuestión de la tenencia de la tierra, de las relaciones de producción injustas, de las políticas agrarias de la marginación y empobrecimiento de los pequeños productores, de los precaristas, de los desheredados de la tierra. Desde su condición de líder, reconoce el "revivir de las esperanzas" durante el proceso iniciado en 1968, pero no consiente en que se hayan logrado todas las aspiraciones de los hombres de "cutarra, machete y sangre" como llama la gente.

Reconoce nuestro autor que esta obra suya es más que un modesto aporte a un concurso de producción. Es un medio para agradecer al INAC el hecho de tomar en cuenta a los campesinos en eventos de tal magnitud. Acepta que el INAC ya premió

a sus compañeros campesinos con haberlo tomado a él en cuenta.

Manifiesta que dichosamente, aún están vivas muchas personas que formaban las sociedades agrícolas de hace muchos años, honroso es para él verlos agobiados por el peso de los años, encorvadas las espaldas por el trabajo cotidiano de hacha, coa, motete y machete, humedeciendo la tierra con sudores y con sangre para que el grano depositado en ella, germine dándonos producción, vida, patria y nuevos bríos.

La conquista de la tierra era la meta, hacerla producir después y llevar y vender los campesinos mismos los productos al mercado; así lo hicieron; así lo hicieron, pero confiesa **Andrión Alabarca**, fracasamos. Débil, muy débil era nuestra organización; fuerte, muy fuerte, el enemigo. Este enemigo era y lo es aún, la oligarquía financiera, terrateniente, pro-imperialista y exportadora-importadora de capitales, de sudor y plusvalía.

Hablar de producción es remontarnos a los tiempos de los **bajos**. Caravanas de hombres y niños desde que pasaba el año nuevo se enfilaban en procesión disciplinada con motetes y cañizos a la espalda para los **bajos** a cortar caña los adultos por un peso diario y los niños a recoger **cogollo** por tres y cuatro reales diarios.

Pensamos que son muy pocas las personas que no conocieron

el eterno carnaval politiquero; todavía muchos añoran y desean esos tiempos. Entre ellos muchos funcionarios de la PLACA —hasta el 11 de octubre de 1968, la madrugada del día de la raza, fue sacudida por el golpe de estado militar. Muchos se escondieron en su concha miserable de la inmoralidad; otros apelaron por el expediente de la diarrea y la carrera. Muchos corrieron bailando en la cuerda floja y dijeron sin escrúpulos, “aquí estamos como siempre, de eternos oportunistas”.

Al crearse el Ministerio de Desarrollo Agropecuario, se les asestó el primer golpe y fueron muchas las personas que vimos con las orejas amusgadas y la boca blanca de la ira, cuando se les señaló que el I. F. E. pasaría al MIDA. Hasta espumas vimos en muchas bocas y de ello tenemos prueba, pero la cosa iba en serio y el gobierno nacional no podía ni puede detenerse a mirar gestos desagradables de uno que otro funcionario, porque no le agrada un cambio de rumbo en el desarrollo económico del país. Aquí ya no se trata de que “me gusta o no, esta situación”, porque no puede haber gobierno en el mundo, al gusto de cada cual.

La primera señal de liberación es, 1° la tierra para hacerla producir en manos campesinas; 2° que a los ocupantes precarios se les dejara en paz; 3° las expropiaciones de la Reforma Agraria comenzaron a llevarse a efecto; la cosa era en serio.

Tenemos comunidades rurales que surgieron de la noche a la mañana, como resultado de la necesidad habitacional y sus moradores no son campesinos. Debemos señalar que al campesino se le trata y se le trató muy mal, hasta canalllescamente podemos decir; y esto lo ha llevado también a no dejarse conocer.

Por siglos enteros, los campesinos han venido siendo víctimas de vejámenes atroces, despojos infames, explotación ilímite, engaños inauditos. Hoy vemos mucho de lo que soñamos y por cuyos sueños se nos persiguió, encarceló y se nos negó el derecho de vivir en nuestro suelo. Hoy vemos a nuestros compañeros campesinos, surcar la tierra y vemos a los arrozales grávidos de espigas auríferas. Sólo nos conforta el espíritu el hecho de haber perturbado el sueño de los burgueses, terratenientes y entreaguistas. Así se expresa **Andrión Alabarca**.

O.L.F.

SUPLEMENTO

*Notas Para Una Historia
De La Pollera*

Notas Para Una Historia De La Pollera

Con las expediciones colonizadoras de Diego de Nicuesa y Pedrarias Dávila, en los años de 1509 y 1514 respectivamente, llegaron al Istmo las primeras mujeres españolas.

Desde entonces, en Panamá, la sencilla pieza de tela de algodón que la indígena se ajustaba a la cintura cubriéndose hasta las rodillas si era del común y hasta los tobillos si era principal (1), es reemplazada, paulatinamente, por los vestidos de estructuras más complejas que usaban las españolas.

En efecto, las españolas y criollas que vivieron en los campos y nacientes ciudades panameñas durante los siglos XVI y XVII vistieron, sin duda alguna, trajes similares a los empleados en la propia España y en el resto de

las ciudades coloniales americanas.

Se ha indicado que "las campesinas españolas del siglo XVI usaban faldas que caían hasta los tobillos" — "especialmente en Viscaya y Segovia" — y que estas faldas estuvieron en uso en España hasta el siglo XVIII"(2). Igualmente que el vestido femenino español de uso diario en el siglo XVII "era un traje generalmente blanco, con una saya de amplio vuelo con dos o tres zócalos, con sobrepuesto o bordado en dibujo floral"(3). Y en un contrato que celebrara en Valencia, en el año de 1650, Pedro de la Rosa, cómico de profesión, se "enumeran los vestidos que tenía, entre los cuales figuran **basquiñas**, penachos, chipó de terciopelo, **enaguas**, ropilla, zaragüe-

lles vaquero, cotilla, pollera de raso, pollera de tabí y también pollera de espolí blanca”(4). Por otro lado, Lope de Vega nos ofrece en su obra “Bizarrias de Belisario”, acto I, escena 7, el siguiente verso:

“Con la flor de lises de oro
Ponte la verde pollera”(5).

Poco es lo que conocemos sobre estas prendas del vestir femenino, salvo que se caracterizan todas ellas por ser piezas del vestido femenino que, con más o menos vuelo, caen sueltas, sin ceñirse al cuerpo, desde la cintura abajo.

Según el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, la basquiña era una “saya negra por lo común, que usaban las mujeres sobre la ropa interior para salir a la calle”; las enaguas “prenda de vestir de las mujeres, especie de saya, por lo general de tela blanca, que se usa debajo de la falda exterior”; la pollera “falda que las mujeres se ponían sobre el guardainfantes y encima de la cual se asentaba la basquiña o saya” o bien una “falda exterior del vestido femenino”. Finalmente, la saya era una “falda que usaban las señoras”, observando que “en la ciudad es, por lo general, ropa interior, en los pueblos ropa exterior”.

Durante el período colonial los españoles obligaron a las mestizas, indias y negras a usar dichas prendas de vestir; pero, obviamente, mucho más simples que las que solían usar las “seño-

ras” — fuesen éstas en realidad esposas de simples labriegos o esposas de los burócratas y comerciantes citadinos —, dadas las restricciones que en el vestir también les impuso el Estado español, como puede apreciarse en esta ley de 11 de febrero de 1571:

“Ninguna Negra, libre, o esclava, ni Mulata traiga oro, perlas, ni seda; pero si la Negra, o Mulata libre fuere casada con español, pueda traer unos zarcillos de oro, con perlas, y una gargantilla, y en la saya un ribete de terciopelo, y no pueden traer, ni traigan mantos de burato ni de otra tela; salvo mantellinas, que lleguen poco mas abajo de la cintura, pena de que se les quiten, y pierdan las joyas de oro, vestidos de seda, y manto, que trajesen”(6).

El aislamiento y la compartimentación del escenario geográfico americano que generara el sistema comercial español desde el siglo XVII, los gustos de una nueva y compleja sociedad compuesta por un vasto mestizaje étnico, y, sobre todo, el calor sofocante del trópico, quizá generaron en Panamá una sensible alteración o modificación en la estructura de estas sayas, polleras, enaguas y basquiñas hispanas; acentuándose, probablemente, dicho fenómeno durante el siglo XVIII cuando, clausurado el sistema de galeones vía Portobelo en 1748, la ruralidad y el aislamiento marcan todos los as-

pectos de la vida en Panamá, en razón de la profunda decadencia económica que abate tanto a las ciudades de Panamá y Portobelo como a las del interior del país, por más que estas últimas se vieron favorecidas demográficamente por la tendencia despobladora que experimenta la ciudad de Panamá.

Quizá esta migración de grupos capitalinos a diversos pueblos del interior del país determinó que las "señoras" interioranas, ante los vestidos que usaban las "señoras" capitalinas, optaran por enriquecer aún más sus polleras mediante un mayor número de labores de costuras y encajes.

Varios documentos del siglo XVIII testimonian el uso de estas prendas de vestir por las mujeres panameñas. Si en 1730 el marinero Cockburn, refiriéndose a las nativas de Chiriquí, señala que "Su modo de vestir es limpio y ligero, tan solo una camisa de Holanda y un refajo de mucho vuelo y muy finamente bordado de hilo morado, que ellas mismas tiñen"(7), a principios de 1736

un miembro de la expedición franco española que viajó a la América para medir la circunferencia terrestre nos dejó las siguientes observaciones respecto a la vestimenta de las mujeres panameñas: "usan una especie de justillo que aprietan siempre para disimular los senos. En la cabeza se ponen un gorro de lienzo blanco y muy fino de lino, en forma de mitra. En lugar de zapatos, usan una especie de chinelas del tamaño suficiente para acomodar las puntas de los pies. En casa todo su ejercicio consistía en estar tumbadas en sus hamacas, siendo esta costumbre tan general, que no hay ninguna casa sin dos o tres hamacas. En ellas pasan la mayor parte del día".(8)

Por otro lado, en la carta de dote que don Eugenio Joseph Samudio y su esposa doña Paula Quintero redactaron en Alanje el 6 de diciembre de 1783 en ocasión del proyectado matrimonio de su hija doña María Rafaela Samudio con don Jaime de Araúz, se consignan, entre otros, los siguientes bienes:

"por una saya, una mantilla y manteleta de su uso en diez y nueve pesos.	
por dos pares de polleras en veinte y cuatro pesos	
por dos pares de enaguas blancas en ocho pesos	\$ 8
por un par de hebillas con peso de once castellanos de oro a dos pesos cada uno veinte y dos pesos	\$ 22
por una cruz de oro de pecho grande con perlas en seis pesos	
por un par de zarcillos de oro en quatro pesos	\$ 4
por tres sortijas de oro en seis pesos	\$ 6

por un llavero seis pesos

\$ 6

...

por una cadena de oro . . . con peso de catorce
castellanos a dos pesos importan veinte y ocho
pesos

\$ 28 "(9)

Documentos fechados el 12 de noviembre de 1774, el 16 de noviembre de 1789 y en 1792, ofrecen información sobre los diversos tipos de telas que se empleaban en la confección de las polleras, basquiñas, sayas y enaguas coloniales.

En el documento de 1774, una carta de dote que don José Beitía y su esposa doña Juana Francisca Galbán redactaron en Santiago de Alanje en razón del próximo matrimonio de su hija Juana Beitía con don Francisco Bruno, se anotan los siguientes bienes:

"dos pares de polleras nuevas de tafetán de Granada
amarillo y carmecy con sus andas y sustos en veinte
pesos

\$ 20

dos camisas guarnecidas de encajes y sus mangas de
clarín nuevas en diez y seis pesos

\$ 16

dos naguas de Bretaña con sus pliegues anchos

guarnecidos con sus puntas en catorce pesos \$ 14"(10)

En el segundo documento, el inventario de los bienes dejados por la finada Juana Beitía, realizado en el sitio de Pedregal y

fechado en Santiago de Alanje, se consignan los siguientes bienes:

"Una saya de Granada negra muy mal tratada

\$ 6

Unas polleras de crea nuevas en seis pesos

\$ 6

otras dichas de lo mismo con sustos de Carandalí
en siete pesos

\$ 7

por unas mangas de clarín nuevas en corte en
cinco pesos

\$ 5

por una pollera de Bretaña en seis pesos

\$ 6

por una camisa de mangas de clarín en quatro
pesos

\$ 4

por otra dicha de Platilla

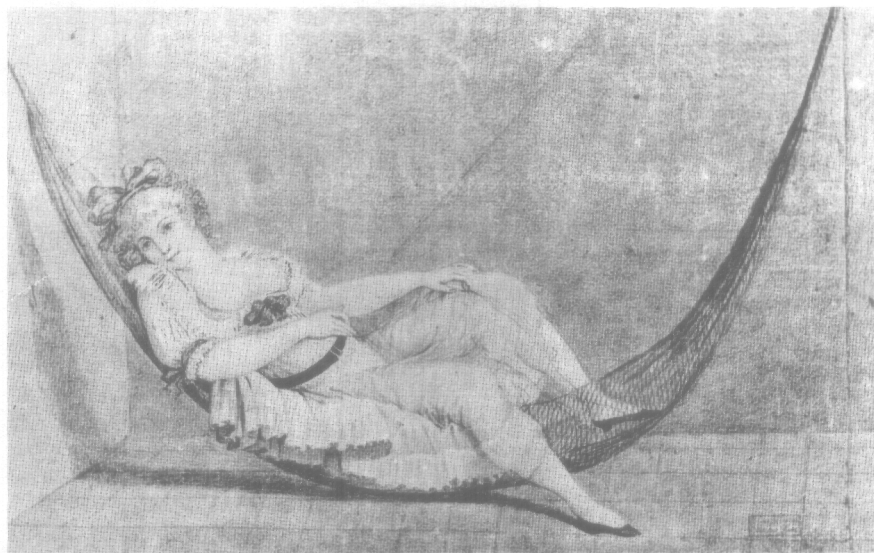
por otra dicha de Bretaña con mangas de clarín

por un Bolador de clarín viejo . . ."(11)

En 1792 Juan Franco, refiriéndose a la costumbre de los entierros, aporta información sobre los vestidos de las panameñas al señalar “que si el difunto es deudo inmediato de la casa del duelo, van todas las criadas acompañándolo, y las de otras casas de la parentela. El traje de éstas se compone de una basquiña de bayeta negra que les arrastra más de media vara aunque por delante se la levantan con la mano para andar; y un grande mantón también de bayeta con que cubren la cabeza y el resto del cuerpo. Llevan los pies descalzos, aunque fuera de este acto usen calzado. Las conocidas que tienen alguna conexión con la casa son puntuales en mandar también sus criadas, y éstas van descalzas, pero con medias moradas. La basquiña es cor-

ta, a media pierna para que se descubra el encaje de las enaguas, y la mantilla de color morado o canela”(12)

En 1790 las “señoras” de Panamá, quienes se adornaban el cabello con cintas y lo llevaban recogido en trenzas largas, usaban, según los dibujos que realizara un miembro de la expedición Malaspina, un “traje festivo” y un “traje de calle” constituidos, en términos generales, por una camisa cuyas mangas llegaban hasta los codos y una holgada falda de dos tramos que, adornada con encajes, se llevaba a media pierna; debajo de dicha falda vestían enaguas adornadas igualmente con encajes. Nos interesa llamar la atención sobre el generoso escote de la camisa, que, engalanada con dos arande-



las de dimensiones modestas, deja al descubierto gran parte de la espalda y senos femeninos, sobre los cuales recae la mirada merced a un pequeño lazo que, colocado próximo al nacimiento de los mismos, lleva la camisa. Así mismo, hemos de prestar atención, a más del uso de una faja ancha en la cintura y del paño o rebozo, al detalle del adorno de los zapatos y el uso de joyas.

Aproximadamente un cuarto de siglo más tarde, en 1817, atraída su atención por la manera de vestir de las istmeñas, Don Andrés Baleato nos ofrece una breve descripción de la pollera colonial; hela aquí: "Las señoras usan el traje de Europa y muchas de las demás mujeres la vestimenta antigua del país, que es una faja ancha en la cintura, de la faja para arriba la camisa sola y para abajo la pollera: una y otra con encajes, adornándose con rosarios y cadenas de oro colgadas del cuello, cuyo traje es el común de sus casas y con que van a visitar. En algunas se ve todavía el llavero antiguo pendiente a la cintura que consta de una cadena de plata como de una tercera de largo y en ella se encartan monedas y dijes de oro hasta las llaves que están en el extremo inferior"(13). De ese "llavero antiguo pendiente a la cintura" probablemente se gestó "la tostada" que nos describe, en 1915, Lady Mallet así: "era una placa muy ornamentada, toda de oro y de una forma que embonaba en la cintura sobre el vientre como la

hebillas de un cinturón moderno, y de tamaño podría medir unas seis pulgadas de largo por tres o cuatro de ancho y se sostenía con una faja más o menos ancha de terciopelo o de charol"(14).

La observación que hace Baleato en el sentido de que tanto la falda como la camisa estaban adornadas "una y otra con encajes", nos obliga a señalar que la adquisición de éstas no planteaba dificultad alguna, por cuanto que, según documentos de 1792, 1804 y 1812, eran fabricadas en el Istmo. En efecto, si ya en 1792 Juan Franco nos informa que "Es muy digna de notarse la aplicación y actividad de las mujeres para la costura y ricos bordados de hilo que hacen principalmente en las camisas y otras piezas de esta clase, acabadas con tanto gusto y esmero que desde luego exceden a muchas naciones europeas en esta clase de trabajo pues su constante paciencia les deja concluir varias obras"(15), el documento de 1804 expresa que en el Istmo "se fabrican algunos lienzos muy ordinarios que llaman Tocullo blanco, que principiaron con la escasez de ropas durante la última guerra; algunos encajes de algodón que imitan en la labor algunos que vienen de España y pocas medias ordinarias del mismo material"(16). El documento de 1812, por su parte, especifica el área en donde se fabrican los señalados encajes al establecer que "Hacen los habitantes del partido de la Villa de los Santos algunos lienzos de algo-

dón ordinarios que gastan los labradores, algunas medias y **trencillas de algodón que se difunden por todo el Istmo**"(17). Industria doméstica ésta que, en la actualidad, no ha desaparecido en la región señalada por el documento; prueba de ello la encontramos en el hecho de que una de las poblaciones más activas en este oficio lo es "la de Santo Domingo de Las Tablas, comunidad en la que cada casa parece un modesto y pequeño taller"(18). En cuanto a la calidad del producto de esta industria doméstica, tan característica de Azuero, se ha señalado que el encaje "tejido en mundillo, ... con especialidad en Las Tablas, Provincia de Los Santos, ... no tiene nada que desear del encaje italiano" (19).

La descripción que de "la vestimenta antigua del país" nos hace Baleato, al presentar suficientes elementos descriptivos en común con los dos dibujos de la expedición Malaspina, nos lleva a pensar que ambos se refieren a un mismo tipo de vestido y que éste constituye, quizá, el vestido a partir del cual se gestó la pollera de gala o de encajes panameña que actualmente conocemos. En efecto, obsérvese que con sólo agregar mayor amplitud a las dos arandelas de la camisa y reducir el encaje que une los dos tramos de la falda, ese "traje festivo" y ese "traje de calle" se truecan en la pollera de gala panameña tal cual la conocemos desde mediados del siglo XIX.

Quienes adviertan en dichos dibujos de la expedición Malaspina la falta de los diseños florales que llevan tanto la camisa como la falda de la pollera de gala, deben tener presente también que en la actualidad ciertas variantes regionales de la pollera de gala no llevan dichos diseños; como por ejemplo las de Ocú y Montijo.

Por otro lado, la falta de tales diseños en los mencionados dibujos no debe llevarnos a pensar que los mismos son una creación panameña que data del siglo XIX; recuérdese que el vestido femenino español de uso diario en el siglo XVII llevaba sobrepuerto o bordado en dibujo floral y que en 1792 Juan Franco nos habla de que "es muy digna de notarse la aplicación y actividad de las mujeres para la costura y ricos bordados de hilo que hacen principalmente en las camisas y otras piezas de esta clase". La presencia o ausencia de tales diseños florales en las polleras coloniales como en algunas polleras actuales puede explicarse, quizá, en razón de los lugares de procedencia de los grupos hispanos que colonizaron al Istmo y a los gustos y posibilidades económicas de los habitantes de las diversas regiones del Istmo de Panamá.

En cuanto a la variedad de estos diseños florales presentes en las polleras de gala, se ha indicado —bajo la incorrecta suposición de que durante la colonia dicha prenda de vestir fue, ex-

clusivamente, “atavío de las sirvientas”(20)— que al adoptar algunas familias españolas “labor especial para las polleras de su servicio”(21), resultó que “las damas españolas competían unas con otras en inventar hermosos dibujos para los vestidos de sus sirvientas”(22); de allí, entonces, el supuesto origen y función de las conocidas “labor de Obarrio y labor de Vallarino”: productos de la laboriosidad y vanidad femeninas, habríanse constituido en medios para identificar a la servidumbre de dichas familias.

El que las criollas panameñas hayan rivalizado en engalanar a sus esclavas no nos sorprende; era lo usual en la América colonial, como nos lo ilustra un documento de 1756, en donde se consigna que las damas españolas de Cartagena de Indias tenían la costumbre de que “para mandar algún recado o regalito, la esclava que lo lleva la engalanan con mucha gargantilla, zarcillos y cadena de oro, manillas de perlas, y lo que lleva va tapado con un paño muy rico todo bordado de seda en variedad de colores”(23). No obstante lo anotado, no nos parece adecuada la idea de que dicho interés por engalanar a las esclavas explique a satisfacción el origen y variedad de las labores presentes en las polleras panameñas. Teniendo presente que el vestido femenino español de uso diario en el siglo XVII llevaba “sobrepuesto o bordado en diseño floral”, estamos, cuando más, tentados a aceptar la posibilidad de

que efectivamente algunas familias criollas panameñas hubiesen adoptado labores especiales para sus propias polleras —de allí el origen de las labores de Obarrio y Vallarino—, y que, así mismo, al avanzar el siglo XVIII y aumentar la proporción de negros libertos, nos resulta atractivo suponer que las negras pudieron haber copiado en sus polleras, a más de sus propias creaciones, los mismos diseños que habían visto lucir en las de sus antiguas amas.

La descripción que nos hace Baleato; las observaciones de Gaspar Theodore Mollien, quien, 1823, tras señalar que los hombres y mujeres de las clases dirigentes panameñas “se visten a la inglesa”, observa además, francamente sorprendido, que “Las mujeres del pueblo conservan los vestidos con volantes de encajes que ya no se usan en Francia desde hace mucho tiempo”(24); y el testimonio más tardío de Augusto Le Moyne, según el cual, a las “señoras” de Panamá, en la reserva del hogar, usualmente se les “encontraba . . . con una simple falda de zaraza, teniendo por única blusa la camisa que se les caía del modo más alarmante, y sin más calzado que un par de zapatillas para sus pies desnudos”(25), bien podrían permitirnos señalar que es sólo a partir de las dos primeras décadas del siglo XIX cuando las señoras de la alta sociedad panameña, al adoptar la moda inglesa, abandonan el uso en público de la pollera y que ésta, por otro lado, había adqui-



rido ya algunos elementos muy propios en su corte y aderezos que, conjuntamente con su diario uso por las mujeres del pueblo —a quienes, evidentemente, se refiere la expresión “muchas de las demás mujeres”—, permitían considerarla como uno de los rasgos distintivos “del país”, es decir, del Istmo de Panamá.

Es también muy probable que fuese a principios del siglo XIX —años de la década del 10— cuando las mujeres del pueblo pudieron estar en capacidad económica de adquirir una mayor variedad de telas con qué confeccionar sus polleras, así como las joyas que tradicionalmente han acompañado el uso de este traje, dado que es en este período cuando los comerciantes istmeños pudieron realizar transacciones directas con Jamaica y todo el Istmo aparentemente disfrutó de los beneficios económicos que este tráfico generaba. “El Constitucional del Istmo”, N 9, del 28 de enero de 1832, refiriéndose a aquel período expresa lo siguiente: “Los gastos del tránsito se difundían en abundancia sobre el pueblo que gastaba también sin reparo en cuanto apetecía, haciendo el círculo diario del dinero superior diez tantos más del necesario. El lujo tomó un incremento inconcebible, i hasta lo más superfluo se creía de buena fé un simple necesario”.(26)

Dado que grabados de mediados del siglo XIX permiten esta-

blecer sin duda alguna que la pollera de gala estaba ya plenamente estructurada como tal por aquellos años, creemos estar en condiciones de hacer algunas observaciones, a manera de recapitulaciones generales. Sin embargo, antes de formularlas y a pesar de ser bien conocidas las varias descripciones literarias y gráficas que del vestido popular femenino panameño del siglo XIX en general, y de la pollera en particular, nos han dejado diversos personajes de la centuria pasada, consideramos oportuno el pasar revista de las mismas. Vcámoslas:

Si en 1835 Campbell Scarlett se limita a decir que “Las mujeres, particularmente las pardas, son muy buenas mozas y usan un bonito vestido”(27), C.D. Griswold nos ofrece, en 1851, su ilustrativa anotación de que en Panamá “Por lo general las mujeres usan un traje hecho de algodón, recogido alrededor del cuello y con volantes en la parte baja; pero algunas veces el recogido del cuello se suelta, cae hacia la cintura, y los hombros quedan cubiertos sólo por la camisa. También usan el sombrero de paja y generalmente llevan los pies descalzos, aunque a veces usan zapatos, pero no medias”.(28)

Tres años más tarde, en 1854, un viajero que atravesó el Istmo de Panamá, rumbo a California, escribió que en la población de Gorgona “Con frecuencia puede verse, después de puesto el sol,

un grupo de beldades morenas con sus pintorescos y vaporosos trajes y . . . el cabello adornado con flores y joyas que no pocas veces tienen valor de varios cientos de dólares, lo que prueba los inmensos provechos que les ha traído el tránsito de los pasajeros de California. Llevan generalmente sobre la cabeza un pequeño sombrero de jipijapa adornado con vistosas cintas y cubren sus pies con pequeñas pantuflas de cuero".(29)

Del año siguiente, 1855, nos quedan las impresiones de Robert Tomes, quien nos dice lo siguiente: "Nosotros, los visitantes yankis, inspeccionamos con mucha minuciosidad la ciudad de Panamá . . . El elegante B., oriundo de Nueva York, no tuvo la intención de . . . considerar que las mujeres . . . eran apreciadamente elegantes, mientras se paseaban por las calles sin sombreros y con trajes de pliegues, en la parte superior del cuello, en vez de la parte inferior de los pies . . . Después del almuerzo regresé a nuestro hotel . . . me subí al balcón que sobresale hacia la calle para observar el diario vivir . . . viene una desaliñada mujer, de ascendencia negroide, con su largo cabello que cae sobre su espalda, con . . . su holgado traje, que de acuerdo con la moda usada en el Istmo, tiene sus alforzas arriba en vez de abajo . . . Le siguen luego, una madre y su hija, alegremente engalanadas con vistosos sombre-

ros Panamá, de cintas sedosas; flojos vestidos de zaraza, de excelente hechura; rojas y asaetinadas; babuchas, sujetas a las puntas de los robustos pies africanos . . . La niña es una réplica en miniatura de su mamá, desde el sombrero a las babuchas: . . . viste idéntico y llamativo percal con sus recogidos pliegues, y se alborozaba con la misma suntuosa cadena de águilas de oro alrededor de su cuello. Las dos caminan con paso mesurado y consciente altívés por la calle".(30)

F.N. Otis, por su parte, anota en 1867 que en la población de Buenavistita "Unas cuantas mujeres nativas, sin sombreros, con vestidos de percal, largos y sumamente guarnecidos con volantes, con los hombros al descubierto, y usualmente un negrito desnudo echado a horcajadas sobre la cadera, forman lo más notable de la población"(31)

De estas descripciones de mediados del siglo XIX nos interesa llamar la atención sobre el hecho de que el viajero de 1854 y Robert Tomes hacen referencia al vestido que las mujeres del pueblo usaban para sus paseos vespertinos y no del que pudieron haber usado durante sus faenas en la cocina o la lavandería. Por otro lado, adviértase que las observaciones de Griswold, respecto a la existencia de un vestido caracterizado por el "recogido alrededor del cuello", indican, como era de esperarse, la existencia de varios tipos de trajes fe-



meninos de uso popular; en este caso bien podría referirse a los que actualmente conocemos como "basquiñas" y "chambras".

Es preciso, además, destacar que la interesante observación que hace el viajero de 1854, en el sentido de que el uso de joyas con valor de cientos de dólares "prueba los inmensos provechos que les ha traído el tránsito de los pasajeros de California", bien podría permitirnos señalar que en este período, mediados del siglo XIX, se amplía el fenómeno que habíamos advertido para principios de ese mismo siglo: la capacidad económica con que cuentan las mujeres para adquirir telas finas y variadas con que confeccionar sus polleras, así como engalanarse con las costosas joyas que tradicionalmente ha demandado el uso de este traje nacional.

Muy ilustrativo sobre el particular resulta ser un anuncio comercial que fuera publicado en el periódico "El Panameño", del 23 de marzo de 1856, y en el cual se ofrecen en venta la mayoría, si no la totalidad, de los materiales necesarios para la confección de las polleras. Veámoslo a continuación:

"Miscelánea

Rebozos o paños limeños; Rasos lisos i labrados. Hilo de carretillas surtido; Cintas de seda anchas i angostas; de hiladillo blancas; Zarazas en piezas i cortes; Dedades; Holán de color; Creas mui finas;

Cortes de Gro negro; Flores artificiales doradas i plateadas; Antimacasars; Lana de bordar; Cintas de terciopelo labradas i lisas, anchas i angostas, de todos colores; Toallas i manteles; Flecós i motas para cotinas; i una inmensa variedad de artículos pedidos expresamente para el país, en los que se ha consultado el uso i costumbres de sus habitantes, nuestros favorecedores, a quienes hoy nos permitimos invitar nuevamente,

Panamá, 29 de diciembre de
1855

Jacob Piza I.C.a."(32)

De las célebres exploraciones de los istmos de Panamá y Darién, que se realizaron en los años de 1876, 1877 y 1878, con el objeto de determinar la factibilidad del no menos célebre canal interoceánico, nos ha legado el francés Armando Reclus la más precisa descripción que de una empollerada se haya hecho en el siglo XIX. Durante su estadía en la ciudad de Panamá, que coincidió con las festividades conmemorativas de nuestra independencia de España, tuvo ocasión de apreciar la pollera de la mujer del pueblo, mas, por razones que desconocemos, se limitó a consignar, muy parcamente por cierto, que "las mujeres de color llevan la poyera, falda ceñida a la cintura con grandes volantes que la ahuecan"(33). Ya en tierra darieñita presta suma atención a la empollerada y nos la describe

así: "Las mujeres llevan aún el antiguo traje de las criollas, o sea una ligera enagua de algodón, blanca y ligera, adornada con uno o más volantes, sobre los que hay estampadas algunas guirnalda de colores chillones. Sobre los corpiños, de mangas muy cortas, van tres guarniciones parecidas, pero tan descotadas de una parte y otra, que generalmente llevan el pecho y las espaldas descubiertos. Sus cabellos, partidos por medio de una raya abierta sobre su cabeza, traen formando dos trenzas, cuando no son muy crespos o lanudos, y si son de esta clase, de modo que no pueden trenzarse, lo dividen en diez grandes mechones, y los arrollan formando cocas. Muchas de ellas ostentan grandes peines de oro, zarcillos macizos fabricados en el Chocó y guarnecidos con perlas de insignificante valor, procedentes de las pesquerías de Panamá, y algunas flores naturales sobre el cabello constituyen el tocado favorito de aquellas mujeres. ... Frecuentemente gastan un sombrero de paja muy parecido al de los hombres, y el mayor número de ellas andan descalzas, reservando para los días de gala pequeñas zapatillas de color verde o rosa".(34) Un baile que se celebró en La Palma, en honor a su grupo, resultó ser uno de esos "días de gala", ocasión que le permitió observar el vestido de fiesta o de gala de las darienitas; he aquí sus anotaciones, las cuales reiteran concisamente su descripción anterior y, en cierto sen-

tido, la complementan: "al traje que de ordinario llevan añaden unas pequeñas zapatillas; se presentan perfectamente peinadas, con el cabello casi empapado de aceite de coco, y adornadas con todas sus joyas, reducidas, cuando más, a grandes pasadores en el peinado, pendientes, peines y collar todo de oro. En días de fiesta tan señalada, cada cual luce los más claros trajes de algodón que posee, ostentando a cual más pueda una limpieza irreprochable".(35)

Wolfred Nelson, un médico canadiense que vivió en Panamá de 1880 a 1885, se sintió igualmente atraído por la manera de vestir de la mujer del pueblo, dejándonos, en consecuencia, la siguiente descripción: "Una negra panameña vestida de gala resulta todo un espectáculo. La pollera es un vestido ancho que cubre la parte superior del cuerpo. Tiene un escote bastante bajo; arriba de la cintura tiene tres o cuatro arandelas, es decir, así se llamarían si estuvieran colocadas más abajo; lo único es que ellas no lo usan en esa forma. Alrededor de sus cuellos de ébano portan cadenas de monedas y perlas de gran valor. El atuendo lleva también aretes de manufactura nacional y a menudo se adornan el cabello con flores, o a veces usan una mantilla. Generalmente el trabajo de la pollera es de material blanco. Calzan sus anchos pies con zapatillas de colores muy intensos: rosado, verde o amarillo y las medias no son

prendas necesarias del vestuario. Se verá a estas personas vestidas así, camino de la iglesia con sus sombreros panamá; si sopla una suave brisa tropical sus faldas se agitan para dejar al descubierto sus vistosas zapatillas y las piernas desprovistas de medias. Es la opinión general que esta es la única prenda de vestir que llevan encima, y creo que la opinión general es correcta en este aspecto".(36)

Para finalizar este recuento descriptivo, debemos señalar que el Dr. Belisario Porras, probablemente evocando en la altiplanicie bogotana a las empolleradas de su pueblo natal, nos ofrece, en 1882, su descripción de la pollera. La importancia de la misma radica en que, hasta donde tenemos conocimiento, es la única descripción literaria que de la pollera nos ha dejado un panameño del siglo pasado, y, además, describe la que usaban las mujeres del interior del país. Al referirse a las campesinas vestidas con dicho traje nos dice: "son tipo notabilísimo de belleza y de hermosura; el conjunto de sus adornos es un mundo de joyas que lleva en la cabeza, en el pecho, en las orejas y en los dedos. Veála allí el lector, con los cordones de filigrana y cabrestillos formados con escudos coronados de adornos y pendientes de la cadena, que cuelgan del precioso cuello al palpitante seno. Sus trenzas negras o rubias caen tejidas a la espalda y son aparente-

mente sostenidas en la cabeza con peinetas de carey, oro y perlas. La camisa con numerosas arandelas, cintas, trencillas y encajes deja descubiertos la mitad del pecho y una parte de los brazos, y forma con las polleras de linón floreado y transparente un vestido raro pero lleno de gracia y atractivo. Las joyas se multiplican hasta la cintura, en donde aparecen, en cada cuadril, cuatro botones de oro que parecieran enclavados y como sosteniendo las polleras. Con flores blancas y rojas forman ramilletes vistosísimos que colocan entre las trenzas, y las muchas peinetas del tocado".(37)

Estas descripciones nos ofrecen, sin duda alguna, una valiosa aproximación a la empollerada del siglo XIX; la imagen es bastante completa: desde sus zapatillas de raso de variados colores hasta el peinado y ornamentación de la cabeza. Nada de lo descrito resulta extraño en la empollerada actual. Sin embargo, desde los inicios del presente siglo se ha afirmado que la pollera ha experimentado profundas transformaciones o alteraciones. Nicolle Garay, en la segunda década de este siglo, indicaba: "Convencionalismos de la época y acaso razones económicas de peso han transformado de un modo visible la primitiva fisonomía de esta indumentaria popular que tal cual se lleva al presente causaría extrañeza a nuestras tatarabuelas si del sepulcro pudieran levantarse para presenciar nuestros

modernos carnavales".(38) Lady Mallet, en 1945, expresaba: "no es mi deseo criticar, ni discutir, ni desmentir la pollera como se usa en la actualidad; únicamente he querido exponer lo que yo sé, porque siempre me lo preguntan. La pollera moderna es un lindo y lujoso vestido de disfraz; la pollera colonial, como yo alcancé a conocerla, era mucho más sencilla como tenía que ser un vestido que se usaba para el servicio diario".(39)

¿Cuáles han sido estos notables cambios — juzgados como lamentables — que ha sufrido la pollera? Resulta difícil señalarlos por cuanto que, quienes han hecho observaciones al respecto, no han especificado cuáles han sido los mismos. Lady Mallet anota, en 1945, los siguientes: "la lana de la camisa terminaba en un amarre o lazo pequeño y no las grandes motas que se usan ahora, y era así, porque la camisa llevaba ojales y se cerraba con unas mancuernitas de oro en forma de conchitas y por consiguiente no era del caso cubrir estas lindas mancuernitas con grandes motas de lana. La pretina era típica, mejor podría llamársele un ribete de media pulgada de ancho y los extremos se doblaban hacia adentro, formando una presilla por donde se pasaban las cintas que sostenían los botones de la enagua. Las dos cintas que sostenían con sus botones la parte de atrás de la pollera, se amarraban con un lazo adelante sobre el vientre y las dos cintas de la delantera

de la pollera se amarraban atrás también formando un lazo como de media yarda de largo. Por consiguiente, los pedazos de cinta que actualmente se cosen a la pretina, no tienen razón de ser: la cinta no era adorno sino necesidad que se usaba para sostener la pollera y amarrarla a la cintura. La enagua se amarraba de igual manera pero con cinta de hiladillo que no se dejaba ver, para esto se necesitaban ocho botones de oro, cuatro para sostener la pollera, y cuatro para sostener la enagua"(40).

La utilización de nuevas telas, en reemplazo de aquellas cuya fabricación se suspendió — como lo fueron las "platillas hamburguesas", "ruanes de la corona", "bretañas", "creas de León", "cotines de hilo"(41), "holán de piña", "holán clarín"(42), "coco o coquito"(43), "linones" "voile", "platilla de hilo", "tela de novia", "nanzuck", "tela confusa"(44) — y el uso, en la ciudad de Panamá, de variantes regionales de la pollera muy propias del interior del país, quizás ayuden a comprender el porqué Nicolle Garay y Lady Mallet nos hablan de transformaciones en la pollera. A menos que se presenten mayores evidencias, tendremos que concluir con la profesora Dora Pérez de Zárate que es en el campo de las labores de los diseños florales, que llevan tanto la camisa como la falda de la pollera panameña, en donde se ha experimentado una lamentable modificación, dado el aumento

de las dimensiones de las mis-
mas, que han ido de lo sencillo
y comedido a lo exagerado, com-
plicado y de mal gusto(45).

RECAPITULACION

Las enaguas, sayas, basquiñas
y polleras eran prendas del vestir
femenino de uso general en Espa-
ña y América durante los siglos
XVI, XVII y XVIII.

Las españolas, criollas y mesti-
zas que vivieron en los campos y
nacientes ciudades de Panamá
durante dichos siglos vistieron,
sin duda alguna, trajes similares a
los empleados en España y Amé-
rica.

Las indias, negras, mulatas y
demás miembros de las castas co-
loniales vistieron también estos
trajes, pero, obviamente, mucho
más simples que los que usaban
las españolas, criollas y mestizas.

El clima y los gustos de la so-
ciedad colonial panameña, carac-
terizada por un vasto mestizaje
étnico, determinaron, probable-
mente, tempranas modificaciones
en la estructura de estas sayas,
basquiñas, enaguas y polleras his-
panas.

Este fenómeno se acentuó,
muy probablemente, durante el
siglo XVIII, cuando la ruralidad
y el aislamiento marcan todos los
aspectos de la vida en Panamá,
dada la profunda decadencia eco-
nómica que abate al Istmo al
clausurarse el sistema de galeones
vía Portobelo.

El período de mayor impor-
tancia en la evolución de la polle-
ra panameña es aquel que se ex-
tiende desde la segunda mitad del
siglo XVIII hasta la primera mi-
tad del siglo XIX.

Las mujeres de las clases diri-
gentes panameñas abandonan el
uso en público de la pollera a
partir de las dos primeras dé-
cadas del siglo XIX, mas no así
en la intimidad del hogar.

Probablemente es durante este
período — dos primeras décadas
del pasado siglo — cuando las
mujeres del pueblo pudieron ad-
quirir una mayor variedad de te-
las para la confección de sus po-
lleras, así como las joyas que tra-
dicionalmente han acompañado a
este traje, dado los amplios be-
neficios económicos que generó
el comercio directo con Jamaica.
Este fenómeno se amplió a me-
diados y a fines del siglo cuando
el Istmo recibió los beneficios de-
parados por el descubrimiento de
las minas de oro de California y
los trabajos de construcción del
canal por los franceses.

La pollera de gala ya estaba
plenamente estructurada como
tal desde mediados del siglo XIX.
La variación más sensible que ha
experimentado la pollera de gala
data del actual siglo — años de la
década del 40 — y corresponde
a los diseños florales que han
aumentado notablemente sus
dimensiones.

Los varios tipos de polleras
que actualmente existen, al igual

que las variantes regionales de la pollera de gala que así mismo existen, son, evidentemente, esclarecedores testimonios de realidades pasadas que hay que tomar en consideración en todo estudio sobre la historia de la pollera panameña.

Las observaciones de Lady Mallet en 1915 y 1945 y las de Nicolle Garay en los años 20, en cuanto a las transformaciones experimentadas por la pollera, se explican, quizás, por el uso, en la ciudad de Panamá, de tipos y variantes regionales de la pollera que eran desconocidas por ambas damas.

El uso de nuevas telas para la confección de las polleras, en reemplazo de aquellas cuya confección se suspendió, quizás ayuden a explicar estas observacio-

nes de Lady Mallet y Nicolle Garay.

El peinado actual de la empollerada constituye una persistencia de la moda romántica europea de la primera mitad del siglo XIX (46)

El uso de una cinta negra al cuello y de la cual pende una pequeña cruz o un medallón es también una persistencia de una moda europea; en este caso del siglo XVIII, tiempos de Luis XVI.(47)

El uso de peinetas de carey decoradas con perlas y láminas de oro no es exclusivo de la mujer panameña. En México, por ejemplo, donde se les denomina "cachirulas", las mujeres las empleaban desde, por lo menos, el siglo XVIII (48)

NOTAS

- 1° Fernández de Oviedo, Gonzalo: *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, Imprenta de la Real Academia de la Historia, Madrid, 1851.
- 2° Fals-Borda, Orlando: "Notas sobre la evolución del vestido campesino en la Colombia Central", en *Revista Colombiana de Folklore*, Segunda Epoca, N° 2, Bogotá, junio de 1953, pp 141. Fals-Borda toma la información de James Robinson Planché: *A Cyclopedia of Costume*, London, Chutts and Windus, Piccadilly, 1879, Vol. I, pp 189, Vol. I, pp 189, 319 y 321.
- 3° De Hoyos Sancho, Nieves: "La pollera panameña", en *Revista de Indias*, Año XXIII, Núms. 93-94, Madrid, julio-diciembre de 1963, pp. 517.
- 4° Fabo, Pedro: "La Pollera", en *Boletín de la Academia Panameña de la Lengua*, Año III, N° IV, Panamá, noviembre de 1928. Fabo hace saber que toma la información del Bolet. de la R. A.E., junio de 1926, pp. 18.
- 5° Ibidem.
- 6° *Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias*, reproducción en facsmil de la edición de Julián De Paredes de 1681, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1973, Tomo II, Libro VII, Título V, folio 290.
- 7° Korsi de Ripoll, Blanca: "El Vestido Nacional de Panamá", en *Mundo Hispánico*, N° 226, Madrid, enero de 1967, pp. 46 y 47.
- 8° Castellero R., Ernesto J.: "Sucesos y Cosas de Antaño", *Epocas*, Año I, N° 6, enero de 1947, pp. 4 y 57.

- 9° Colección de documentos que posee la Dirección Nacional del Patrimonio Histórico.
- 10° Ibidem.
- 11° Ibidem.
- 12° Franco, Juan: **Breve Noticia o Apuntes de los Usos y Costumbres de los Habitantes del Istmo de Panamá y sus Producciones**. 1792, Impresora de la Nación, Panamá, 1978, pp. 26.
- 13° Castellero R., Ernesto J.: "La Pollera Panameña", en *Epocas*, N° 165, Panamá, noviembre de 1953, pp 6 y 7. Don Ernesto ha tomado la información de Cuervo, A.B.: *Colección de Documentos Inéditos*, Bogotá, 1892.
- 14° Obarrio de Mallet, Matilde (Lady Mallet): **Bosquejo de la Vida Colonial de Panamá**, traducción de Agustín Ferrari, en *Boletín de la Academia Panameña de la Historia*, Año II, N° 6, Panamá, enero-junio de 1934, pp. 43.
- 15° Franco, Juan: *Op. cit.* pp. 22
- 16° Urbina, Juan de: "Observaciones sobre la importancia del Istmo de Panamá y sus recursos naturales. .", en *Epocas* Año 4, N° III, Panamá, Agosto 3 de 1950, pp. 10 y 11.
- 17° Iturralde, Juan Domingo: "Noticias relativas al Istmo de Panamá", en *Humanidades*, N° 1, imprenta Universitaria, Panamá, 1974, pp. 220.
- 18° Zárate, Dora Pérez de: **La Pollera Panameña. Ensayo monográfico**, Imprenta Universitaria de Panamá, Panamá, 1966, pp. 5
- 19° Almendáriz A., Rosa P. de: "La Pollera", en *El Panamá América*, Panamá, sábado 15 de febrero de 1947, pp. 2
- 20° Obarrio de Mallet, Matilde (Lady Mallet): "Bosquejo de la vida Colonial en Panamá", pp. 40
- 21° Obarrio de Mallet, Matilde (Lady Mallet): "La Pollera Colonial y la Moderna", en la *Estrella de Panamá*, domingo 4 de marzo de 1945, pp. 7
- 22° Ibidem:
- 23° Duque Gomez, Luis: "Notas sobre la historia del traje típico nacional", en *Revista Colombiana de Folklore*, segunda Epoca, vol. II, N° 6, Bogotá, 1961, pp. 192. Toma la información de Fray Juan de San Gertrudis: *Maravillas de la naturaleza*.
- 24° Mallien, Gaspar Theodore: **Viaje por la República de Colombia en 1823**, Imprenta Nacional, Bogotá, 1944, pp. 318
- 25° Le Mayne, Auguste: *Voyages et, séjours dans l' Amerique du sud*, París, 1846. citado por Pérez Hernández, Francois: "Las Empolleradas Panameñas", en *hablemos*, 25 de marzo de 1962, pp. 5.
- 26° Miró, Rodrigo: **La imprenta y el periodismo en Panamá durante la primera mitad del siglo XIX**, Litho Impresora Panamá, S.A., Panamá, 1976, pp. 42.
- 27° Susto., Juan A. (editor): "2 Relaciones de viajes al Istmo de Panamá en 1835", Impresora Panamá, S.A., Panamá, 1961.
- 28° Griswold, C.D.: "El Istmo de Panamá y lo que vi en él, traducción de Teresa Ricord Loves, Editorial Universitaria, Panamá, 1974. pp. 59
- 29° Alfaro, Ricardo J.: "Viaje de Colón a Panamá en 1854 antes de terminarse el ferrocarril" en *Epocas*, Año IV, N° 134, Panamá, marzo de 1951, pp. 15. Este artículo es una traducción del original publicado en Gleason's Pictorial Drawing Room Companion, 1854.
- 30° Tomes, Robert: "Panamá en 1855", traducción de José A. Ureña del capítulo V de la obra original, *Lotería*, N° 206, Panamá, febrero de 1973, pp. 19, 25 y 26.
- 31° Otis, F. N.: **Isthmus of Panamá- History of the Panamá Railroad**, New York, Harper & Brothers Publishers, 1867, pp. 104.
- 32° Ejemplar existente en la Dirección Nacional del Patrimonio Histórico.

- 33° Reclus, Armando: *Exploraciones a los Istmos de Panamá y Darién en 1876, 1877 y 1878*, Publicaciones de la Revista Lotería, N° 1 imprenta La Academia, Panamá, 1958, pp. 54-55
- 34° Ibidem, pp. 94-95
- 35° Ibidem, pp. 135
- 36° Nelson, Wolfred: *Cinco años en Panamá (1880-1885)*, Editorial Universitaria, Panamá, 1971, pp. 235-256
- 37° Porras, Belisario: "El orejano", Lotería, N° 38, Panamá, julio de 1944, pp. 14
- 38° Garay, Narciso: *Tradiciones y Cantares de Panamá*, Sertides Presses de L' Expansion, Belge, 1930, pp. 149.
- 39° Obarrio de Mallet, Matilde (Lady Mallet): "La Pollera Colonial y la Moderna".
- 40° Ibidem
- 41° Gaceta del Istmo de Panamá, Semestre 7°, N° 109, Panamá, domingo 30 de enero de 1825, pp. 4 (columna 2); citado por Figueroa Navarro, Alfredo: *Dominio y Sociedad en el Panamá Colombiano (1821-1903)* Litho Impresora Panamá, S.A., Panamá, 1978, pp. 38
- 42° Garay Narciso: Op. cit pp. 149
- 43° Obarrio de Mallet, Matilde (Lady Mallet): *Bosquejo de la Vida Colonial en Panamá*, pp. 42
- 44° Dutari, Aurelio A: "La Pollera", en Estrella de Panamá, Panamá, martes 22 de enero de 1946, pp. 5 y 7.; igualmente en Epocas, Panamá, diciembre de 1953, pp. 3
- 45° Zárate, Dora Pérez de: "No se ha logrado todavía la evolución histórica de nuestro traje nacional desde la colonia hasta nuestros días", en Tierra y Dos Mares, Año 10, N° 60, Panamá, enero-febrero de 1972, pp. 42
- 46° Véase Boehn, Max von: *La Moda, Historia del traje en Europa desde los orígenes del cristianismo hasta nuestros días*. Tomo sexto siglo XIX, Salvat Editores, S.A., Barcelona, 1945.
- 47° Boehn, Max von: *La Moda, Historia...* Tomo cuarto siglo XVIII, Salvat Editores S.A., Barcelona 1928, pp. 227-228
- 48° Martínez del Río, Marita: "Joyas Coloniales y Románticas", en Artes de México, Año XX, N° 165

PLAN DE LOS SORTEOS ORDINARIOS DOMINICALES

EL BILLETE ENTERO CONSTA DE 180 FRACCIONES
DIVIDIDO EN SEIS SERIES DE 30 FRACCIONES
CADA UNA DENOMINADAS A, B, C, D, E, Y F

PREMIOS MAYORES

	Fracción	Billete Entero	Total de Premios
1 Premio Mayor, Series A, B, C, D, E Y F	B/. 1,000.00	B/. 180,000.00	B/. 180,000.00
1 Segundo Premio, Series A, B, C, D, E, Y F	300.00	54,000.00	54,000.00
1 Tercer Premio, Series A, B, C, D, E, Y F	150.00	27,000.00	27,000.00

DERIVACIONES DEL PRIMER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E, Y F	10.00	1,800.00	32,400.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E Y F	50.00	9,000.00	81,000.00
90 Premios, Series A, B, C, D, E Y F	3.00	540.00	48,600.00
900 Premios, Series A, B, C, D, E, Y F	1.00	180.00	162,000.00

DERIVACIONES DEL SEGUNDO PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E Y F	2.50	450.00	8,100.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E Y F	5.00	900.00	8,100.00

DERIVACIONES DEL TERCER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E, Y F	2.00	360.00	6,480.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E Y F	3.00	540.00	4,860.00

1,074

TOTAL...

B/. 612,540.00

Precio de un Billete Entero B/. 99.00
 Precio de una Fracción 0.55
 Valor de la Emisión 990,000.00

PLAN DE LOS SORTEOS ORDINARIOS DE MIERCOLES

EL BILLETE ENTERO CONSTA DE 105 FRACCIONES
DIVIDIDO EN SIETE SERIES DE 15 FRACCIONES
CADA UNA DENOMINADAS A, B, C, D, E, F Y G

PREMIOS MAYORES

	Fracción	Billete Entero	Total de Premios
1 Premio Mayor, Series A, B, C, D, E, F y G	B/.1,000.00	B/.105,000.00	B/.105,000.00
1 Segundo Premio, Series A, B, C, D, E, F Y G	300.00	31,500.00	31,500.00
1 Tercer Premio, Series A, B, C, D, E, F Y G	150.00	15,750.00	15,750.00

DERIVACIONES DEL PRIMER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E, F Y G	10.00	1,050.00	18,900.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E, F Y G	50.00	5,250.00	47,250.00
90 Premios, Series A, B, C, D, E, F Y G	3.00	315.00	28,350.00
900 Premios, Series A, B, C, D, E, F Y G	1.00	105.00	94,500.00

DERIVACIONES DEL SEGUNDO PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E, F Y G	2.50	262.50	4,725.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E, F Y G	5.00	525.00	4,725.00

DERIVACIONES DEL TERCER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E, F Y G	2.00	210.00	3,780.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E, F Y G	3.00	315.00	2,835.00
<u>1,074</u>	TOTAL...		<u>8/357,315.00</u>

Precio de un Billete Entero	B/.	57.75
Precio de una Fracción		0.55
Valor de la Emisión		577,500.00